

Hábitos alimentarios y brechas territoriales de las familias campesinas en el Paraguay	Titulo
Caputo, Luis A. - Autor/a;	Autor(es)
Asunción	Lugar
Aecid BASE-IS	Editorial/Editor
2012	Fecha
	Colección
Comunidades campesinas; Sistema agroalimentario; Análisis demográfico; Alimentación; Familia; Paraguay;	Temas
Doc. de trabajo / Informes	Tipo de documento
" http://biblioteca.clacso.edu.ar/Paraguay/base-is/20170330035755/pdf_67.pdf "	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

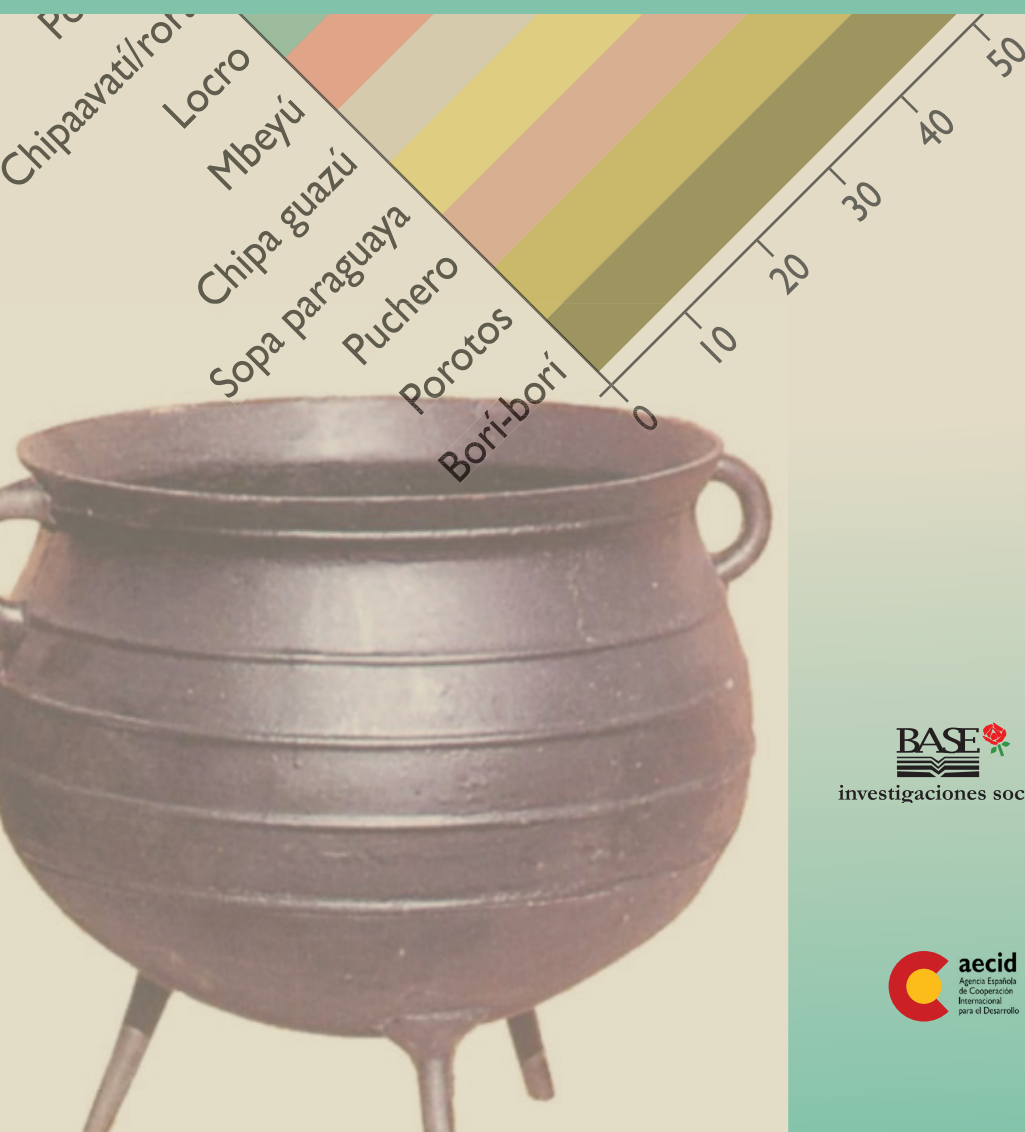
www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



Hábitos alimentarios y brechas territoriales de las familias campesinas en el Paraguay



investigaciones sociales



Hábitos alimentarios y brechas territoriales de las familias campesinas en el Paraguay



Autor:
Luis Caputo



BASE Investigaciones Sociales
Ayolas 807 esq. Humaitá. Tel: (595–21) 451 217. Fax: (595–21) 498 306
baseis@baseis.org.py
www.baseis.org.py
Asunción, Paraguay

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo solidario
de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo








Coordinación de la Encuesta:

Marielle Palau

Jaquelina Ortega

Primera Edición

Hábitos alimentarios y brechas territoriales de las familias campesinas
en el Paraguay
(Asunción, BASE IS, mayo 2012).

-  Copyleft.
-  Esta edición se realiza bajo la licencia de uso creativo compartido o Creative Commons. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones.
-  Atribución: se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor, editorial, año).
-  No comercial: se permite la utilización de esta obra con fines no comerciales.
-  Mantener estas condiciones para obras derivadas: Sólo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

Las opiniones vertidas en esta publicación no necesariamente reflejan la posición de los editores, y son de exclusiva responsabilidad del autor.

Contenido

Índice de Gráficos y Tablas.....	7
Presentación.....	11
1. Notas sobre la metodología y premisas de investigación.....	17
1.1 El análisis territorial.....	17
1.2 Procedimiento de selección y tamaño de la muestra.....	19
2. La geografía del derecho a la alimentación, algunas dimensiones para el análisis.....	23
2.1 Perfil sociodemográfico de las familias campesinas.....	23
2.2 Arraigo y vínculo con la tierra.....	30
2.3 Ingresos monetarios de las familias.....	34
2.4 El acceso al agua potable.....	36
2.5 La huerta familiar: presencia y el oficio de cuidarla.....	37
2.6 Bebidas más apreciadas.....	38
2.7 La cultura alimentaria guaraní.....	39
3. Situación del sistema agro-alimentario campesino.....	45
3.1 Cría y disponibilidad de animales.....	45
3.2 Prácticas de producción y patrones de consumo de alimentos.....	59
4. Preferencias alimenticias de la familia.....	81
4.1 Comidas preferidas por las niñas y niños.....	81
4.2 Comidas preferidas por los/as jóvenes.....	83
4.3 Comidas preferidas por mujeres y hombres, y por adultos.....	84

5.	Principales alimentos y dificultades para acceder a ellos	87
5.1	Nivel de gasto de la canasta básica de alimentos	91
5.2	Formas de optar por los menús y accesibilidad	92
6.	Visión y percepciones campesinas sobre la alimentación.....	95
6.1	Para qué sirven los alimentos desde la visión campesina.....	95
6.2	Visión acerca de qué es una alimentación sana	96
6.3	Percepciones sobre la calidad de la alimentación	98
6.4	Evaluación campesina sobre la contaminación de los alimentos	101
6.5	Mirando el futuro de la alimentación y medidas sugeridas	102
6.6	El capital culinario adquirido.....	104
6.7	Formas de cocción campesina	106
7.	Comentarios Finales	109
7.1	Contexto general	109
7.2	Panorámica de la situación alimentaria	111
7.3	Perfiles diferenciales por zona productiva	115
7.4	Imposición de alimentos, el poder de las estructuras simbólicas y desafíos	118
Anexo 1. Toma de datos de la encuesta, según “Departamentos” del país		12
Anexo 2. Toma de datos de la encuesta, según Distritos.....		124
Anexo 3. Asentamientos mapeados con la encuesta		125
Bibliografía		127

Índice de Gráficos y Tablas

Tablas

Tabla 1.	Muestra. Departamentos y Zonas Productivas (estratos), según Número de Asentamientos y Familias Asistidas	21
Tabla 2.	Responsable del cuidado de la huerta, según ZPP	38
Tabla 3.	Bebidas más consumidas en la familia, según ZPP	39
Tabla 4.	Preferencias alimentarias de niñas y niños campesinos, según ZPP	82
Tabla 5.	Preferencias alimentarias de las personas jóvenes campesinas, según ZPP	83
Tabla 6.	Preferencias alimentarias de las mujeres, según ZPP	84
Tabla 7.	Preferencias alimentarias de los varones, según ZPP	85
Tabla 8.	Preferencias alimentarias de los adultos, según ZPP	86
Tabla 9.	Propuestas para lograr alimentación sana, según ZPP	103

Gráficos

Gráfico 1.	Distribución de los encuestados según sexo	24
Gráfico 2.	Ocupación de los encuestados, según tipo ZPP (%)	25
Gráfico 3.	Distribución de la escolaridad, según ZPP	26
Gráfico 4.	Miembros familiares que duermen en la vivienda, según ZPP	27
Gráfico 5.	Menores de 12 años de la familia campesina que estudian, según ZPP	28
Gráfico 6.	Porcentaje de adolescentes que estudian, según ZPP	29
Gráfico 7.	Tiempo de residencia en la comunidad, según ZPP	30
Gráfico 8.	Cantidad de tierras de la familia, según ZPP	31
Gráfico 9.	Forma de tenencia de las familias con tierras, según ZPP	33
Gráfico 10.	Ingresos familiares por género	34
Gráfico 11.	Remesas recibidas por las familias campesinas, según ZPP	35

Gráfico 12. Fuente de acceso familiar al agua potable, según ZPP	36
Gráfico 13. Conocimiento de los platos típicamente paraguayos, según ZPP	41
Gráfico 14. Platos tradicionales más conocidos.....	42
Gráfico 15. Factores de abandono de alimentos típicos, según ZPP	43
Gráfico 16. Disponibilidad de cerdos, según ZPP	46
Gráfico 17. Consumo de carne de cerdo en la familia, según ZPP.....	47
Gráfico 18. Autonomía y dependencia del mercado en el consumo de carne de cerdo, según ZPP	48
Gráfico 19. Disponibilidad de ganadería en la chacra, según ZPP	50
Gráfico 20. Consumo de carne vacuna en la familia, según ZPP	52
Gráfico 21. Autonomía y dependencia del mercado en el consumo de carne vacuna, según ZPP	54
Gráfico 22. Consumo de carne de cabra en la familia, según ZPP	55
Gráfico 23. Autonomía y dependencia del mercado en el consumo de carne de cabra, según ZPP.....	56
Gráfico 24. Consumo de pescado en la familia, según ZPP	57
Gráfico 25. Producción y compra de pescado en la familia, según ZPP	58
Gráfico 26. Consumo de lácteos en la familia, según ZPP.....	60
Gráfico 27. Producción de lácteos en la familia, según ZPP	61
Gráfico 28. Consumo de verduras en la familia, según ZPP.....	62
Gráfico 29. Producción de verduras en la familia, según ZPP.....	63
Gráfico 30. Consumo de frutas en la familia, según ZPP	64
Gráfico 31. Producción de frutas en la familia, según ZPP	65
Gráfico 32. Consumo de maíz y derivados en la familia, según ZPP	67
Gráfico 33. Consumo de legumbres en la familia, según ZPP	68
Gráfico 34. Producción de legumbres en la familia, según ZPP	69
Gráfico 35. Consumo de arroz en la familia, según ZPP	70
Gráfico 36. Consumo de pan/galleta en la familia, según ZPP.....	71
Gráfico 37. Compra y producción de pan/galleta en la familia, según ZPP	72

Gráfico 38. Consumo de harina en la familia, según ZPP	73
Gráfico 39. Adquisición de harina en la familia, según ZPP.....	74
Gráfico 40. Consumo de fideos en la familia, según ZPP	75
Gráfico 41. Consumo de huevos por familia, según ZPP	76
Gráfico 42. Compra y producción de huevos por familia, según ZPP	77
Gráfico 43. Consumo de aceite en la familia, según ZPP.....	78
Gráfico 44. Consumo de grasa en la familia, según ZPP	79
Gráfico 45. Preferencias alimentarias de la familia campesina, según ZPP	87
Gráfico 46. Dificultad principal para acceder a los alimentos, según ZPP	88
Gráfico 47. Vías de acceso a los alimentos consumidos, según ZPP	89
Gráfico 48. Modalidad de compra de los alimentos, según ZPP	90
Gráfico 49. Nivel gasto diario de alimentos de la familia, según ZPP	91
Gráfico 50. Criterio para optar por la comida a preparar en la familia, según ZPP.....	92
Gráfico 51. Accesibilidad geográfica para la compra de alimentos, según ZPP	93
Gráfico 52. Reclasificación de frases que se identifican más con la finalidad de los alimentos, según ZPP	95
Gráfico 53. Reclasificación de menciones acerca del significado de la alimentación sana, según ZPP	97
Gráfico 54. Opiniones sobre la calidad del alimento de la familia, según ZPP	98
Gráfico 55. Opinión sobre la calidad de la alimentación familiar contemporánea, según ZPP	99
Gráfico 56. Razones sobre la calidad de la alimentación actual, según ZPP	100
Gráfico 57. Opinión sobre la contaminación de los alimentos, según ZPP	101
Gráfico 58. Percepciones sobre el futuro de la calidad alimentaria en la familia, según ZPP	102

Gráfico 59. Conocimientos de la preparación de las comidas, según ZPP	104
Gráfico 60. Cómo aprendió a cocinar, según ZPP	105
Gráfico 61. Personas que transmitieron los conocimientos de cocina, según ZPP	106
Gráfico 62. Tecnología de cocción utilizada, según ZPP	107

Presentación

Para entender el conjunto de procesos, hábitos alimentarios, deseos y necesidades en alimentación de las familias campesinas, seguidamente se propone un análisis sobre algunos tópicos que componen la situación de la soberanía alimentaria campesina en el Paraguay. Se observa en el contexto actual del tiempo-espacio de la agricultura campesina familiar paraguaya, la combinación de algunas imposiciones de los cambios del entorno económico-productivo, marcado por el avance de la agricultura mecanizada, la extensión de la ganadería, la fragilidad de la democracia, la ausencia de derechos, la dependencia alimentaria, y desde los años 2009/2010, algunas políticas de promoción de la agricultura familiar y de seguridad alimentaria.

El objetivo de este documento es presentar un análisis de resultados de investigación sobre hábitos alimentarios de las familias campesinas hoy, vinculados con el grado de acceso y control de los alimentos, lo que constituirá la base de un diagnóstico de las familias agricultoras-campesinas en términos de situación alimentaria, cambios alimentarios en el tiempo y su orientación subjetiva respecto al derecho a la alimentación.

¿Qué alimentos consumen las familias campesinas hoy? ¿Qué piensan de la calidad de la alimentación de sus hijos? ¿Qué percepción tienen de los factores que limitan la seguridad alimentaria al interior de la familia? ¿Cuál es la relación entre la agricultura de subsistencia, la agricultura comercial y la seguridad alimentaria? ¿En qué medida los hábitos alimentarios de la familia campesina se vienen transformando debido a situaciones “externas”?

En las páginas siguientes se aportan diversos análisis que buscan responder a estas y otras preguntas, provenientes de una encuesta aplicada a nivel nacional en todos los departamentos donde se implementa el Programa de Producción de Alimentos (PPA) del Mi-

nisterio de Agricultura y Ganadería (MAG). La opción de considerar dicho universo radicó en la intención de generar conocimientos que sean facilitados como insumos al Viceministerio de Agricultura y Ganadería, a cargo del Ing. Andrés Werler, para evidenciar ciertas realidades socioalimentarias, hábitos y demandas más recurrentes, e información territorialmente comparativa que permita la orientación y el mejoramiento de las políticas de promoción de la agricultura campesina de esa cartera.

La consideración de la soberanía alimentaria en las familias de pequeños agricultores, es una construcción relativamente reciente en las ciencias sociales y dinámicamente consistente gracias al impulso de los movimientos campesinos.

En reciente trabajo de Doughman (2012) sobre “La soberanía alimentaria en el Paraguay” recoge las diferentes posiciones frente al derecho a la alimentación. A grosso modo, existe la vigencia de lo que podría ser el paradigma economicista de la “seguridad alimentaria” y como estrategia de enfrentamiento del hambre, tan promocionado de organismos multilaterales, FAO a nivel del sistema de Naciones Unidas, el IICA dentro de la OEA, desde lo que sería una teoría crítica de la alimentación, hay otra explicación paradigmática de los dramas de la malnutrición y la presión por importar alimentos, puesto como eminentemente de naturaleza política.

Desde los inicios de la década de 1970, la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) ha emprendido el uso (y recomienda el compromiso) con la “seguridad alimentaria”. Así en la Conferencia Mundial sobre Alimentación de 1974 se define a la seguridad alimentaria como una fórmula armónica entre producción, abastecimiento, precios y consumo, en detrimento de la problemática del acceso a los alimentos.

En efecto, desde mediados de 1990, la Vía Campesina y movimientos sociales se pronuncian en Foros por la Soberanía Alimentaria a modo de contra-cumbres a las Conferencias de la FAO y ponen su énfasis en el rol crucial de la agricultura familiar-campesina, la comunidad local y el derecho a la alimentación.

En esta nueva mirada estructural se puede indicar el intento de repensar y reconstruir radicalmente el significado de lo que debería constituirse en un sistema alimentario, con un proyecto que difiere radicalmente del sistema alimentario capitalista basado en los monocultivos, la gran mecanización, los insumos agroquímicos y la obtención a toda costa de la alta rentabilidad, poniendo el énfasis ahora en la soberanía alimentaria: la autodeterminación de las comunidades y pueblos de los recursos (tierra, semillas nativas, agua, biodiversidad), las prácticas y políticas alimentarias, en las que prime la autogestión de los territorios de las comunidades y regiones, orientadas a la sostenibilidad socioambiental de la producción de alimentos saludables y apropiados, el respeto a la diversidad de las pautas prácticas alimentarias según la diversidad cultural y étnica, a las familias de productores y consumidores, donde ineludiblemente el Estado está obligado a garantizar políticamente (Doughman, 2012).

Genealógicamente, la familia campesina no ha estado exenta de apropiaciones de su territorio y fuerza de trabajo por el mercado alimentario internacional, y durante todo el siglo XX y en lo que va del XXI, de su criminalización social, afectando fuertemente su capacidad de producción y consumo. Recuérdese que para el campesinado, la familia –además de ser un ámbito sin igual donde sus integrantes se desenvuelven diariamente y se establecen fuertes vínculos afectivos– constituye, como “unidad productiva”, uno de los soportes más activos y estratégicos en el mercado interno de alimentos.

En el marco de las transformaciones productivas, económicas y socio-espaciales que se vienen gestando en el campo, es posible advertir la emergencia de variaciones en el acceso y calidad de la alimentación, indicando el paso a brechas sociales, ambientales, culturales, sobre todo en el punto de partida de la seguridad alimentaria familiar que son las niñas, niños y jóvenes, cuyas consecuencias negativas en términos de salud y dependencia del mercado pueden perpetuarse hasta la adultez-mayor.

Como hipótesis de trabajo se consideró que los papeles de las familias campesinas frente a la producción y/o adquisición comercial de alimentos para consumo del hogar varían de una zona productiva a otra. En las zonas rurales del país, donde se dan con mayor intensidad las actividades productivas en las que predominan relaciones sociales capitalistas de los entornos, las comunidades campesinas se ven debilitadas en una serie de labores tradicionales en sus cultivos y plantaciones, producción de animales, montes y diversidad. Ahí donde se introdujeron monocultivos y ganadería de exportación, la tendencia sería a la inseguridad alimentaria, sobre todo si no hay organizaciones campesinas con las cuales resistir, siendo las mujeres las que tienen que amañarse con más trabajo e ingenio para asegurar la sobrevivencia alimentaria familiar.

En tanto, las comunidades campesinas vinculadas a “asentamientos” antiguos y nuevos que resisten a la sociedad agraria hegemónica, desde el 2009 se estarían sustentando en una combinación de agricultura campesina convencional con algunos beneficios de programas gubernamentales socio-productivos, seguramente con mayor nivel de autonomía, generando una dinámica que aporta al autoconsumo. La sociedad campesina trata de asegurar el umbral de la reposición de la familia como fuerza de trabajo, los requerimientos alimentarios básicos para una adecuada calidad de vida, respetuosa de los valores culturales sociales de la comunidad, resultando además una dimensión esencial para fortalecer y empoderar a las respectivas comunidades y la calidad de vida de las generaciones que vendrán. En el caso particular del campesinado, el interés y preocupación por investigar el acceso a los alimentos sanos adquiere especial énfasis y centralidad por el rol histórico que han tenido como productores de alimentos, en un nuevo tiempo de incorporación de un conjunto de prácticas progresivas de abandono de la producción para el autoconsumo y el paso a la dependencia de los mercados de alimentos.

Los resultados que se exponen en este documento, se ubican en un proceso de aceleración de la agricultura industrial de exportación, de intentos de reivindicar la soberanía alimentaria y el derecho a la tierra por parte del campesinado organizado, con la contundencia de un golpe al régimen democrático y al gobierno de Fernando Lugo, que hace detener abruptamente algunos cambios favorables en materia de políticas públicas, y favorece al mercado de la alimentación en manos de la cadena de agronegocios y el contrabando.

Hoy Paraguay vive un momento de enorme retroceso político y ahondamiento del modelo económico extractivista de recursos naturales, en plena incorporación del capitalismo agrario a mercados mundiales demandantes de soja, carnes y otros productos primarios, dejando atrás un intento de ampliación de algunos derechos sociales, proceso clausurado mediante un certero “golpe blando” al régimen político democrático representado en el inconcluso gobierno de Fernando Lugo (agosto 2008-junio 2012), dando paso a la validación de un tipo de agricultura capitalista que choca con la centralidad de la soberanía alimentaria planeada por las organizaciones campesinas. La familia campesina está en el centro jaqueada por las transformaciones de los territorios con impactos profundos en las posibilidades de asegurar una vida digna en las comunidades campesinas y las poblaciones urbanas. Todo esto lleva a habilitar algunos caminos de investigación sobre los hábitos alimentarios en un marco de respeto al derecho al acceso a alimentos saludables, asequibles, nutritivos, producidos localmente y culturalmente apropiados.

1 | Notas sobre la metodología y premisas de investigación

A fin de dar respuestas al objetivo de generar información actualizada respecto a los patrones alimentarios de las familias campesinas, durante los meses de marzo y abril del año 2012, BASE Investigaciones Sociales ha llevado a cabo un trabajo de entrenamiento, validación y relevamiento cuantitativo a partir de la ejecución de una encuesta nacional de Hábitos Alimentarios Campesinos, con el apoyo en terreno del Programa de Producción Alimentaria PPA del Viceministerio de Agricultura y Ganadería.

1.1 El análisis territorial

El instrumento de encuesta se estructura en torno a cuatro vectores: la noción de soberanía alimentaria, la auto-producción campesina, los hábitos culturales alimentarios y el territorio (como unidad conceptual) en el cual transcurre la vida familiar campesina, considerando que la ubicación territorial impacta de manera distinta en las condiciones alimentarias y las posiciones subjetivas frente al derecho a la alimentación.

En un sentido amplio, la noción de territorio alude a las diversas dinámicas de poder (de actores, sus estrategias, recursos, racionalidades) y las interacciones derivadas. Aproximarse al conocimiento de los hábitos alimentarios de las familias paraguayas y de quienes habitan los espacios rurales requiere abandonar las interpretaciones desterritorializadas, emprendiendo miradas que sitúen a los agentes inmersos en sus contextos, siendo fundamental para este enfoque la dimensión territorial y los espacios cotidianos donde se construyen específicas articulaciones espaciales, productivas, económicas, culturales, subjetivas y políticas.

Muy importante es enfatizar que los hábitos alimentarios de las familias campesinas están en función del acceso a la tierra, al trabajo autónomo y al modo en cómo cada familia obtiene y asegura los alimentos para sus integrantes, siendo realidades estructurales y a la vez estructurante de sus condiciones de vida.

Desde el punto de vista territorial, cada familia está inmersa en un sitio específico del territorio paraguayo (muchas en asentamientos periurbanos). La zona de los grandes sojales, los establecimientos ganaderos extensivos, el frágil y semiárido territorio del Chaco paraguayo, los asentamientos campesinos con y sin arraigo; son territorios donde hay diferentes niveles de soberanía alimentaria y de solidez de los soportes culturales campesinos que se enfrentan con cada contexto productivo y subjetivo particular, que puede o no encaminarse con políticas públicas hacia la manutención, la capacitación y el trabajo campesino y/o el acceso al mercado.

Según la fortaleza o no de las organizaciones campesinas, cómo se resuelven los conflictos y disputas, en algunos casos el mercado y los despojos a la soberanía alimentaria de los agronegocios es central, en otros se mantienen con fuerza los sistemas productivos y cultura campesina que conforman determinadas expectativas orientadas a la lucha por la habilitación del derecho a la alimentación, la tierra y el trabajo en los lugares de origen.

La mirada territorial a su vez permite, sin descuidar el nivel de análisis país poder enfocar diferencialmente a las familias campesinas a escala de sus derechos y hábitos alimentarios locales.

Los Departamentos fueron agrupados teniendo en cuenta las características productivas, según cinco tipos de Zona Productiva del País (ZPP), de manera a que la muestra sea representativa de cada una. En efecto, desde la perspectiva territorial, el estudio se centró en el análisis de un conjunto de temas, para visualizar si los resultados en los hábitos y cultura alimentaria varían en función de las cinco grandes Zonas Productivas:

- i. la zona enmarcada en los “agronegocios”,

- ii. aquellas que coexisten con “establecimientos ganaderos”,
- iii. la gran zona del “Chaco”¹ (por lo general, dada la baja densidad poblacional y los costos operativos, quedan fuera de la mayoría de los estudios de encuesta),
- iv. aquellas que son comunidades campesinas “antiguas”, en gran parte asentamientos que se han logrado mediante ocupaciones, y
- v. la zonas caracterizadas por ser “nuevos asentamientos”, estas dos últimas con una agricultura y economía típicamente campesina.

La decisión de tomar estas cinco grandes agrupaciones productivas dentro del universo familiar campesino se debe a la heterogeneidad territorial y productiva que ésta presenta en la sociedad campesina paraguaya al inicio de la segunda década del siglo XXI.

1.2 Procedimiento de selección y tamaño de la muestra

La encuesta recoge información válida y representativa de un universo que está constituido por los asentamientos que cuentan con la asistencia del Programa de Producción de Alimentos (PPA) del Vice Ministerio de Agricultura y Ganadería. Fueron excluidos los asentamientos que –según la base de datos facilitada– no contaban con toda la información básica para ser elegidos, principalmente la cantidad de familias que vienen siendo asistidas. Asimismo, fueron excluidas de este estudio las comunidades indígenas, ya que sus hábitos de alimentación requieren un instrumento de toma de datos distinto al aplicado a comunidades campesinas.

1 El Chaco paraguayo con una superficie de 246.625 km² representa casi un ¼ del Chaco americano y configura el territorio occidental del Paraguay; representa el 60,7% de la superficie del país aunque con la densidad y población más baja del país (0,5 habitantes por km²). Predominan fuertes vientos, escasas precipitaciones, pocas aguas con alto contenido de sales, además de tener vegetación de matorral seco y dunas de arena, todo lo cual torna vulnerable la condición vital (alimentación y acceso al agua potable) de las poblaciones criollas y sus 13 grupos indígenas.

Siendo la unidad de análisis la cantidad de familias asistidas por el PPA de un universo de 56.497 unidades familiares, se determinó un tamaño de muestra efectiva de 680 casos (hogares), con un margen de error muestral de 5% a nivel nacional, considerando un nivel de confianza del 95%, tomando en cuenta un nivel de heterogeneidad del 10% y bajo el supuesto de varianza máxima. Finalmente, se ajustaron las submuestras y se tomarán 696 encuestas para prever inconvenientes.

De esta manera, las familias y las comunidades fueron seleccionadas de manera aleatoria dentro de cada zona productiva. Así, para la recolección de la información se diseñó un muestreo estratificado en etapas, es decir, se dividió a las familias campesinas como población objetivo, en subconjuntos de “estratos según Zona Productiva del País (ZPP)”, con una muestra aleatoria por cada estrato que se distribuyeron de manera equitativa en los departamentos incluidos.

Se definió como unidad de registro a agricultores y agricultoras, sea adultos o jóvenes. En tanto la unidad de análisis del estudio es la unidad productiva-familiar.

Como parte de la estrategia muestral se aseguró de disponer información que tenga representatividad a nivel nacional y departamental, considerando un mínimo de un 50% de mujeres.

Personal técnico del PPA, mujeres y varones, que acompañan estos asentamientos fueron capacitados para administrar la encuesta con 43 preguntas, tarea que se desarrolló durante las tres primeras semanas de abril del 2012.

Así, fueron seleccionados 44 asentamientos en los cuales cada técnico/a del PPA aplicó la encuesta a 10 familias, según criterios convenidos. La información obtenida fue procesada en SPSS.

Seguidamente se presenta un avance rápido de las primeras evidencias y resultados del material empírico.

Tabla 1. Muestra. Departamentos y Zonas Productivas (estratos), según Número de Asentamientos y Familias Asistidas

Departamento	Tito de zonas productivas del país (ZPP)	Cant. de asentamientos	Cant. de familias asistidas	Tamaño muestral	Encuestas realizadas	Atos.
	Agronegocios	167	16.961	138	191	9
7 Itapúa	Agronegocios	82	4.474			
10 Alto Paraná	Agronegocios	51	4.974			
14 Canindeyú	Agronegocios	34	7.513			
	Antiguos asentamientos	65	3130	133	144	9
3 Cordillera	Antiguo	13	1.361			
4 Guairá	Antiguo	22	942			
9 Paraguari	Antiguo	30	827			
	Asentamientos recientes	234	22067	138	148	9
2 San Pedro	Nueva	93	13.537			
5 Caaguazú	Nueva	117	7.411			
13 Amambay	Nueva	24	1.119			
	Chaco	19	1.053	123	125	8
16 Pdte. Hayes	Chaco	14	545			
17 Alto Paraguay	Chaco	4	480			
18 Boquerón	Chaco	1	28			
	Ganadera	297	13.286	137	88*	9
1 Concepción	Ganadera	48	6.688			
6 Caazapá	Ganadera	139	3.671			
8 Misiones	Ganadera	72	1.912			
12 Ñeembucú	Ganadera	38	1.015			
Total			56.497	669	696	44

* Dado que no se alcanzó la cantidad mínima prevista, los datos de la zona ganadera no tienen la representación necesaria para realizar inferencias.

2 | La geografía del derecho a la alimentación, algunas dimensiones para el análisis

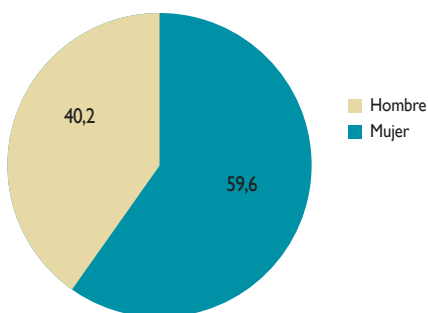
En la primera parte de este apartado se exploran las características sociodemográficas de las unidades familiares campesinas según las personas que participaron de la encuesta, donde llama la atención el fuerte vínculo con las tareas agrícolas y el peso de las infancias en los hogares.

Seguidamente, se aborda la situación del derecho humano a una alimentación adecuada y saludable (DHAA), considerando las particularidades del ciclo vital, niñez, adolescencia-juventud, adultez, adultos-mayores. En particular, se investiga el acceso a la alimentación, la producción y abastecimiento alimentario y la seguridad/inseguridad alimentaria de la familia campesina, entendiendo la relevancia de la cultura y producción local de alimentos, así como la defensa de la producción ambientalmente sustentable, libre de organismos genéticamente modificados y químicos contaminantes.

2.1 Perfil sociodemográfico de las familias campesinas

La distribución por género de los y las encuestadas fue más intensa para las mujeres, con un 59,6% de presencia a la hora de encuestar a las unidades familiares, teniendo una diferencia a favor de casi 10% sobre el porcentaje de hombres. Cuestión relevante por el papel clave que las mujeres tienen tanto en la gestión de la economía del hogar como en la seguridad alimentaria de la familia.

Gráfico I. Distribución de los encuestados según sexo



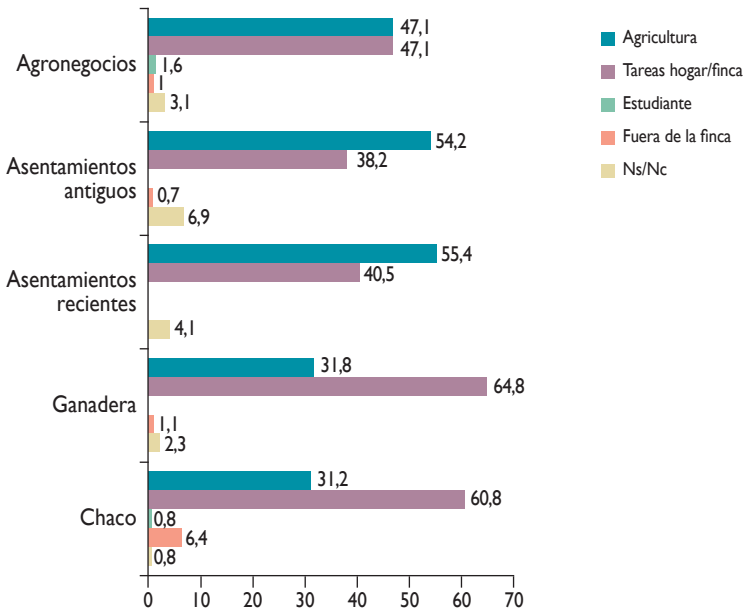
A nivel general del rol familiar, se destaca por lejos el rol de “madre” con 56,1% de la muestra, seguido del rol de padre con 39,5%. Aunque de manera marginal, siempre es mayor la proporción de “abuelas e hijas” que de los congéneres varones; esto es una evidencia de la feminización de los hogares campesinos, teniendo las mujeres como principales actividades: la seguridad alimentaria, la reproducción, así como las tareas productivas en el hogar y, cuando se tiene tierras, las contribuciones en la producción agrícola en la chacra.

Notoriamente la principal ocupación de las y los encuestados son “las tareas en el hogar y la finca” con 48,6%, seguida muy de cerca por “la agricultura” con 45,5% de las menciones; la proporción disminuye notablemente cuando se considera a quienes tienen trabajos fuera del predio familiar (1,7%), mientras que los estudiantes apenas alcanzan 0,6% de los entrevistados.

Cuando se analiza la preponderancia de la ocupación por tipo de zona productiva rural del país, la ganadera y el Chaco, exhiben mayores proporciones de personas volcadas a “tareas en el hogar y la finca”, 64,8% y 60,8% respectivamente. Por su parte, las zonas donde predominan “ocupaciones vinculadas a la agricultura” son los “asentamientos recientes” con 55,4% de las unidades familiares, opción que en los “asentamientos antiguos” llega a 52,2%, ascen-

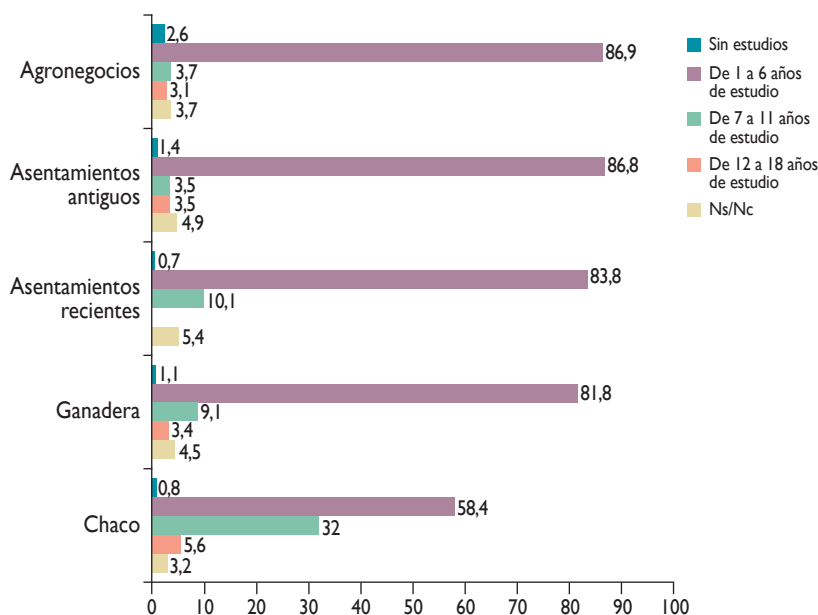
diendo a 47,1% las actividades “domésticas combinadas con las de finca” cuando el hogar campesino está rodeado de establecimientos ganaderos.

Gráfico 2. Ocupación de los encuestados, según tipo ZPP (%)



Si bien globalmente es poco el peso de los trabajos extraprediales, la zona que registra más proporción de este tipo de empleo es el Chaco, con algo más del uno por ciento.

Gráfico 3. Distribución de la escolaridad, según ZPP



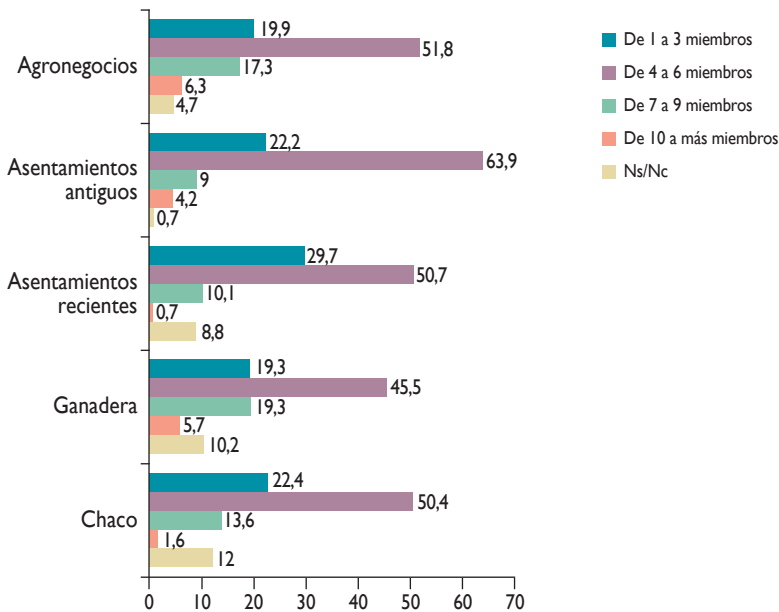
Más de 80% de las y los consultados poseen “entre 1 y 6 años de estudios”, logro sin dudas insuficiente para una multiplicidad de facetas que permiten la efectiva integración a la sociedad. Le sigue una franja de 10,8% de campesinos de “entre 7 y 11 años de estudio” que correspondería al 7mo al 9no grado del actual Tercer Ciclo de la Enseñanza Escolar Básica (Básico de la escolaridad primaria) y al 1er y 2do curso del Nivel Medio.

En tanto en el polo opuesto, quienes declaran poseer de 12 a 18 años de escolarización (más del 3er curso del Nivel Medio o con un nivel como técnico o superior) apenas alcanzan 3% del total.

Al cruzar el nivel educativo formal con el tipo de zona productiva, se tiene que los analfabetos están más presentes en comunidades

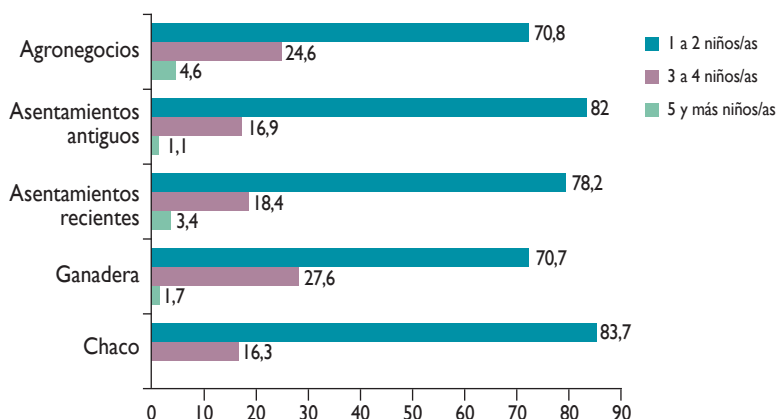
campesinas envueltas en zonas del país con agronegocios (0,7%), cifra que llega a 0,3% en los asentamientos campesinos antiguos.

Gráfico 4. Miembros familiares que duermen en la vivienda, según ZPP



El peso principal de la categoría “miembros que habitan permanentemente en la vivienda de las familias consultadas” se registra en los niveles medios, correspondiente al grupo de familias que tienen “4 a 6 integrantes” con 53%, sobre todo en aquellas unidades familiares enclavadas en zonas de agronegocios y asentamientos antiguos, seguido en menor proporción por las familias que alojan de “1 a 3 miembros” con 22,8%, y las unidades familiares de tamaño mayor, entre “7 a 9 miembros”, las cuales disminuyen a 13,6% de la muestra.

Gráfico 5. Menores de 12 años de la familia campesina que estudian, según ZPP



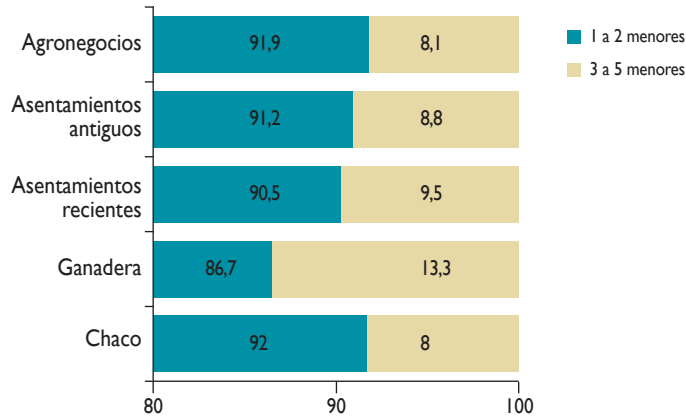
Destaca la fuerte presencia de las nuevas generaciones, aunque en condiciones socio-familiares que las afectan notoriamente en su condición infantil o de jóvenes; además –contribuyendo a la negatividad del panorama– en general se registran escasos logros educativos, lo que resultará en pocos años un obstáculo para continuar con la profesionalización del oficio de agricultor –a la que se aspira– conduciendo a trayectorias de exclusión o a la migración.

En 346 unidades familiares campesinas existen niñas/os menores de 12 años de edad que se encuentran estudiando en el sistema educativo formal. Casi 77% de los hogares cuentan con uno o dos niños/as que van a la escuela primaria, seguido por 20,7% de otro segmento familiar que sostiene a tres o cuatro estudiantes menores de 12 años de edad.

Si se considera el peso de la niñez según tipo de territorio productivo, se tiene que la presencia de niños y niñas en la “zona del Chaco” llega a 83,7%, en tanto en las “zonas campesinas antiguas” a 82%.

Asimismo, es precisamente en las zonas ganaderas (27,6%) y de agronegocios (24,6%) donde se registra la mayor concentración de infancias, con una cantidad de entre 3 y 4 niños y/o niñas por hogar.

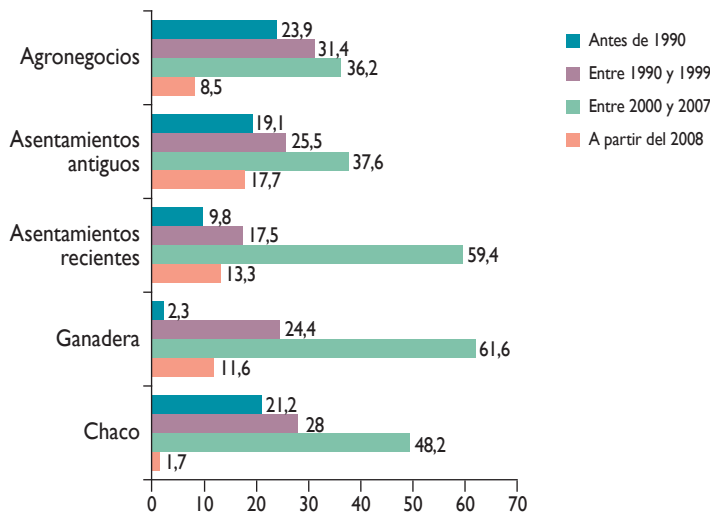
Gráfico 6. Porcentaje de adolescentes que estudian, según ZPP



Del total de unidades familiares de la muestra, 253 cuentan con adolescentes de entre 13 y 18 años estudiando, la mayoría en el nivel medio. El 91% de estas familias tiene entre uno y dos adolescentes, en tanto el 9% restante declara contar con tres y cinco. Se constata así una voluminosa estructura demográfica juvenil que si bien podría ser considerada una situación ventajosa para el desarrollo rural y nacional, de no existir planes y políticas específicas para las adolescencias y juventudes del campo, el país contará con apreciables efectos en las presiones y demandas de alimentación, salud, trabajo, tierra, recreación, entre otros derechos.

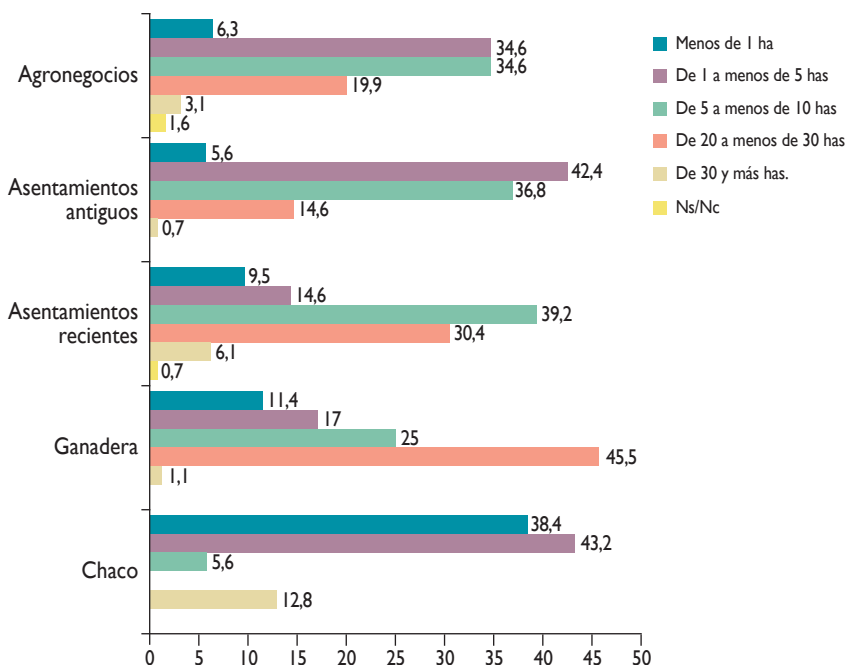
2.2 Arraigo y vínculo con la tierra

Gráfico 7. Tiempo de residencia en la comunidad, según ZPP



Según los datos, casi 47% de los encuestados se asentó en la comunidad en la cual reside entre los años 2000 y 2007, lo cual indica que se trata de nuevos asentamientos, seguido con 25,7% de los asentamientos familiares que datan de la década de 1990 y, finalmente, las familias arraigadas en la época anterior a 1990 con el 16,7%.

Gráfico 8. Cantidad de tierras de la familia, según ZPP



La posesión o desposesión de la tierra y la cantidad de superficie, define las posibilidades de tener cultivos para el consumo y la renta, así como las posibilidades de tener una huerta familiar, animales y aves de corral. Al analizar los datos de superficie de tierras de las familias campesinas encuestadas se puede observar que 31,2% de la muestra es claramente minifundista pues tiene entre 1 y 5 hectáreas de tierra, seguido de 29,6% de las unidades familiares que poseen entre 5 y 10 hectáreas, en tanto 20,7% dispone de 20 a 30 hectáreas, para finalizar en el 13,2% de las familias que solamente poseen un lote menor a 1 hectárea.

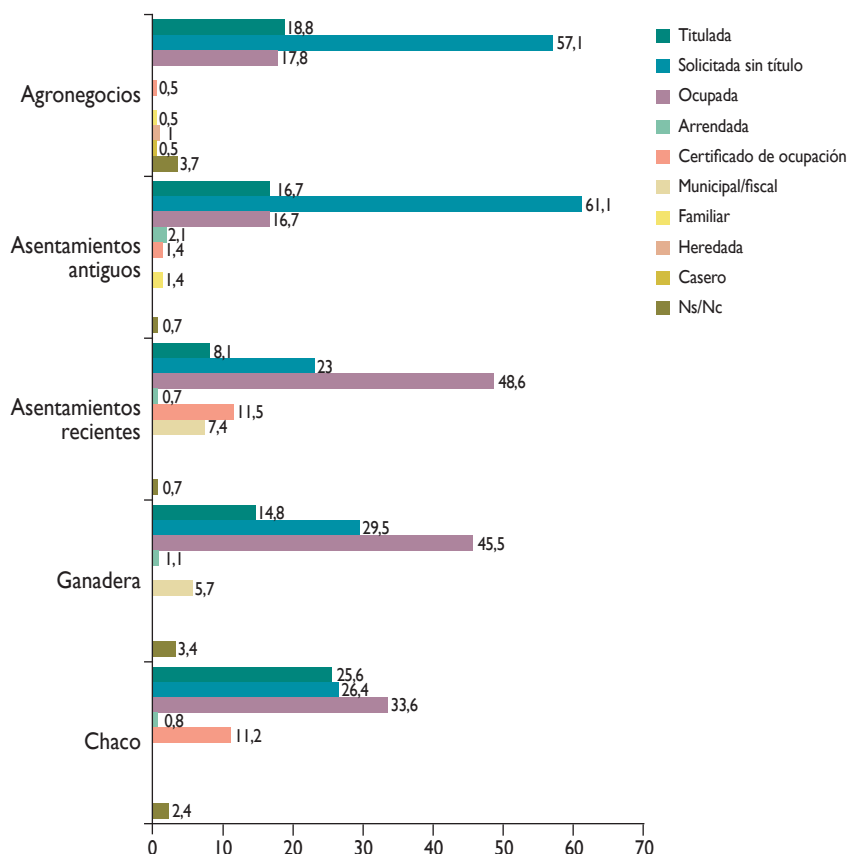
En cuanto a las formas de tenencia de la propiedad por parte de las familias objeto de análisis, 3 tendencias se destacan. Una es la alta preponderancia de familias cuyos “títulos de lotes se encuentran en proceso de solicitud” (41,7%). La otra tendencia es que más de

una cuarta parte (30,1%) de las familias, ha accedido a su lote en calidad de “ocupación”, por distintos procesos de reclamo y lucha por parte de sus organizaciones campesinas.

Luego, lejos de las anteriores formas de posesión, como tercera tendencia se tiene un 16,8% de familias que efectivamente son poseedoras del “título” de sus tierras. Es interesante observar que los porcentajes de familias que cuentan con “certificación provisoria” o “fiscal”, así como inquilino y otras formas, son mínimas.

Destaca que más de 80% de las familias campesinas no sean propietarias legal y efectivamente reconocidas, lo cual es un fuerte indicio de incumplimiento del derecho a la posesión de tierra. La causa de esta preocupante situación, que torna vulnerable el futuro de las chacras campesinas, probablemente radica en las barreras que tienen las familias para permanecer y desarrollarse en el campo, en un contexto de carencias de políticas de reforma agraria, a menos que se consiga tierra por medio de acciones directas de ocupación, para luego forzar al Estado a reconocer la recuperación de tierras públicas, aunque sea con algún certificado de ocupación precario.

Gráfico 9. Forma de tenencia de las familias con tierras, según ZPP



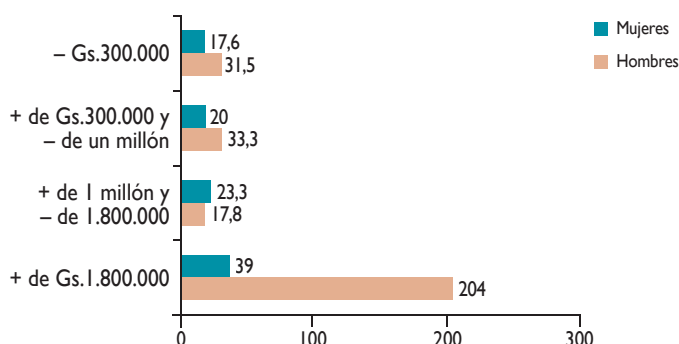
Es de suponer que el actual proceso de trastocamiento de las relaciones sociales del campesinado, mediante empresas agropecuarias de alto y mediano capital, territorialmente en contacto con las familias de agricultores, está presionando para que éstas se desprendan de sus tierras, obtenidas mediante la herencia o para otro segmento de familias mediante la lucha, sea en proceso de reconocimiento o incluso tenedoras de titulación legal.

Existe una diferencia entre tipo de zonas productivas y tipo de tenencia familiar. Se observa que “las ocupaciones” son más propias de los “nuevos asentamientos” (34,4%) en proceso actual de reconocimiento legal, en tanto las chacras con “títulos legales” predominan en las zonas de agronegocios (30,8%), con una cifra de 27,4% en el Chaco paraguayo y 20,5% de los antiguos asentamientos campesinos.

2.3 Ingresos monetarios de las familias

Interesa particularmente también entender la situación económica vista en términos de ingresos propios según sexo.

Gráfico 10. Ingresos familiares por género

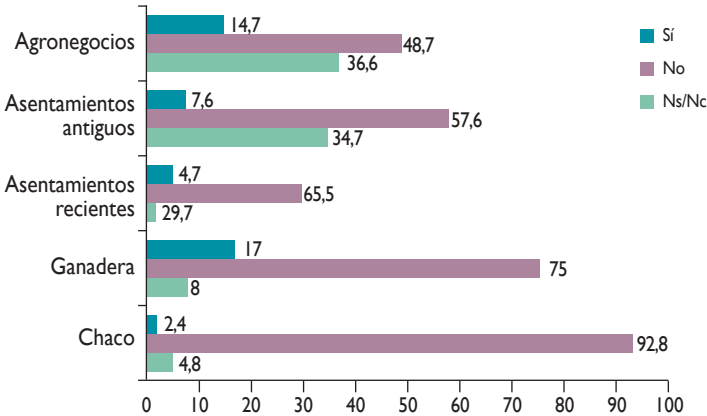


Un primer dato es que 33,3% de las mujeres campesinas tienen un paupérrimo ingreso de entre 66 U\$ y 220 U\$ (considérese que el salario mínimo es de aproximadamente 350 USD), y otro 31,5% obtienen menos de 66 U\$, ingresos éstos que en el caso de los hombres desciende marcadamente la proporción a 17,6% en el ingreso más bajo y a 20% el que le sigue.

La situación de la mujer también es más desfavorable en los dos estratos de remuneraciones superiores, pues al considerar los ingresos de la franja de 220 a 400 U\$, los hombres representan 23,3%

frente a 14,8% de las mujeres campesinas; y al observar la franja de más altos ingresos, mayores a 400 U\$, las mujeres registran 20,4% frente a los varones que acrecientan la brecha a su favor (39%). Es clara la incidencia del sexo: los varones tienden a ganar mucho más que las mujeres (aunque tienen generalmente mayor nivel educativo y más trabajos múltiples), mientras que las mujeres se deben conformar con una menor gratificación o paga.

Gráfico 11. Remesas recibidas por las familias campesinas, según ZPP

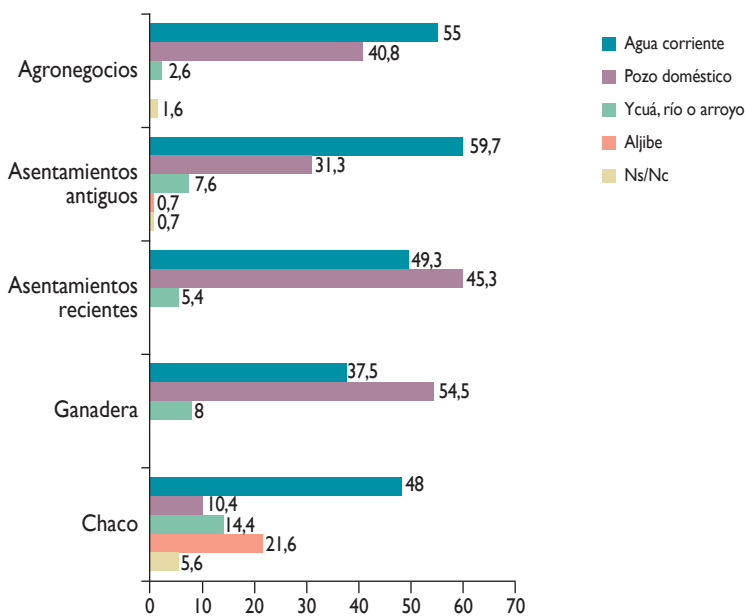


Claramente las contribuciones monetarias de las hijas, hijos o pareja desde otros ámbitos –generalmente ciudades del país o del exterior– no alcanzan 10% del total, pero estas remesas son marcadas en aquellos tradicionales territorios de expulsión campesina. En efecto, dicha proporción sube a 23,4% de los hogares rodeados por establecimientos ganaderos, y de manera notable a 43,8% en las zonas de agricultura agraria impulsada por los agronegocios.

2.4 El acceso al agua potable

En lo que respecta derecho humano a la alimentación adecuada puede ser observado en el derecho específico al agua potable por parte de la población campesina.

Gráfico 12. Fuente de acceso familiar al agua potable, según ZPP



Más de la mitad de los encuestados (51,3%) accede al agua potable por una corriente pública, en tanto el pozo doméstico está en segundo lugar con 36,1% (sobre todo en las zonas ganaderas y asentamientos recientes) y el “ycuá (manantial), río o arroyo” representa la tercera fuente de agua con 7%. En tanto, el aljibe es con el 4%, la cuarta fuente de agua en importancia para las familias campesinas.

2.5 La huerta familiar: presencia y el oficio de cuidarla

Entre las familias campesinas, casi las tres cuartas partes tienen huerta para consumo familiar, sobre todo en aquellas chacras rodeadas de agricultura a gran escala (26,6%) y en los asentamientos antiguos (26%). Ello puede deberse a una de las tantas estrategias para asegurar algunos recursos para la alimentación familiar que vienen de generación en generación, y/o a la efectividad de programas de promoción de la producción de alimentos como el PPA.

Contrariamente, en la zona chaqueña la presencia de huertas en el hogar cae a 12,6%, lo que significa “mayor vulnerabilidad alimentaria” para más de 87% de las familias campesinas chaqueñas. Es preocupante también que más de 80% de las familias asentadas en nuevas comunidades campesinas no tengan una huerta propia, lo cual las coloca en una situación de inseguridad alimentaria y mayor dependencia del mercado.

Las mujeres campesinas paraguayas se ven más comprometidas al cuidado de uno de los tantos trabajos productivos como es la huerta del hogar, pues siguiendo la tabla de abajo en más del 45% de la muestra son las “madres” (frente al 8,5% de los padres o 1,9% de hijos varones) quienes además de cuidar de los hijos y de encargarse de las tareas domésticas, contribuyen a la seguridad alimentaria familiar con su responsabilidad exclusiva frente a la huerta, tareas todas éstas que –como se sabe– son asignadas por los patriarcales mandatos de género y que son totalmente subestimadas por la sociedad global.

Es interesante notar que la “fuerza de trabajo de las mujeres crece aún más” si se observan las familias donde las “madres” suelen ocuparse de la huerta acompañadas “de las hijas o los hijos varones”, o “hijas” con el padre; así se tiene en su conjunto que casi en el 70% de las unidades familiares, la pequeña o mediana huerta para el autoconsumo es una carga en la que están involucradas directamente las mujeres campesinas, sean niñas, adolescentes o adultas.

Tabla 2. Responsable del cuidado de la huerta, según ZPP

	Zona productiva					Total
	Agro-negocios	Asenta- mientos antiguos	Asenta- mientos recientes	Ganadera	Chaco	
Madre	65 34,0	71 49,3	44 29,7	63 71,6	39 31,2	282 40,5
Padre	17 8,9	17 11,8	3 2,0	5 5,7	17 13,6	59 8,5
Hijas	- -	4 2,8	1 0,7	1 1,1	3 2,4	9 1,3
Hijos	5 2,6	4 2,8	3 2,0	1 1,1	- -	13 1,9
Otros	6 3,1	- -	- -	- -	1 0,8	7 1,0
Madre y padre	13 6,8	14 9,7	7 4,7	3 3,4	2 1,6	39 5,6
Madre e hijas	15 7,9	3 2,1	11 7,4	1 1,1	9 7,2	39 5,6
Madre e hijos	23 12,0	9 6,3	15 10,1	3 3,4	38 30,4	88 12,6
Padre e hijas	1 0,5	- -	- -	- -	2 1,6	3 0,4
Padre e hijos	1 0,5	4 2,8	6 4,1	1 1,1	1 0,8	13 1,9
Madre, padres e hijos/as	18 9,4	7 4,9	9 6,1	- -	- -	34 4,9
No corresponde	23 12,0	9 6,3	48 32,4	10 11,4	13 10,4	103 14,8
Ns/Nc	4 2,1	2 1,4	1 0,7	- -	- -	7 1,0
Total	191 100	144 100	148 100	88 100	125 100	696 100

2.6 Bebidas más apreciadas

Acerca de las bebidas más consumidas en el hogar campesino, por cuestiones lógicas de costumbre y costos, mayoritariamente, un 43,7% de integrantes de los hogares campesinos consumen “agua”, mientras los que acompañan las comidas con “jugos naturales” llega a 22,1% de las preferencias.

Luego le siguen con 10,5% los que declaran el consumo de “bebidas gaseosas” y con 9,2% los que suelen beber “jugos artificiales”. En el caso de las bebidas que acompañan las comidas, parece que las bebidas comerciales todavía no forman una de las características de los patrones alimentarios campesinos, aunque se sabe que las segundas y terceras marcas de gaseosas cada vez son más frecuentes en el mercado campesino.

Tabla 3. Bebidas más consumidas en la familia, según ZZP

	Zona productiva del país					Total
	Agro-negocios	Asenta-mientos antiguos	Asenta-mientos recientes	Ganadera	Chaco	
Agua	70 36,6	50 34,7	81 54,7	35 39,8	68 54,4	304 43,7
Gaseosas	26 13,6	7 4,9	10 6,8	4 4,5	26 20,8	73 10,5
Jugos naturales	56 29,3	38 26,4	24 16,2	24 27,3	12 9,6	154 22,1
Jugos en sobre	15 7,9	15 10,4	17 11,5	8 9,1	9 7,2	64 9,2
Bebidas alcohólicas	1 0,5	- -	1 0,7	- -	1 0,8	3 0,4
Terere	- -	- -	1 0,7	- -	1 0,8	2 0,3
Leche	1 0,5	4 2,8	- -	- -	2 1,6	7 1,0
Mosto	- -	7 4,9	- -	- -	5 4,0	12 1,7
Cocido	5 2,6	- -	- -	- -	- -	5 0,7
Ns/Nc	17 8,9	23 16,0	14 9,5	17 19,7	1 0,8	72 10,3
Total	191 100	144 100	148 100	88 100	125 100	696 100

2.7 La cultura alimentaria guaraní

En la cultura paraguaya y en especial en la comida campesina, existiría una “transición nutricional” (Doughman, 2011) dadas las diversas transformaciones en relación a la obtención de alimentos

pero sin participar de modo directo del consumo compulsivo de los centros urbanos.

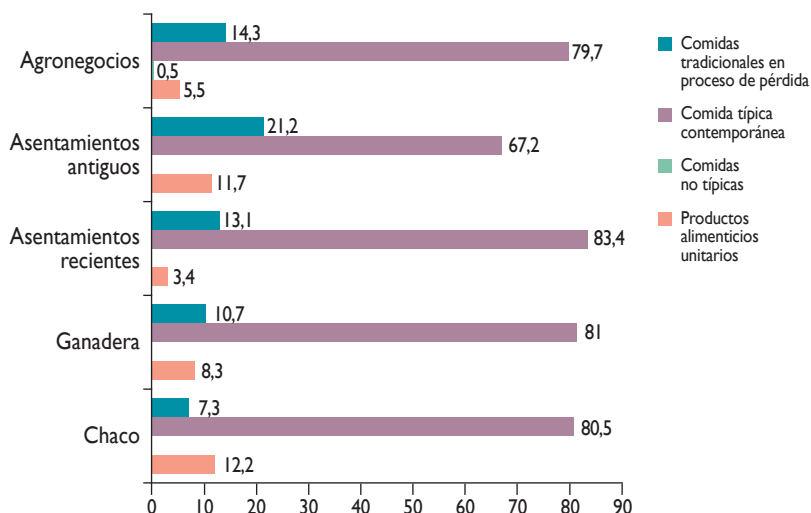
De las consultas realizadas en la encuesta, me mencionaron 49 comidas y alimentos típicos de la cultura culinaria campesina, desde el estofado de maíz, la sopa de pescado, pasando por la torta de maíz, hasta el infaltable cocido quemado.

Específicamente se relevaron a manera de ejemplo los siguientes alimentos tradicionales: “chipa” (de almidón de mandioca), “chipa soo”, “mbaipy” (polenta casera), “mbejú” (torta de almidón de mandioca), “sopa paraguaya”, “Chipá guazú”, “rora”, “batiburrito”, “caguyi”, “caburé”, “chicharo trenzado”, la “payagua mascada” (hamburguesa con puré de mandiocas mezclado con carne sobrante del puchero), el “pastel mandió” (de mandioca), el “caldo avá” (de menudencias vacunas y verduras), la “sopa so’o”, la “sopa de porotos”, “borí-borí” con o sin puchero de gallina, y distintos “guisos” (de arroz/de poroto/de mandioca); muchos de los cuales, se los cocina en el tatacua o horno de barro a leña.

En tanto como postres, el “coserevá” (apepú de naranjas salvajes con miel negra), “queso paraguay con miel negra”, “dulces de frutales”, “mamón en almíbar con queso” y una variedad de frutales como la guayaba.

A fin de averiguar el vínculo de las personas encuestadas como campesinos o campesinas con las comidas autóctonas, se describe mayoritariamente un alto y completo conocimiento de platos típicos (en más del 90%), tanto campesinos como indígenas.

Gráfico 13. Conocimiento de los platos típicamente paraguayos, según ZZP



Para continuar la aproximación al conocimiento y consumo de platos tradicionalmente campesinos que poseen las familias, así como también si existe o no pérdida de estos platos de la dieta familiar, se realizaron consultas que recabaron información sobre diversos alimentos y comidas que han sido parte de los hogares campesinos y urbanos paraguayos, en general.

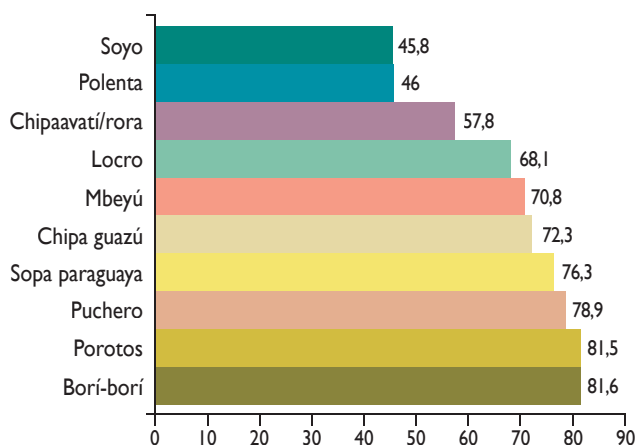
Tanto en el caso de quienes conocen las “comidas típicas contemporáneas emblemáticas” (78,2%) en las que se incluye el borí-borí, loco, soyo y otros platos, como en aquellas “comidas tradicionales en proceso de desaparición” (13,7%), tales como kivevé, mbaipy, rora kyra, etc., a excepción de las zonas ganaderas donde el conocimiento de las comidas típicas disminuye, el resto de las zonas presentan todavía –aunque con la presión del mercado– notables registros de saberes y consumos de comidas típicas contemporáneas.

Realizando un análisis más preciso de los platos típicos que “siempre han consumido las y los encuestados y para evaluar en qué

medida “se siguen degustando en la actualidad”, se muestran diez platos en orden de pleno conocimiento:

Contrastando, tendencialmente la encuesta arrojó que hay seis alimentos típicos que “se consumían con anterioridad y que ahora ya no se consumen” en las familias campesinas: el kivevé con un 40,4%, pastel mandió con un 39,9%, el So’o Josopy con 37,1%, so’o pirú con 36,9%, chipa so’o con 34,2% y el caburé con 33,8%.

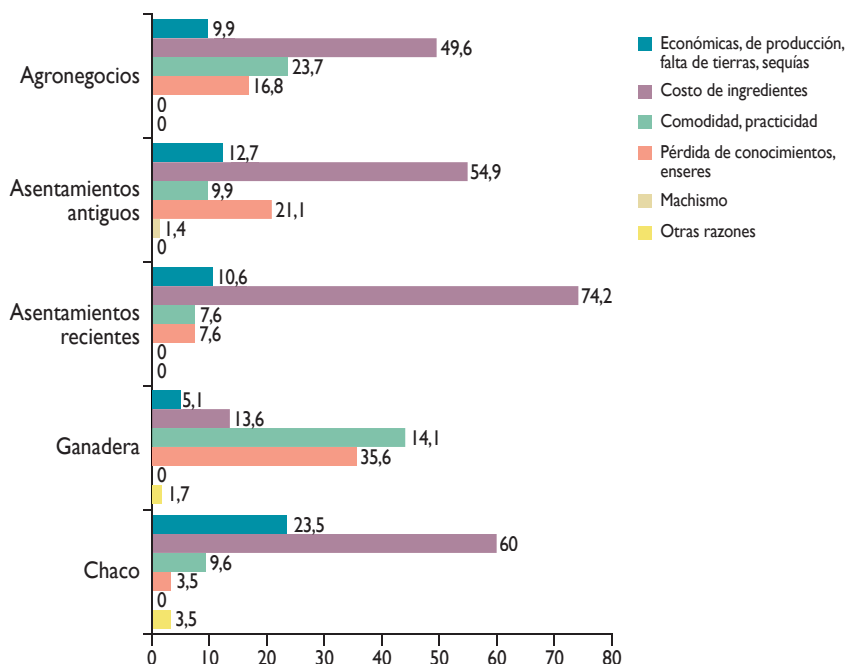
Gráfico 14. Platos tradicionales más conocidos



Un elemento fundamental en la aproximación a las transformaciones en patrones alimentarios campesinos, alude a las razones de ir dejando la diversa variedad de alimentos típicos.

Si se analizan las razones planteadas para explicar la exclusión de parte de estos alimentos tradicionales de la dieta guaraní, el porcentaje más significativo es el “encarecimiento del costo de los ingredientes” utilizados para preparar dichas comidas (52%), un 18,1% alude razones de “practicidad o comodidad”, seguido de quienes admiten “pérdida en el conocimiento” (15,2%) y, finalmente, los que destacan la imposibilidad de incluirlos en la dieta familiar por razones “materiales o de producción” (13,3%).

Gráfico 15. Factores de abandono de alimentos típicos, según ZPP



En efecto, esta situación denota que hay una pérdida en la producción de los insumos necesarios para preparar los alimentos tradicionales de la dieta familiar campesina. Situación que habla de un abandono de las pautas alimenticias propias de las familias y comunidades campesinas, que además puede ser leída como un efecto refractario de la regulación y cada vez mayor normalización de dichas prácticas por el modelo agroindustrial dominante.

3 | Situación del sistema agro-alimentario campesino

En el presente apartado se indaga acerca de las asociaciones entre monocultivos y ganadería extensiva, con el grado de homogenización de la cultura alimentaria campesina, así como la asociación entre economías campesinas y el consumo de animales producidos en la propia chacra y comidas cultivadas por el propio trabajo familiar.

Para muchas familias paraguayas las verduras y frutas son inaccesibles, mientras, se sacia el apetito con pan, puchero de oferta, fideos con bebidas gasificadas con mínimo valor nutritivo, dejando de lado o perdiendo casi totalmente la costumbre de los alimentos caseros o que se producen con el trabajo familiar.

En los puntos siguientes se presenta una visión panorámica de cómo se dan las tensiones entre la presión del sistema alimentario capitalista y la ecología campesina del comer, o para ser más preciso, la creciente homogeneización industrial del acceso a los alimentos versus el grado de soberanía o control de los alimentos por parte del campesinado.

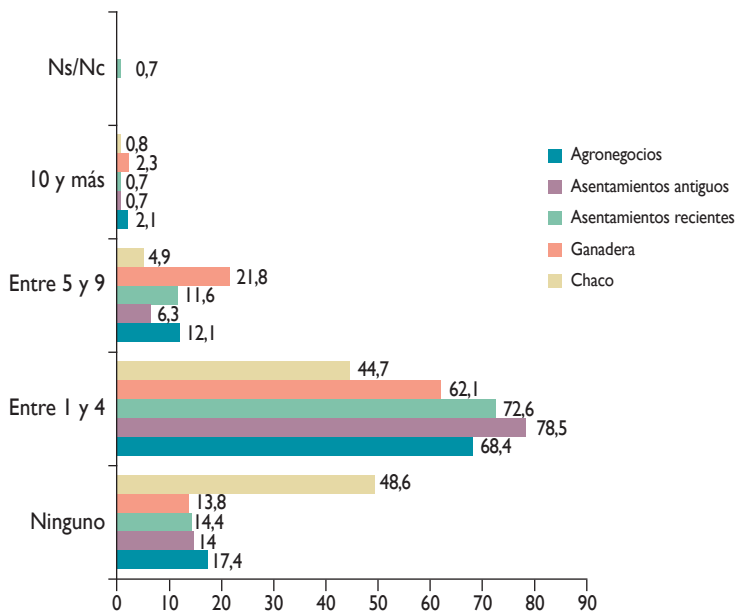
3.1 Cría y disponibilidad de animales

Un primer rubro a tomar en cuenta son los animales de corral, que al contar con capacidad de autonomía de producción constituyen un preciado recurso de las familias campesinas para asegurar parte de la alimentación y como fuente de generación de ingresos. En este sentido, más del 98% de las familias cuentan con animales. Al diferenciar por tipo de animales, se tiene, en cuanto a animales de corral (gallinas), que 54,1% de las familias posee un corral de entre 20 y 49 gallinas, seguido de 33,2% que tiene menos de 20, sobre

todo, en el Chaco (23,9%) y en las zonas de agronegocios (24,1%). Finalmente, 11,7% de las familias tiene más de 50 pollos y gallinas.

a. La cría de cerdos en la chacra

Gráfico 16. Disponibilidad de cerdos, según ZPP



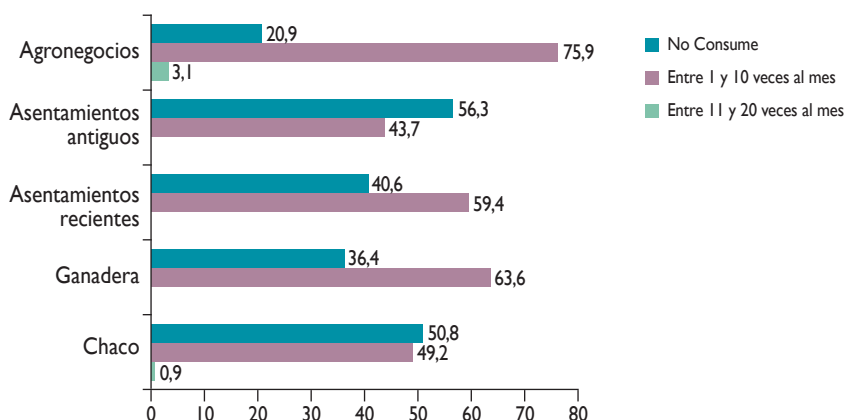
La porcicultura sin duda está presente en la vida de las familias campesinas paraguayas, ya que 66,4% de las unidades familiares relevadas crían entre 1 y 4 cerdos en sus corrales y 10,7% mantiene piaras un tanto más numerosas –de 5 a 9 animales–. Esta crianza está destinada fundamentalmente al autoconsumo, a festejos especiales y ocasionalmente para la venta. Más allá de la regular o poca disponibilidad de tierra, más del 78% de las familias tienen cerdos como recurso de alimentación, dada la fácil adaptación a la falta de

espacio y al aprovechamiento para su cría de una variada gama de subproductos residuales.

Consumo familiar de carne de cerdo

La escasa variación en el menú es una tendencia alarmante que se confirma plenamente cuando se cruzan los datos referidos al consumo de carne de cerdo; 39,7% de la población rural paraguaya no incluye ningún corte porcino en su alimentación, mientras que 59,4% lo hace sólo entre una y diez veces al mes. El mayor índice de rechazo se da en la zona de los asentamientos antiguos, donde 56,3% de las familias dice no ingerir esta carne, en contraposición con la zona de agronegocios, donde el registro desciende a 20,9%, números coherentes con el grupo de los que consumen mínimamente, ya que ambas zonas vuelven a ubicarse en los puntos extremos, la primera con 43,7% y la segunda con 75,9%.

Gráfico 17. Consumo de carne de cerdo en la familia, según ZPP

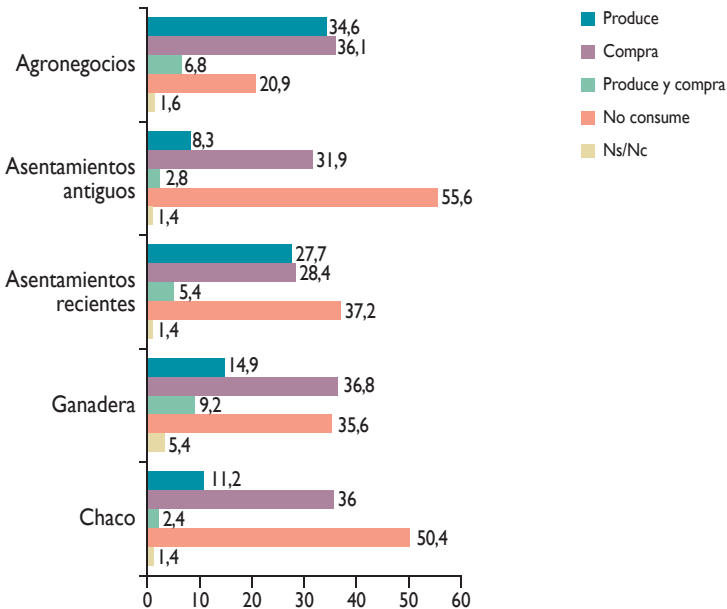


Ordenando las cifras, surge una suerte de escala vinculada a las zonas, en la que la correspondiente a los agronegocios muestra un menor rechazo –o mejor, una tendencia más volcada a la acepta-

ción- de la carne de cerdo, seguida por la zona ganadera -63,6% en el grupo que consume mínimamente, y 36,4% en el que directamente no consume-, los asentamientos recientes -59,4% y 40,6% respectivamente- y el Chaco con 49,2% y 50,8%. La coherencia es estricta, pues en la tabla aparecen ambos grupos exactamente en el mismo orden, lo que es -aparte- un signo estadístico que habla de la confiabilidad y validez obtenidas en la aplicación del instrumento de recopilación de la información.

Producción familiar y compra de carne de cerdo

Gráfico 18. Autonomía y dependencia del mercado en el consumo de carne de cerdo, según ZZP



Los bajos niveles de consumo de carne porcina implican índices también bajos de producción y de adquisición. Es esperable enton-

ces encontrar que en general, sólo 21% del campesinado –con las mismas notorias diferencias por zonas productivas vistas precedentemente– se dedique a la crianza de cerdos con propósitos de consumo familiar, en su mayor parte; porcentaje al que debe sumarse el 33,7% de familias que se proveen en las carnicerías, y 5,2% de los que producen y compran. Se obtiene así un 59,9% que confirma con exactitud casi absoluta la tendencia marcada anteriormente (59,4% de población que reconoce un consumo mínimo).

Esa correspondencia vuelve a darse cuando se observa la distribución de la producción por zonas productivas circundantes a las familias. La regularidad en el orden es prácticamente puntual: quienes habitan en las regiones donde se asientan los agronegocios se muestran aquí también más propensos a la inclusión de la carne de cerdo en sus dietas, ocupando el primer lugar entre los que crían ganado porcino con un 34,6%, seguidos por los asentamientos recientes –con 27,7%–, los de las zonas ganaderas –con 14,9%–, los del Chaco –con 11,2%– y finalmente los asentamientos antiguos, con el menor índice, que es del 8,3% (como puede verse, la única alteración ordinal, con referencia al apartado anterior, se da entre la zona ganadera y los asentamientos campesinos de creación más reciente, lo que no constituye una perturbación significativa en la coherencia ni en su interpretación).

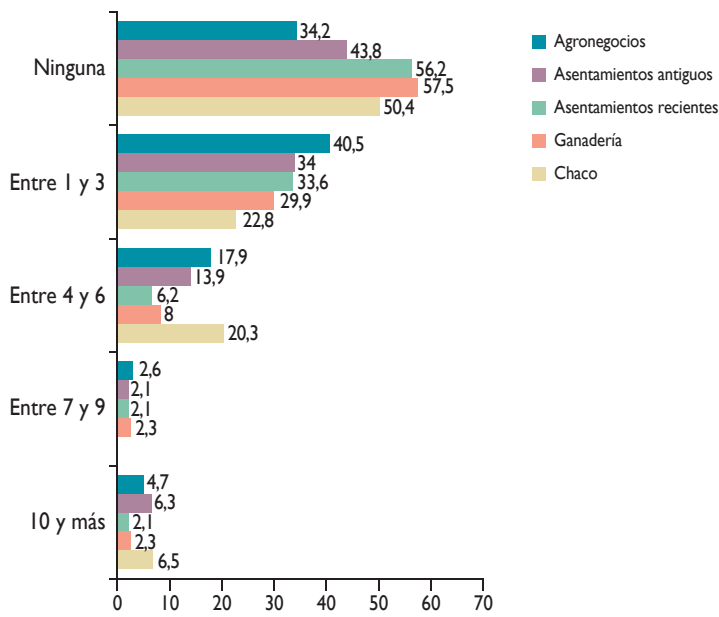
Ahora bien, esa regularidad se pierde cuando la distribución por zonas es de la adquisición, pues el ordenamiento de las cifras se reduce a una franja dada por una variación no mayor de tres puntos porcentuales con respecto a la media. Aunque la zona de los agronegocios se mantiene entre los primeros lugares, y los asentamientos antiguos entre los últimos, como lo venían haciendo (con el 36,1% y el 31,9% respectivamente). La distribución por zonas de la combinación entre producción y adquisición sigue casi exactamente este mismo orden.

Este “emparejamiento” de los registros marca una diferencia entre lo que significa consumir y criar cerdos, dada muy probablemente por alguna cuestión relacionada con el prestigio imbuido en la ac-

tividad –lo que a su vez está vinculado con la situación de mayor o menor pobreza de la población–, prestigio que es definitivamente malo en los asentamientos antiguos, en el Chaco y en la zona ganadera y no tiene tanta importancia en la zona de los agronegocios y los asentamientos recientes.

b. Ganadería familiar

Gráfico 19. Disponibilidad de ganadería en la chacra, según ZPP



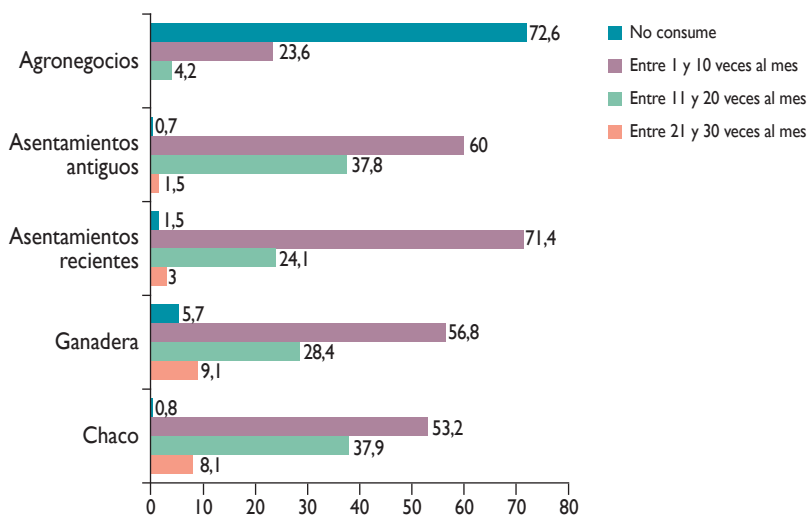
Otro recurso fundamental con diferentes funciones sociales y económicas que tienen las familias campesinas es el ganado vacuno. Preocupa que 46,7% de las familias admiten no tener especies bovinas, sumamente relevante para el ordeño de leche, disponibilidad de carne vacuna, y para contar con un pequeño capital de ahorro

para enfrentar circunstancias familiares difíciles. Solamente 33,2% de las familias poseen de 1 a 3 animales, 18,3% de 4 a 6, mientras sólo menos del 2% de las familias cuenta con más de 10 animales, lo que representa un capital importante. En consecuencia, frente al exponencial crecimiento de la ganadería para la exportación en el Paraguay, el predominio es entonces de chacras con ganado vacuno simplificado, o directamente de unidades productivas que han “perdido” este central capital alimentario con el paso de las generaciones de sus padres/abuelos o ya en los últimos años como familias campesinas del siglo XXI.

Históricamente, la carne vacuna constituye uno de los principales componentes de la dieta básica de las familias campesinas paraguayas. Aunque en la actualidad su inclusión en el menú no es una cuestión del todo cotidiana, sí alcanza porcentajes relativamente razonables, pues la amplia mayoría –64,1%– consume preparaciones basadas en este ingrediente entre “una y diez veces al mes”, tendencia que se nota especialmente en la zona de los agronegocios, donde se registra el mayor porcentaje relativo, que es el 20,6% del total (32,1% del grupo). En este punto surge un detalle aparentemente paradójico: el porcentaje más bajo –7,5%– se da en las zonas circundadas por la gran ganadería, seguido por el Chaco, con 9,8%. En el medio, la distribución presenta una meseta, pues la tendencia baja suavemente cuando se observan las cifras correspondientes a los asentamientos recientes y antiguos –14,2 y 12,1%– respectivamente.

Aquella primera proporción mejora cuando se tiene en cuenta al grupo que puede guisar o rostizar algún corte vacuno al menos once veces al mes (estrictamente entre once y veinte, es decir, un promedio de dos veces a la semana como mínimo), grupo que alcanza el 29,8%, con una variación por zonas que sigue casi exactamente la misma pendiente vista en el grupo anterior.

Gráfico 20. Consumo de carne vacuna en la familia, según ZPP



Seguidamente están las familias que superan hasta los índices de moderación que sugieren las tablas de nutrición más aceptadas: sólo 4,8% indica que la carne roja aparece en la mesa “entre 21 y 30 veces al mes”, es decir prácticamente todos los días. El porcentaje de “vegetarianos” –obligados o por opción– es mínimo: sólo 1,3% del total.

Puede observarse la presencia de una constante en la opción alimentaria del campesinado, que va más allá de la zona productiva de residencia: los o las responsables de la cocina, en cualquier parte del país, tienen por lo menos la intención de introducir carne en la dieta, una o dos veces a la semana como mínimo (sin hacer aquí distinciones en cuanto a cantidades en la porción o calidad de los cortes).

Pero cuando se pone la lupa sobre la distribución por tipo de zona productiva envolvente, pareciera surgir alguna dificultad en la

provisión de este tipo de alimentos, precisamente en los lugares donde se lo produce (zonas ganaderas), lo que probablemente tenga relación con el modelo económico agroexportador vigente y sus factores constitutivos:

- esquema de distribución de los recursos y medios de producción basado en la concentración y el latifundio;
- equidad/inequidad en la remuneración de los ocupantes de los distintos puestos laborales disponibles en ese esquema;
- distancia entre los centros de producción primaria y los centros de comercialización, entre otros.

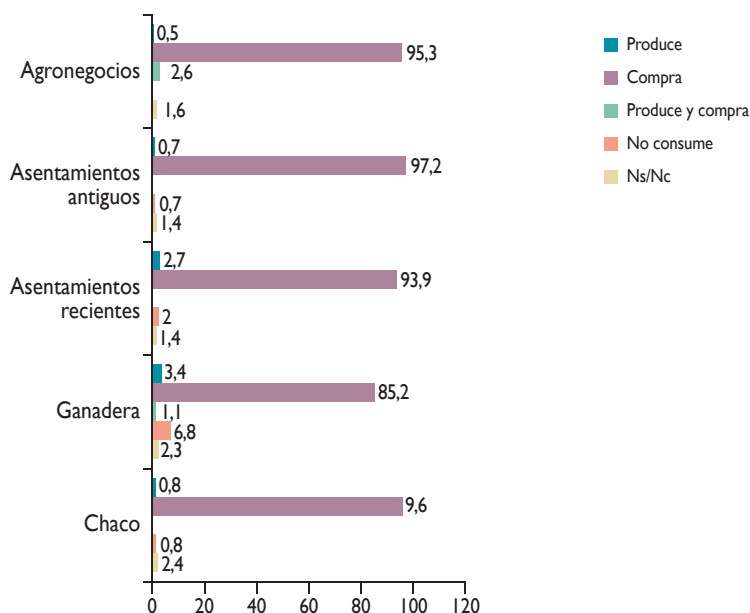
Otro de los detalles que surgen de la lectura de la tabla respectiva abona esta interpretación: en las otras tres zonas consideradas (comunidades rodeadas de agronegocios, asentamientos recientes y antiguos) la situación es sensiblemente mejor en lo que respecta a la posibilidad de introducir carne vacuna en la dieta semanal de las familias campesinas

Producción familiar y compra de carne vacuna

La relación entre el modelo económico vigente y las dificultades en la provisión de carne vacuna se hace aún más visible cuando se consideran los datos que complementan la cuestión anterior. Surge en este punto una situación gravísima, desde el criterio utilizado para este análisis: “las familias campesinas paraguayas no producen la carne que consumen”. En promedio, 94,3% de la población rural del país se provee de este alimento comprándolo en carnicerías –permanentes o eventuales– y sólo 1,4% cuenta con haciendas suficientemente cuantiosas como para permitirse el lujo de “faenar” una vez a la semana. Esta tendencia tiene sólo una pequeña oscilación porcentual que favorece a los habitantes de las zonas ganaderas (en una ligera contradicción con los restantes datos, pues el registro es del 85,2%, nueve puntos menos que el promedio), manteniéndose prácticamente horizontal en las restantes zonas, en una franja en la que la desviación de la media no alcanza los tres

puntos, pues va de 93,9% registrado en los asentamientos recientes, a 97,2% de los asentamientos antiguos.

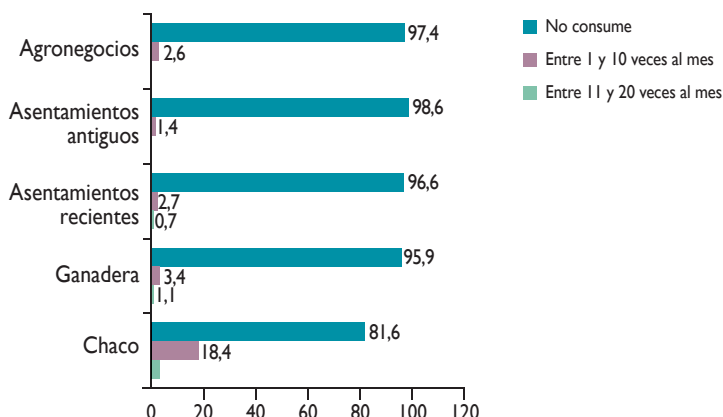
Gráfico 21. Autonomía y dependencia del mercado en el consumo de carne vacuna, según ZPP



El grupo de familias que a la vez producen y compran carne vacuna no tiene incidencia –0,9%– y mucho menos el que se dedica a la pesca para completar el menú, pues es casi inexistente –0,1%–. Este último dato sólo sirve para corregir una imagen casi mítica: salvo en zonas ribereñas específicas, el campesino paraguayo no se dedica a la pesca, al menos en las proporciones que podría imaginarse considerando que, en general, cuenta con varios sitios cercanos para desarrollar esta actividad.

c. Consumo, producción y compra familiar de carne de cabra

Gráfico 22. Consumo de carne de cabra en la familia, según ZPP

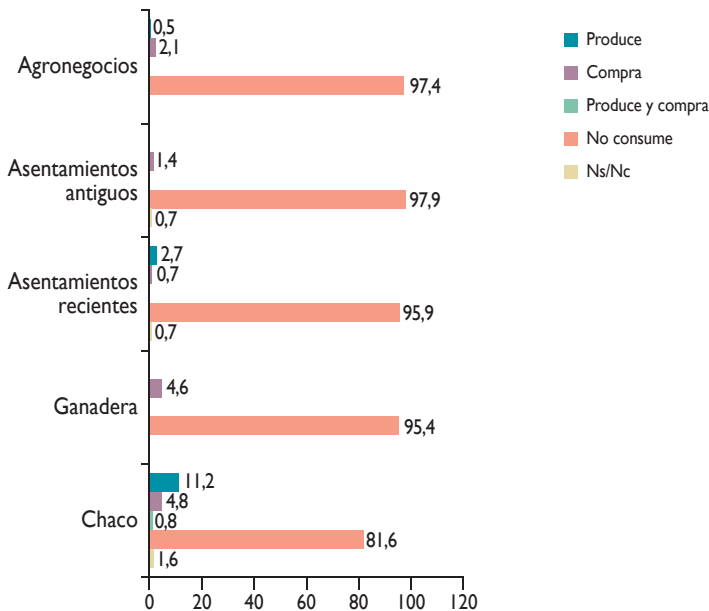


La carne de cabra es casi totalmente ignorada como posibilidad de diversificación de la dieta de las familias campesinas paraguayas. Sólo un 5,3% del total de las familias campesinas bajo estudio, la incluye en el menú “al menos una vez a la semana”, en especial en la zona del Chaco donde se registra un porcentaje parcial de apenas 18,4%, que da a entender que se trata de un tipo de ganado que no se ha intentado desarrollar, pese a contar allí con las condiciones geográficas y climáticas adecuadas. En el extremo opuesto se ubican los asentamientos antiguos –con 1,4%– que así demuestran tener, frente a los cortes caprinos, igual actitud que frente a los porcinos, es decir, un escaso aprecio por su valor nutritivo y de la posibilidad de aprovecharlos como reemplazo de la carne vacuna y el pollo, que cuentan con la mayor preferencia.

Esta tendencia se confirma dentro de la misma tabla, pues teniendo en cuenta el promedio de 94,4% de personas que señalaron no consumir carne de cabra, se da una amplia variación, desde el extremo

de mayor aceptación –el Chaco, con 81,6%– hasta el extremo de menor aceptación, que son los asentamientos antiguos, con 98,6%. Nuevamente se repite con notoria exactitud la distribución por zonas vista en el caso de la carne porcina.

Gráfico 23. Autonomía y dependencia del mercado en el consumo de carne de cabra, según ZPP

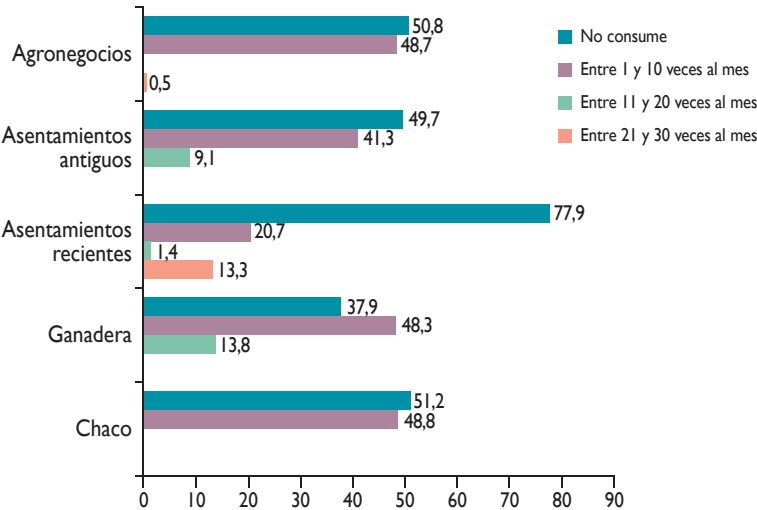


La crianza de ganado caprino es ínfima en el contexto de la estructura pecuaria del Paraguay. En el presente registro alcanza un 2,7%, correspondiente a las familias campesinas que afirmaron dedicarse al cuidado de estas piaras, ubicadas en su mayoría –coherentemente– en el Chaco, donde se encuentra 73,7% de todos los que conforman este grupo. Como es de esperar, en los asentamientos antiguos ninguna familia posee cabras, y tampoco en la zona ganadera.

Los índices de compra de este tipo de carne son igualmente bajos. El promedio es de tan sólo 2,4% del total país. La zona donde más se compra es donde más se produce, dando la idea de una posible existencia de pequeños mercados internos, constituidos entre las chacras familiares del lugar. En el Chaco se da el parcial más alto, 35,3%, mientras que en los asentamientos campesinos recientes es donde la venta de carne caprina tiene menos éxito –con una cifra de 5,9%–. En tanto, la combinación de producción y compra es prácticamente inexistente: 0,1%.

d. Consumo y producción familiar de pescado

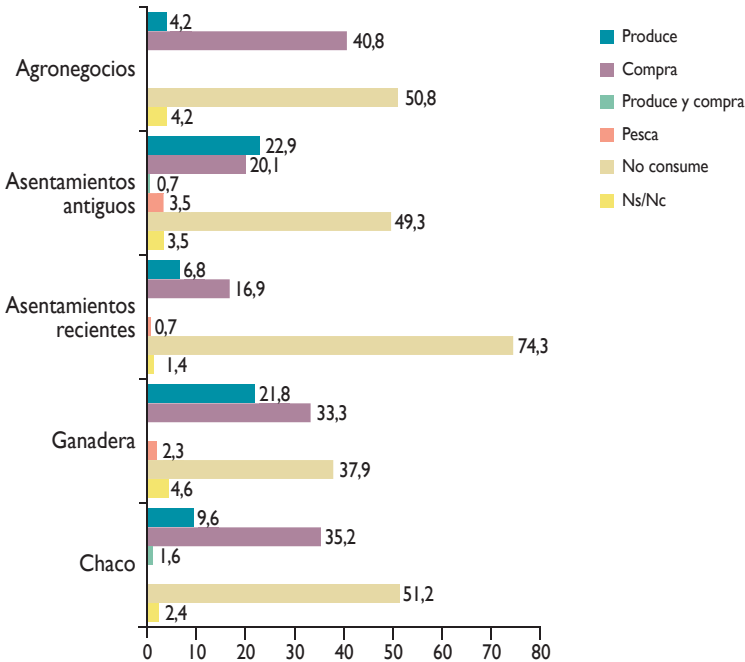
Gráfico 24. Consumo de pescado en la familia, según ZPP



El 54,5% de las familias campesinas paraguayas no acostumbra incluir algún tipo de pescado en la dieta cotidiana; el 41,4% señala incluirlo mínimamente –entre una y diez veces al mes– y sólo 3,9% duplica esa frecuencia. La zona productiva de residencia donde menos aceptación tiene esta carne son los asentamientos campesi-

nos recientes –77,9% no introduce este ingrediente en el menú– y los territorios donde la población parece tener más acceso a este alimento son –paradójicamente– los entornos ganaderos, pues 48,3% cocina pescado una vez a la semana al menos, proporción a la que se suma 13,8% de aquellas que lo hacen al menos dos veces a la semana. En los asentamientos campesinos antiguos, en el Chaco y en la zona de agronegocios, las cifras de familias que sí consumen pescado se emparejan en torno al 50% –sumando los porcentajes respectivos–.

Gráfico 25. Producción y compra de pescado en la familia, según ZPP



La “producción familiar de pescado” tiene escasa importancia relativa –11,9% de los encuestados señaló dedicarse a esta activi-

dad- y está diferenciada de la pesca, que tiene una incidencia mucho menor -alcanza apenas 1,2% del total-. De los que consumen pescado, 29,5% “opta por comprarlo” -sobre todo en la zona de agronegocios, el Chaco y la zona ganadera, con 40,8%, 35,2% 33,3% respectivamente- y los que “producen y compran” tienen un registro ínfimo, sólo 0,4% del total país. El análisis de estas cifras presenta dificultades debido a que la mayoría -54%- no supo responder adecuadamente a la pregunta correspondiente, segmento al que se suma 3,2% de los que no contestaron directamente.

3.2 Prácticas de producción y patrones de consumo de alimentos

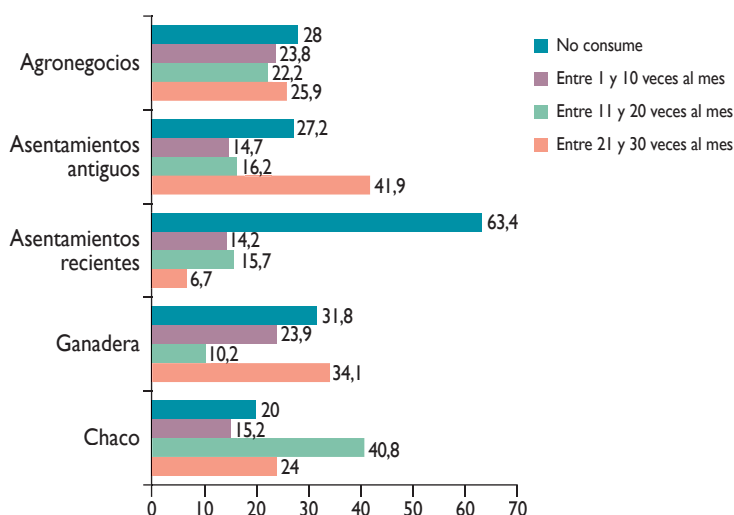
Teniendo como contexto de fondo, el aumento de la pobreza en la población rural, acelerado paradójicamente con el boom del histórico crecimiento del PIB al 15,5% basado en el espectacular crecimiento de las exportaciones de soja y carne, donde la indigencia ascendió al 71% y la pobreza al 49,8%, la alimentación diaria de las familias campesinas depende de varios factores estructurales como de la concentración de la tierra, que según datos del Censo Agropecuario de 2008 siguió aumentando (85,5% de la tierras son acaparadas por el 2% de la población), del impacto del uso de agrotóxicos, acceso a la asistencia y capacitación técnica, apoyo a la producción y comercialización, reconocimiento del rol de las mujeres y jóvenes, de la disponibilidad de semillas nativas, de la calidad de los suelos, las posibilidades de desarrollar la identidad cultural campesina, entre otros.

Dicho esto, interesa aquí averiguar la situación de la producción propia de rubros comestibles, que indican el grado de posesión o despojo de sus conocimientos en el dominio de la producción alimentaria (sana y adecuada) frente a la promoción de consumos impuestos por el mercado y los agronegocios.

a. Consumo y producción familiar de lácteos

La población campesina de los asentamientos recientes tiene un marcado problema con respecto a la posibilidad de incluir lácteos en su alimentación.

Gráfico 26. Consumo de lácteos en la familia, según ZPP

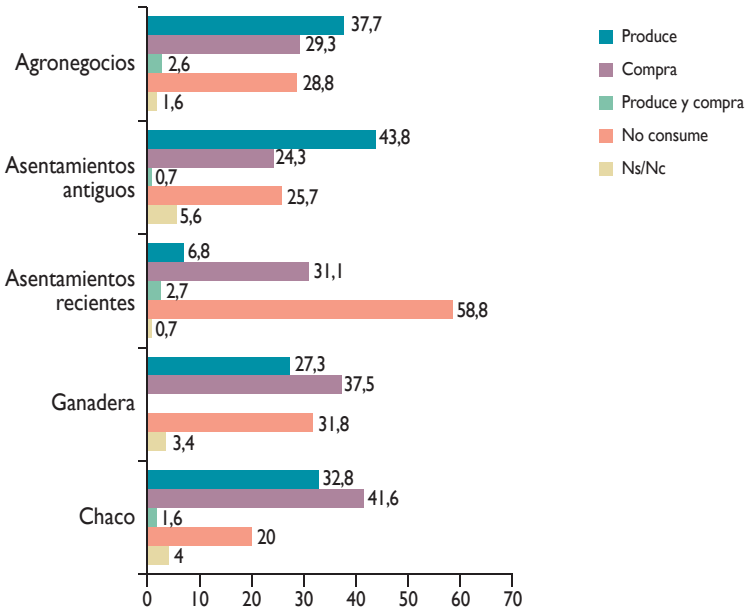


El 63,4% de las familias que viven en estas comunidades no consume leche y sus derivados, debido probablemente a las dificultades para conseguirlos (es lógico pensar en términos de las exigencias de una reforma agraria “integral” que aún no cuenta con las estructuras de producción o comercialización necesarias para asegurar la provisión de este alimento en particular), situación que se invierte en las zonas con más desarrollo rural, ganadero y de industrias lácteas, como son el Chaco, donde 20% del campesinado no accede a este producto básico, los asentamientos antiguos 27,2% y la zona de agronegocios 28%.

Este último lugar es donde mayor consumo de lácteos se registra en general. 41,9% de la población campesina puede tomar leche o comer queso “entre 21 y 30 veces al mes”, 16,2% puede hacerlo “entre 11 y 20 veces”, y 14,7% “al menos una vez a la semana”.

Cuando se cruzan estas cifras con las correspondientes a la producción y/o adquisición de leche y sus derivados, surge en primer lugar la confirmación de la situación que se vive en los asentamientos recientes, donde sólo 6,8% de las familias campesinas crían por lo menos una vaca destinada al ordeño diario. Situación opuesta a la que se vive en los asentamientos antiguos, donde cuenta con esta posibilidad 43,8% de los encuestados, o en la zona de agronegocios, donde la proporción alcanza 37,7%, dejando entrever una mayor seguridad alimentaria.

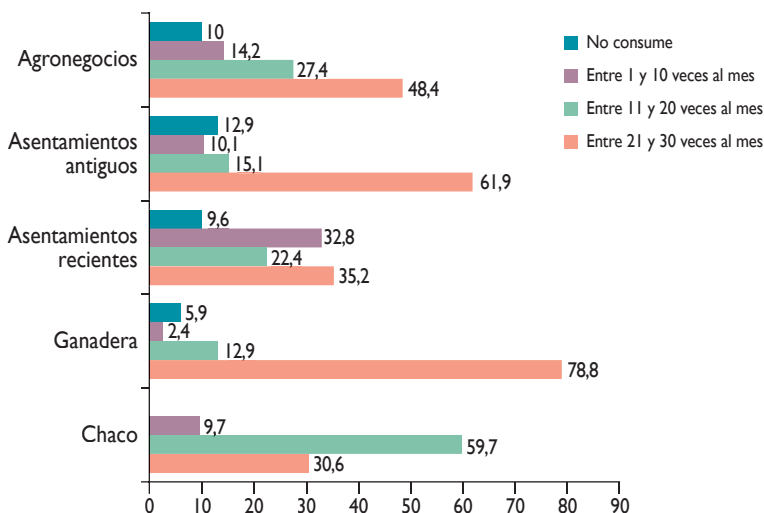
Gráfico 27. Producción de lácteos en la familia, según ZPP



Las familias campesinas asentadas en la zona del Chaco demuestran un alto aprecio por los lácteos como fuente de nutrientes, pues –como se vio– están entre las más altas consumidoras, pero no se destacan especialmente en la producción –están cerca del promedio total, con 32,8%– y sí lo hacen en la compra, pues registran el índice más alto, 41,6%, casi diez puntos por encima de la media total, que es 31,9%.

b. Consumo, producción y compra de verduras

Gráfico 28. Consumo de verduras en la familia, según ZPP

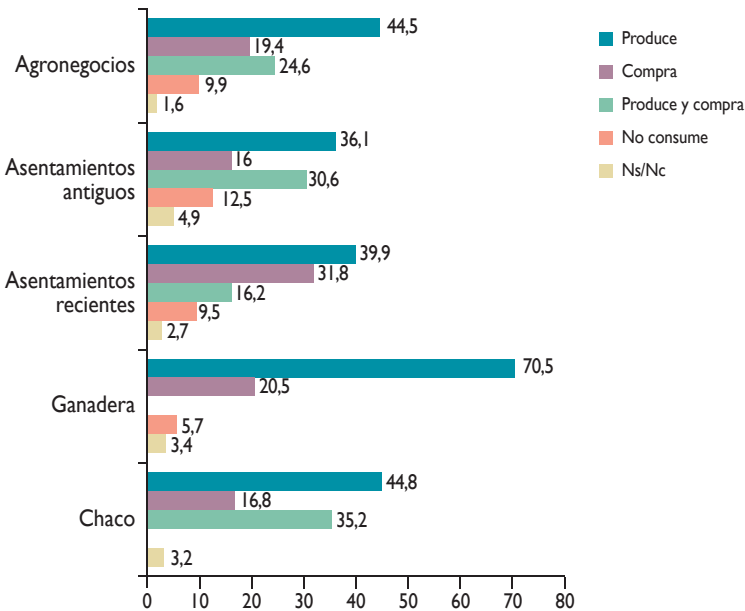


Casi la mitad de las familias campesinas entrevistadas incluye verduras en su alimentación, “prácticamente todos los días”: 49,3% del total de encuestados marca su preferencia en este sentido, situación que alcanza límites ideales en la zona ganadera –con 78,8% de hogares rurales que introducen estos productos de huerta en el menú– y en los asentamientos antiguos –61,9%–. Sólo 8,1% de

todo el campesinado plantea “no consumir este ingrediente”, proporción que en el Chaco se reduce a cero, y en los asentamientos antiguos sube hasta 12,9%.

El consumo de verduras es muy apreciado en la zona ganadera –pues a aquel 78,8% de familias que completan sus mesas con ellas “entre 21 y 30 veces al mes”, hay que sumarle 12,9% de aquellas que lo hacen “entre 11 y 20 veces”, dando un total de 91,7%–, y en el Chaco 30,6% y 59,7% respectivamente, en total 90,3%; mientras que en los asentamientos recientes la tendencia registrada disminuye a 57,6%.

Gráfico 29. Producción de verduras en la familia, según ZPP



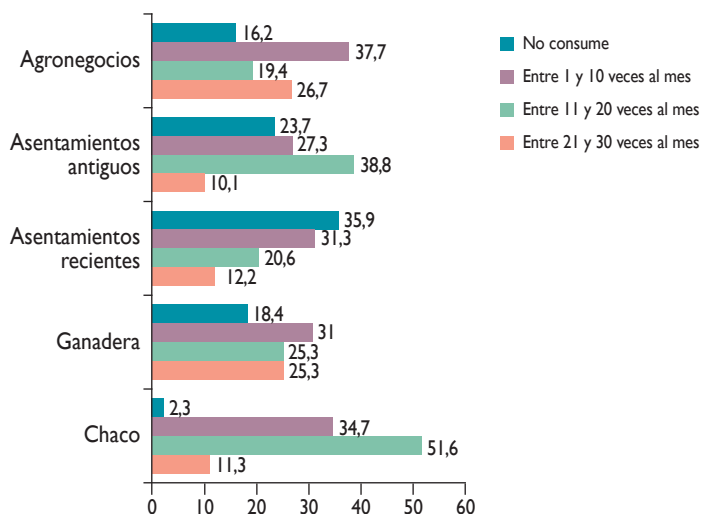
Esas proporciones de consumo se corresponden estrictamente con la distribución de los registros de producción: 45,1% de las familias campesinas cultiva una huerta –la mayor parte se encuentra en la

zona ganadera, donde la proporción sube a 70,5%, y donde menos se ve el desarrollo de ésta, que era una actividad característica y tradicional de los ámbitos rurales, es en los asentamientos antiguos, con 36,1%-. A este grupo debe sumarse 22,8% de familias que, además de regar sus propios almácigos, deben comprar las verduras. La suma es significativa: casi 7 de cada 10 familias campesinas –exactamente 67,9%– dedica parte de su tiempo al cuidado de parcelas con cultivos de hojas comestibles. Complementariamente, sólo 21% de las y los encuestados debe adquirir este alimento, siendo la zona donde este fenómeno se da con más fuerza, los asentamientos recientes, con 31,8%.

c. Consumo, producción y compra de frutas

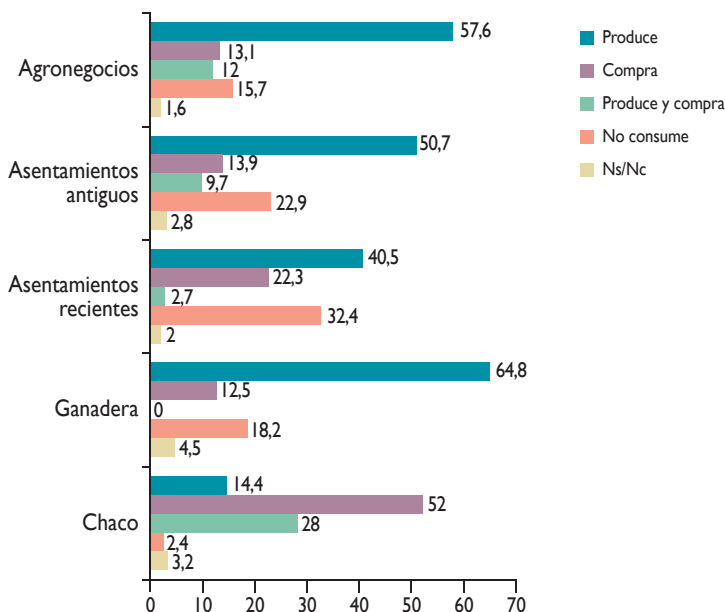
Una dieta completa y bien balanceada se basa también en la inclusión de frutas en el menú, pero no de modo ocasional, sino con la mayor frecuencia posible.

Gráfico 30. Consumo de frutas en la familia, según ZPP



Sólo 17,4% de las familias campesinas puede cumplir este requisito de incorporar algún postre natural en su esquema alimenticio “entre 21 y 30 veces al mes” –siendo los que están mejor, relativamente, los pobladores de las zonas de agronegocios y ganadera, con escasos 26,7% y 25,3% respectivamente–; en los demás lugares apenas se supera 10%. El 30,4% de los encuestados puede incluir esta fuente de nutrientes” entre 11 y 20 veces al mes” y 32,9% “entre 1 y 10 veces”.

Gráfico 31. Producción de frutas en la familia, según ZPP



La zona productiva donde, en general, más dificultades se tiene para acceder a este producto es la de los asentamientos campesinos de más reciente conformación, donde 35,9% de las familias campesinas directamente “no consume frutas”; en el extremo opuesto aparece el Chaco, donde esa cifra se reduce casi totalmente –a

2,4%– y además 51,6% las incluye en el menú “al menos dos veces por semana”.

Al contrastar las tendencias de consumo con las cifras relativas a la actividad productiva, surge un indicio claro de que no se trata tanto de dificultades para acceder a este tipo de alimentos, sino de una cuestión cultural, por la cual no se aprecia debidamente el valor nutritivo de las frutas. El 45,7% de las familias de agricultores se dedica a la producción frutal, proporción que mejora si se le suma 10,9% correspondiente a quienes producen y compran; es decir que, prácticamente seis de cada diez hogares campesinos tienen acceso a estos alimentos de manera directa.

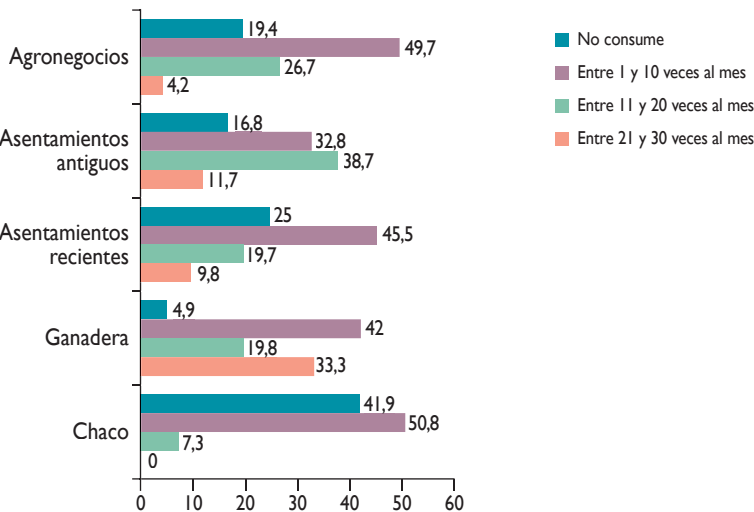
Los altos índices de consumo correspondientes al Chaco no dependen de la producción, pues sólo 42,4% de los encuestados cuenta con algún plantío frutal –sumados los porcentajes de quienes producen y quienes producen y compran, que son 14,4% y 28% respectivamente–; en esta zona 52% de las familias rurales adquiere estos alimentos en los comercios del ramo. En los asentamientos recientes la situación es similar –43,2% de productores en total–, y se confirma la tendencia con respecto al consumo, pues un 22,3% compra frutas para ponerlas en la mesa. La zona circundante a los agronegocios (69,6%), la ganadera (64,8%) y los asentamientos antiguos, tienen las poblaciones campesinas con mayor dedicación a la producción frutal, y –coherentemente– con los menores índices de adquisición de estos alimentos.

d. Consumo y producción familiar de maíz y derivados

El consumo de maíz y derivados no alcanza índices muy elevados: sólo 44,7% de las familias campesinas paraguayas lo incluye en la dieta, entre una y diez veces al mes, con algunas variaciones por zona. El 22,4% del total directamente no consume este alimento en ninguna de sus formas, fenómeno que se da con mayor nitidez en el Chaco, 41,9%. En la zona ganadera sólo 4,9% señaló no introducir maíz en el menú.

A pesar de su relativamente bajo consumo, su producción es alta: 62,4% de la población rural lo cultiva, y 3,3% lo cultiva y además lo compra. La zona de más baja producción es el Chaco –22,4%– y la de más alta producción es la ganadera 85,2%, lo que indicaría que se utiliza el grano y sus derivados para otros propósitos (comercialización, o aprovechamiento para la alimentación del ganado).

Gráfico 32. Consumo de maíz y derivados en la familia, según ZPP

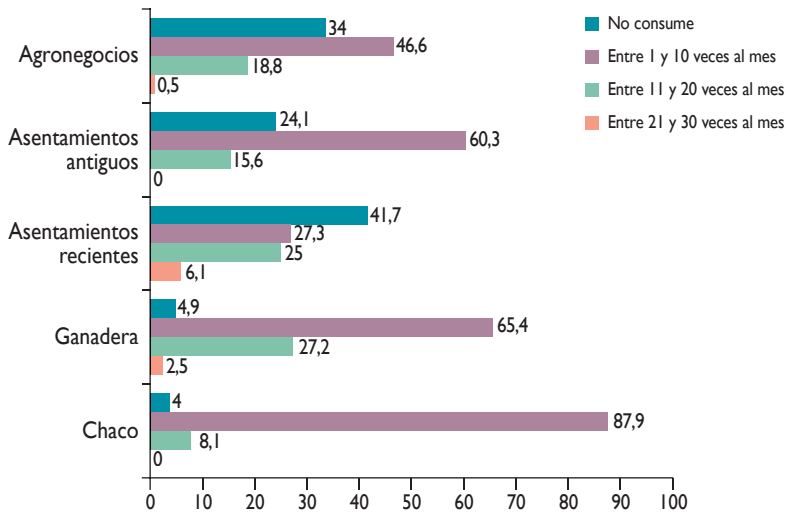


e. Consumo y producción familiar de legumbres

Al igual que el maíz, las legumbres no constituyen un ingrediente altamente apreciado entre las familias campesinas del Paraguay: 55,6% de ellas las incluye en la dieta con una frecuencia mínima –entre una y diez veces al mes– sobre todo en la zona del Chaco, 87,9%. El 18,4% del total incorpora estos alimentos entre once y veinte veces al mes, y sólo 1,6% lo hace de manera casi cotidiana. El

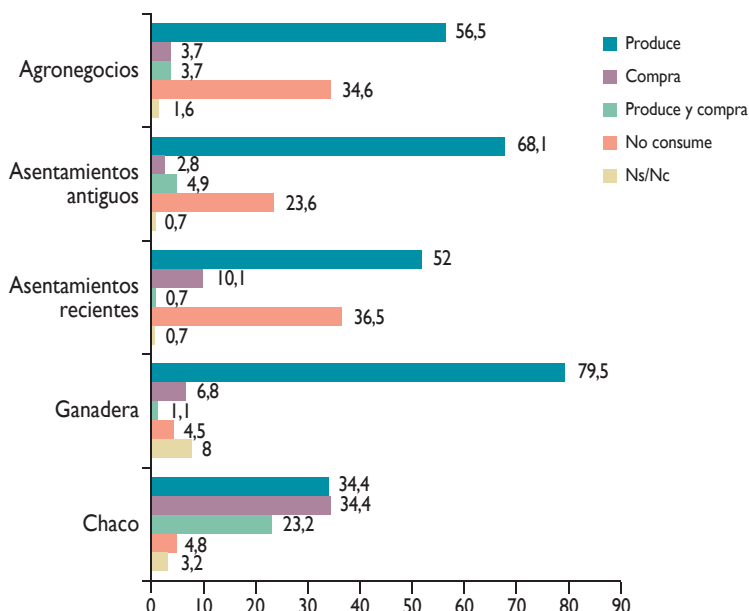
24,4% directamente las excluye del menú, en especial en los asentamientos recientes, 41,7%.

Gráfico 33. Consumo de legumbres en la familia, según ZPP



Los niveles de auto-producción de legumbres se asimilaran también a los correspondientes al maíz: 56,9% del total país tiene legumbres en sus huertas –en especial en la zona ganadera, con 79,5%– porcentaje al que se suma el de los que producen y compran –6,5%, con una diferenciación notoria entre zonas, con 23,2% en el Chaco–. Sólo 10,8% compra legumbres para consumir, sobre todo en el Chaco, 34,4%, que así confirma la tendencia ya marcada en el consumo.

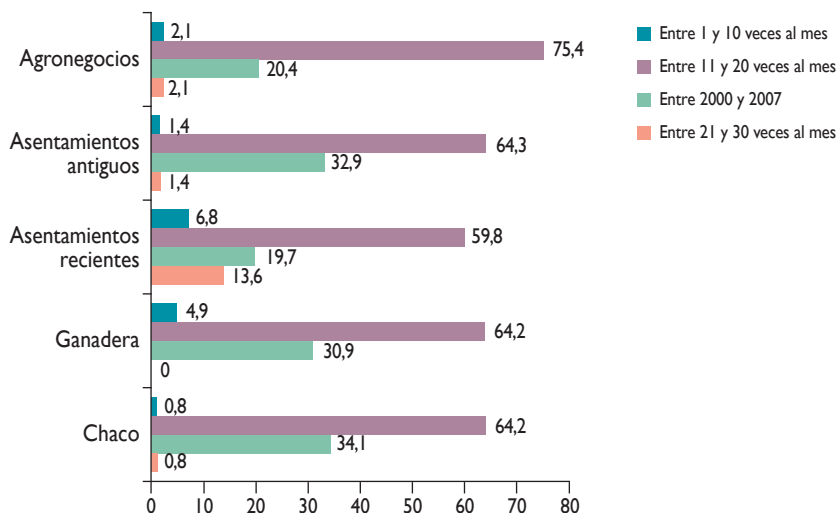
Gráfico 34. Producción de legumbres en la familia, según ZPP



f. Consumo y producción familiar de arroz

El arroz, por su parte, constituye un ingrediente casi infaltable en las alacenas o repisas de las familias campesinas paraguayas: sólo 3% de la población rural del país no lo consume; 66,6% lo hace al menos una vez a la semana; 26,7% dos veces y 3,7% casi todos los días (la distribución por zonas no tiene demasiada incidencia en el análisis). El problema con este grano está en su producción: por la infraestructura necesaria para cultivarlo, no forma parte de las pequeñas chacras campesinas tradicionales, por lo que quienes quieran incluirlo en el menú, deben comprarlo, y eso es precisamente lo que hace 91,8% de las familias campesinas consultadas.

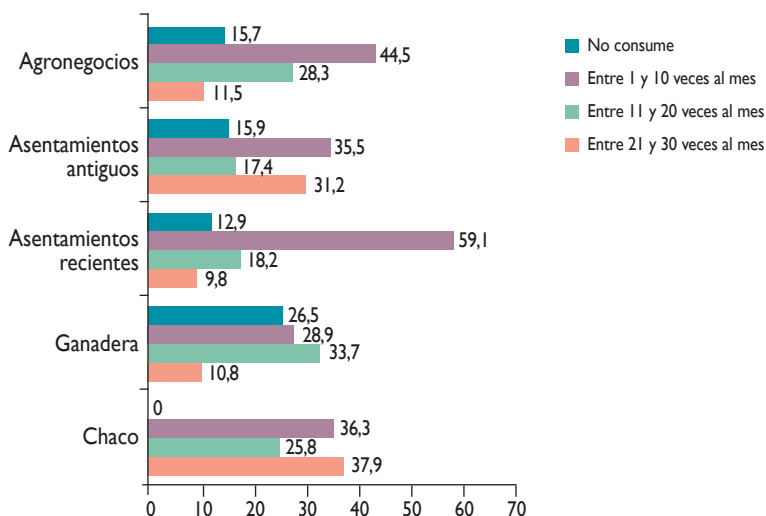
Gráfico 35. Consumo de arroz en la familia, según ZPP



g. Consumo y producción familiar de pan

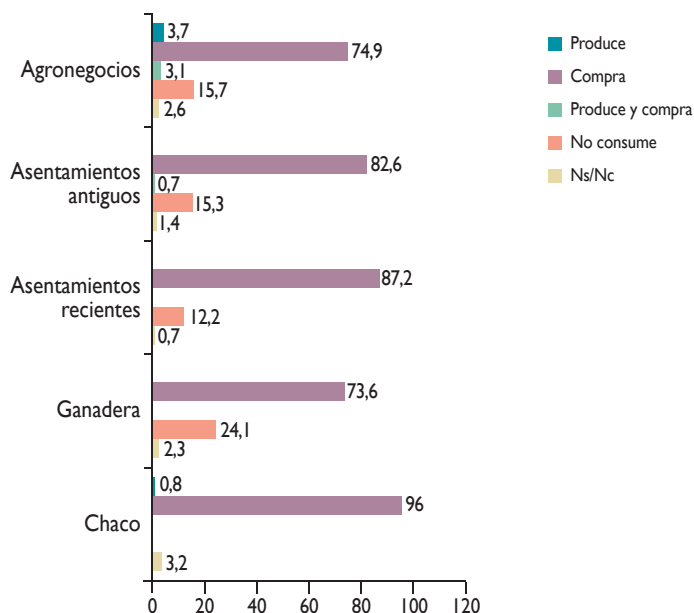
El pan o la galleta fabricados industrialmente, están reemplazando a la mandioca y la batata en el menú tradicional del campesinado del Paraguay, en especial en la zona del Chaco, donde todas las familias encuestadas consumen este producto, muchas prácticamente todos los días; 37,9%, entre 21 y 30 veces al mes; 25,8% entre 11 y 20 y 36,3% entre 1 y 10 veces. Del total país, sólo 13,6% de la población rural indica no incluir este alimento en su dieta. El 42,1% lo pone en la mesa al menos una vez a la semana, 24,3% mínimamente dos veces, y 20,1% casi cotidianamente. La distribución por zona no muestra una constante que permita inferir la lógica de la injerencia territorial en los hábitos de consumo: la pobreza general se ve emparejada en este capítulo.

Gráfico 36. Consumo de pan/galleta en la familia, según ZPP



Ahora bien, con los índices de producción de pan a la vista, resalta otro profundo cambio en las costumbres campesinas del Paraguay, ya no se hornea, sino que se opta por la alternativa más sencilla –pero más costosa y dependiente– que es recurrir al almacén. El 82,7% de las familias campesinas compra este producto, tendencia muy fuerte en el Chaco –como ya se vio– que tiene el índice más alto, 96%. Sólo 1,2% del total produce su propio pan, especialmente en la zona de los agronegocios –3,7%–; en las restantes zonas –asentamientos campesinos antiguos y recientes, y ganadera– directamente ninguna familia se dedica a esta actividad.

Gráfico 37. Compra y producción de pan/galleta en la familia, según ZPP



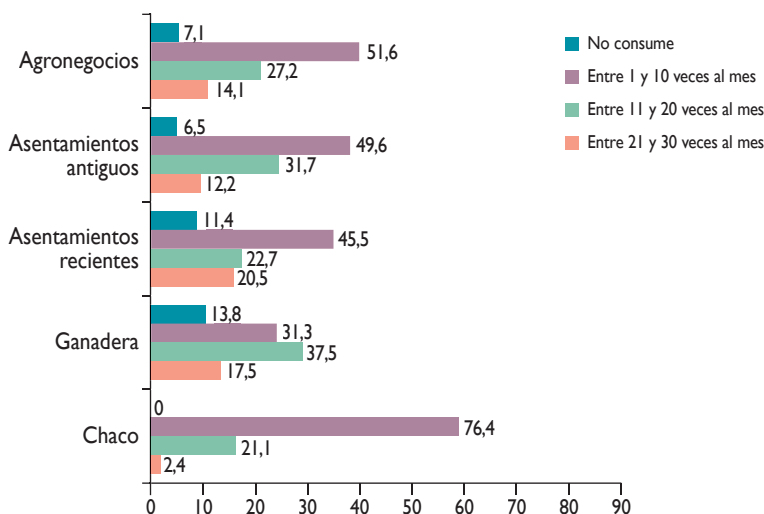
h. Consumo y producción familiar de harina

Un sustituto de los tubérculos y del pan –como acompañantes de los platos principales, o, muchas veces, como plato principal– es la tortilla. Por la diferencia entre el consumo de pan/galleta y el consumo de harina, más el consumo de aceite y grasa –que se verá más adelante– puede deducirse que en las cocinas de las familias rurales paraguayas es frecuente la preparación de lo que, además, puede considerarse una tradición típica del campesinado: disponer de harina, huevo, a veces leche o queso, agua y sal –cuando se tiene, pueden aparecer otros ingredientes, como carne picada, o cebollita de verdeo– y freír la mezcla.

De otro modo no se explica que en esos mismos ámbitos en los cuales más de 80% de la población prefiere comprar el pan ya fabricado, también se den índices relativamente altos de consumo de harina. En promedio, en todo el país 52,1% de las familias campesinas usa este derivado del trigo al menos una vez a la semana; pero es la cifra porcentual del Chaco la que confirma esta tendencia: recordemos que allí 96% de las familias se provee del alimento preparado, comprándolo del almacén o el mercado; el hecho de que en esa misma zona se dé también el consumo más alto de harina –76,4% “al menos una vez a la semana”– no puede ser una coincidencia.

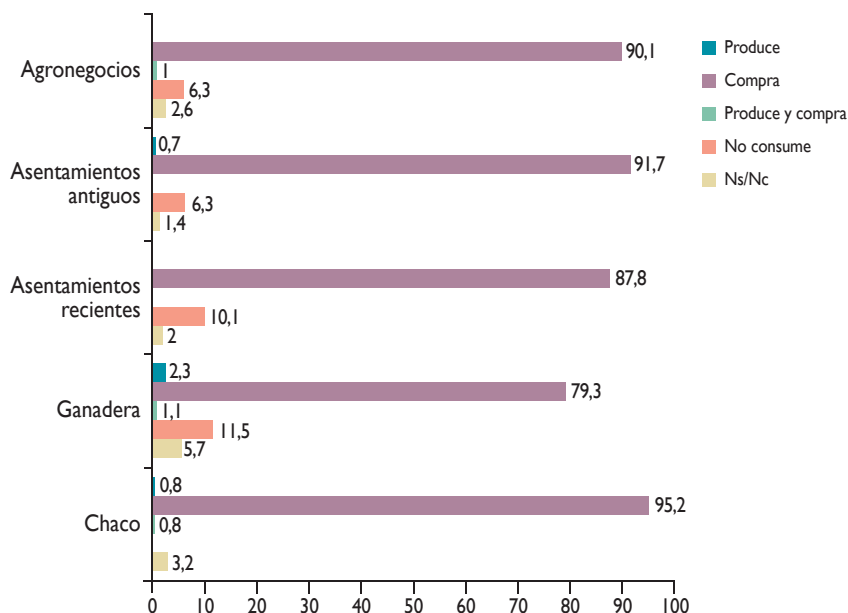
Sólo 7,3% de las y los encuestados dicen “no consumir harina” –en el Chaco, es cero por ciento, es decir que todos la consumen–; 27,4% la usa por lo menos “dos veces a la semana”, y 13,2% prácticamente “todos los días”. La distribución por zonas no plantea grandes incidencias en el análisis.

Gráfico 38. Consumo de harina en la familia, según ZPP



Para remarcar: con la harina ocurre exactamente lo mismo que con el arroz. El trigo no constituye un cultivo extendido en la pequeña agricultura del Paraguay, por lo que su derivado principal debe comprarse al capitalismo agrario nacional o importarse en su mayor parte, y esto implica que sus consumidores deben, inevitablemente, adquirirlo en la red de comercialización. El 89,5% de los encuestados señala esta opción –en el Chaco, para mostrar la coherencia, la proporción se eleva a 95,2%– y un ínfimo 0,6% –construido a partir del 2,3% de la zona ganadera– dice producirlo.

Gráfico 39. Adquisición de harina en la familia, según ZPP



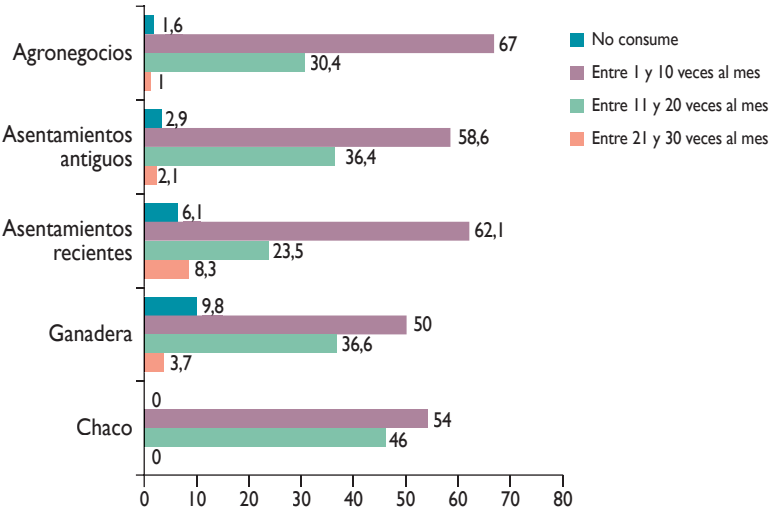
i. Consumo y producción de fideos en el hogar

Con el fideo ocurre algo similar a lo observado en el caso del arroz: son muy pocas las familias campesinas del Paraguay que no acos-

tumbran basar el menú en este ingrediente. Sólo 3,4% del total de la población rural encuestada indica no consumir fideo –aquí se destaca la zona ganadera, con un 9,8%, y vuelve a aparecer el Chaco con un cero por ciento–; 59,8% lo incorpora al menos entre 1 y 10 veces al mes, 33,9% entre 11 y 20, y el 2,8% casi todos los días, sin grandes fluctuaciones entre las zonas, en todos los casos.

Y como ocurre con todos los alimentos de producción industrial, no se elabora en los hogares, sino que es adquirido en los comercios: 92,2% del total país compra el fideo que consume.

Gráfico 40. Consumo de fideos en la familia, según ZPP

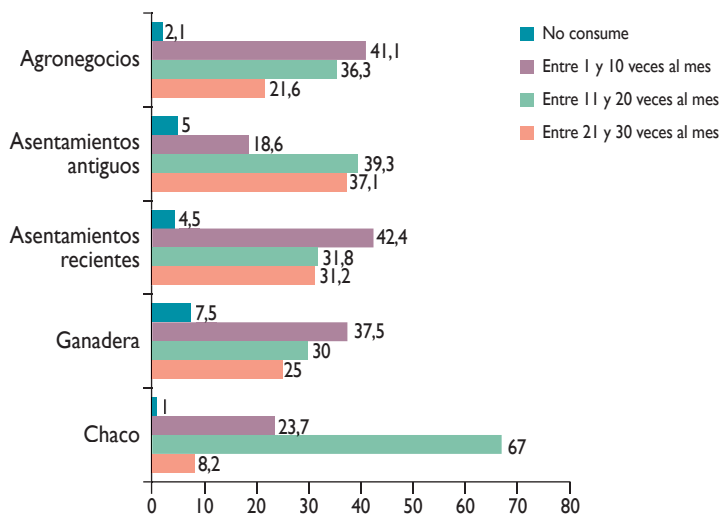


j. Consumo y producción de huevos en la unidad familiar

La tercera parte de las familias campesinas de este país –33,3%– acostumbra incluir huevos en su menú, al menos una vez a la semana; un porcentaje ligeramente mayor –39,6%– lo hace entre 11 y

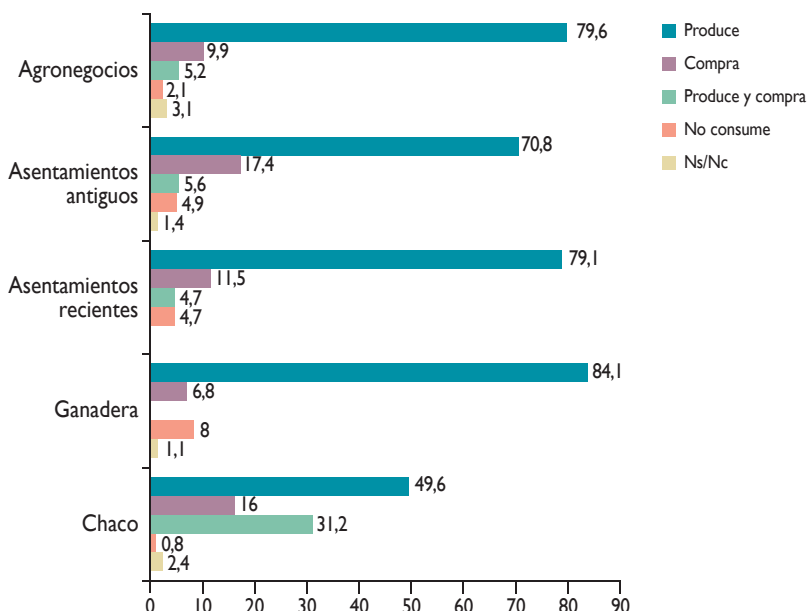
20 veces al mes (en el Chaco, el índice se dispara al 67%) y un 23,3% lo ha convertido en alimento cotidiano. Muy pocos –3,8%– no aprovechan las propiedades de este producto de granja.

Gráfico 41. Consumo de huevos por familia, según ZPP



Lo encomiable aquí es que la gran mayoría produce lo que consume en este caso. Un escaso 12,5% del total de unidades familiares campesinas del país se provee de esta rica fuente nutricia adquiriéndola en comercios; 72,8% de los hogares campesinos cuenta con gallineros –tendencia que disminuye precisamente en el Chaco, con 49,6%–, y a ellos se agrega 9,2% de los que producen también, pero sin alcanzar a cubrir sus propias demandas, y por ello debe satisfacer sus necesidades adquiriendo los huevos en el almacén.

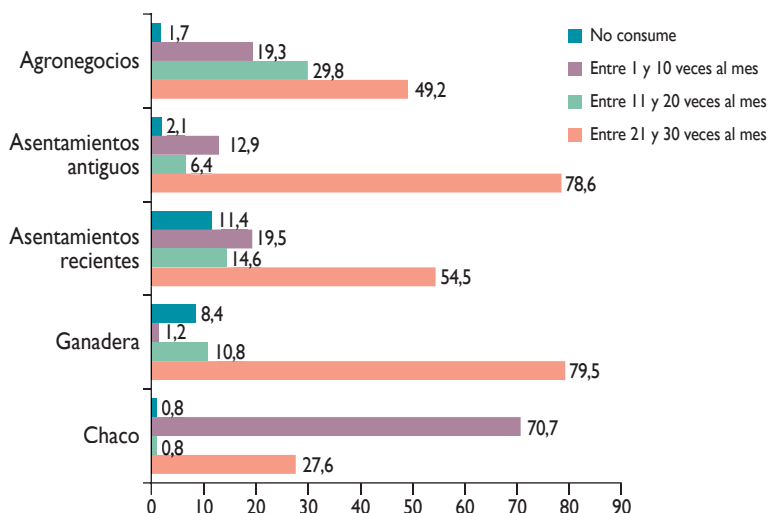
Gráfico 42. Compra y producción de huevos por familia, según ZPP



k. Consumo y producción de aceite y grasa

Como se adelantara párrafos arriba, el consumo de aceite en los hogares rurales paraguayos es importante: 56,3% del total país lo utiliza entre 21 y 30 veces –con picos altos en la zona ganadera (79,5%) y los asentamientos antiguos (78,6%)– y sólo 4,3% señala no incluirlo en la cocina. El 25,4% lo hace mínimamente –aunque en el Chaco el índice trepa a 70,7%–, y el 14% entre 11 y 20 veces al mes.

Gráfico 43. Consumo de aceite en la familia, según ZPP

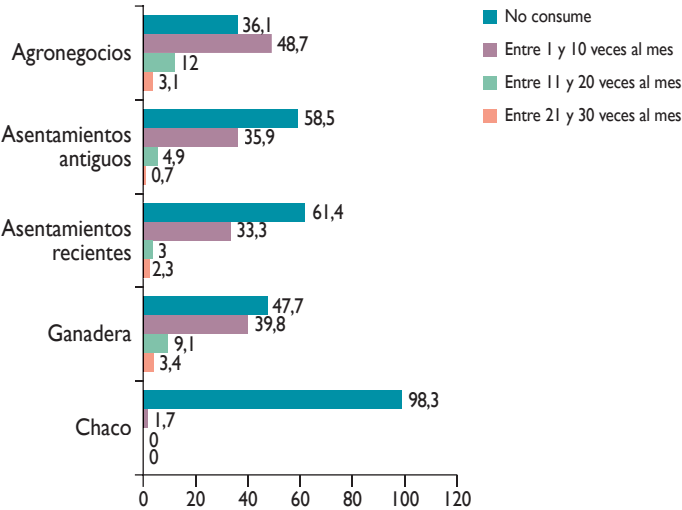


Extraer el aceite de cualquier oleaginosa no resulta un proceso sencillo y poco costoso, cuando se pretende hacerlo a pequeña escala. Por lo tanto, es preferible adquirir el producto ya industrializado, no tanto por comodidad, sino por las dificultades implícitas en su elaboración artesanal. Así, los índices de producción o compra resultan lógicos: 87,4% de las familias rurales compra este producto, y sólo un 2,7% señala que puede fabricarlo en sus hogares.

Por otra parte, la grasa vacuna ha perdido muchísimo terreno en las preferencias de consumo del campesinado. En general, 58,3% indica que directamente no la incluye en la cocina –sobre todo en el Chaco, donde el rechazo es casi unánime (98,3%)– y el 33,5% lo hace sólo mínimamente. El 6,3% consume este producto al menos dos veces a la semana, y 1,9% de manera cotidiana. Coherentemente, bajos niveles de consumo implican también bajos índices de producción: 26,8% del total dice procesar los cortes vacunos más generosos para este propósito –sobre todo en la zona de agronegocios (46,8%), aunque hay que resaltar que esta actividad es nula allí

donde los animales escasean o no están tan bien alimentados, que es el Chaco. Los índices correspondientes a quienes compran no guardan lógica con respecto al resto de los datos concretos; probablemente la distorsión esté dada por la categoría de respuestas que no corresponden, que alcanza 57,1%.

Gráfico 44. Consumo de grasa en la familia, según ZPP



4 | Preferencias alimenticias de la familia

Interesa en esta sección del trabajo, realizar un análisis de los datos obtenidos respecto a la situación en que se encuentran los gustos y deseos alimentarios (y pérdidas) frente a las imposiciones y devas-taciones de sus maneras de producir y vivir, según zona productiva

Algunos de los hábitos consumistas característicos de los sectores urbanos están apareciendo en las comunidades rurales del Para-guay. Esta tendencia puede verse también en las costumbres ali-menticias de las familias campesinas, puntualmente cuando se con-sulta a los miembros más pequeños sobre sus gustos en cuanto a las comidas.

4.1 Comidas preferidas por las niñas y niños

En este sentido se entiende que no valoren productos como verdu-ras, frutas o porotos, ni mucho menos preparaciones tradicionales como el “puchero” o el “borí-borí”, y se inclinen por procesados como el “pancho”, el “vaca-í” y la mortadela –opción ésta que fue elegida por el 20,3% del total de encuestados, con mayor incidencia en los asentamientos antiguos, donde sube a 37,5%-. En segundo lugar, dentro de la lista de comidas más aceptadas, aparecen la car-ne y el pollo, con un 20,3% del total, y con mayor aceptación com-parativa en los asentamientos antiguos, donde llega a 37,5%.

En general, verduras y frutas forman parte de las preferencias de un exiguo 12,8% de la población rural infantil, con una ligera inci-dencia del lugar de residencia, a favor de la zona ganadera, en la que el índice sube a un igualmente mínimo 18,2%. El puchero y el borí-borí tienen decididamente un mal prestigio –sólo 1,3% lo tiene entre sus favoritos-, al igual que el guiso, sea de fideos o de arroz –1,9%-. Los porcentajes son tan bajos, que prácticamente no existe

incidencia del lugar de residencia. Además, la opción “comida variada” alcanza un porcentaje importante –15,7% del total–, a la que debe sumarse la categoría reservada para quienes no han podido contestar –30%– debido a un rasgo propio de los niños y niñas, a los que no puede exigirse una definición estricta ni siquiera de sus propios gustos.

Tabla 4. Preferencias alimentarias de niñas y niños campesinos, según ZPP

Preferencias	Zona productiva					Total
	Agro-negocios	Asenta-mientos antiguos	Asenta-mientos recientes	Ganadera	Chaco	
Verduras	1	3	3	1	5	13
	0,5	2,1	0,2	1,1	0,4	1,9
Frutas	3	4	7	16	3	33
	1,6	2,8	4,7	18,2	2,4	4,7
Puchero/Borí Borí	3	2	4	-	-	9
	1,6	1,4	2,7	-	-	1,3
Guiso arroz o fideo	1	1	10	1	-	13
	0,1	0,7	6,8	1,1	-	1,9
Poroto	15	-	1	-	-	16
	7,9	-	0,7	-	-	2,3
Pancho, vacaí, mortadela	39	54	22	7	19	141
	20,4	37,5	14,9	0,8	15,2	20,3
Carne/pollo	15	28	18	20	17	98
	7,9	19,4	12,2	22,7	13,6	14,1
Otro	7	2	3	-	-	12
	3,7	1,4	0,2	-	-	1,7
Variada	34	15	15	3	42	109
	17,8	10,4	10,1	3,4	33,6	15,7
Verduras y frutas	15	5	7	-	16	43
	7,9	3,5	4,7	-	12,8	6,2
Ns/Nc	58	30	58	40	23	209
	30,4	20,8	39,2	45,5	18,4	30,0
Total	191	144	148	88	125	696
	100	100	100	100	100	100

4.2 Comidas preferidas por los/as jóvenes

Tabla 5. Preferencias alimentarias de las personas jóvenes campesinas, según ZPP

Preferencias	Zona productiva					Total
	Agro-negocios	Asenta-mientos antiguos	Asenta-mientos recientes	Ganadera	Chaco	
Verduras	2	-	2	1	5	10
	1,1	-	1,4	1,1	4	1,5
Frutas	4	1	-	9	-	14
	2,1	0,7	-	10,3	-	2,0
Puchero/Borí Borí	1	-	1	-	-	2
	0,5	-	0,7	-	-	0,3
Guiso arroz o fideo	-	1	2	-	-	3
	-	0,7	1,4	-	-	0,4
Pancho, vacaí, mortadela	11	26	9	-	14	60
	5,8	18,2	6,2	-	11,3	8,7
Carne/pollo	13	14	7	14	12	60
	6,8	9,8	4,8	16,1	9,7	8,7
Otro	10	2	3	-	-	15
	5,3	1,4	2,1	-	-	2,2
Variada	19	6	7	1	24	57
	10,1	4,2	4,8	1,1	19,4	8,3
Verduras y frutas	8	5	2	-	7	22
	4,2	3,5	1,4	-	5,6	3,2
Ns/Nc	122	88	112	62	62	446
	64,2	61,5	77,2	71,3	50,0	64,7
Total	190	143	145	87	124	689
	100	100	100	100	100	100

La indefinición planteada como explicación de las elecciones hechas por los más pequeños, se profundiza drásticamente cuando se revisan los registros que corresponden a los jóvenes: 64,7% –con parciales altísimos, como 77,2% de los asentamientos recientes– de la población juvenil rural del Paraguay que no puede decir qué comidas prefieren. La tendencia marcada por la población infantil se confirma con índices similares en la mayoría de las categorías dispuestas –porcentajes mínimos para frutas, verduras, puchero, borí-borí– y diferenciándose en los favoritos, pues la opción por “pancho, vaca-í y mortadela” desciende a 8,7% –con incidencia del

lugar en el caso de los asentamientos antiguos, donde el registro sube a 18,2%– al igual que la alternativa de la carne y el pollo, que bajan a un porcentaje idéntico, con incidencia del lugar en el caso de las zonas ganaderas, donde aumenta hasta 16,1%.

4.3 Comidas preferidas por mujeres y hombres, y por adultos

Tabla 6. Preferencias alimentarias de las mujeres, según ZPP

Preferencias	Zona productiva del país					Total
	Agro-negocios	Asenta-mientos antiguos	Asenta-mientos recientes	Ganadera	Chaco	
Verduras	3 1,6	2 1,4	1 0,1	3 3,4	5 4,1	14 2,0
Frutas	4 2,2	5 3,5	3 2,1	9 10,2	- -	21 3,1
Puchero/Bori Bori	1 0,1	4 2,8	6 4,1	1 1,1	- -	12 1,8
Guiso arroz o fideo	- -	1 0,7	13 8,9	- -	- -	14 2,0
Pancho, vacaí, mortadela	15 8,1	30 21,3	12 8,2	- -	15 12,2	72 10,5
Carne/pollo	19 10,2	41 29,1	22 15,1	27 30,7	12 9,8	121 17,7
Otro	14 7,5	4 2,8	3 2,1	1 1,1	1 0,8	23 3,4
Variada	22 11,8	6 4,3	8 5,5	2 2,3	51 41,5	89 13,0
Verduras y frutas	5 2,7	7 5,0	6 4,1	2 2,3	17 13,8	37 5,4
Ns/Nc	103 55,4	41 29,1	72 49,3	43 48,9	22 17,9	281 41,1
Total	186 100	141 100	146 100	88 100	123 100	684 100

El género no tiene injerencia en la configuración de las preferencias alimentarias de la población campesina del Paraguay. Se repite puntualmente la tendencia marcada por el grupo infantil –con porcentajes muy similares en todos los casos, y con una distribución de

las frecuencias relativas por zonas de residencia también ajustada a un patrón semejante al correspondiente a ese primer grupo-, y se observa una analogía con el sector juvenil, pues la escasa posibilidad de responder se vuelve notoria: un 41,1% del total de la población femenina fue marcado en la fila correspondiente a “no sabe/no contesta”, con una leve incidencia del lugar de residencia, pues el nivel sube a un 55,4% en la zona de los agronegocios.

Tabla 7. Preferencias alimentarias de los varones, según ZPP

Preferencias	Zona productiva del país					Total
	Agro-negocios	Asenta-mientos antiguos	Asenta-mientos recientes	Ganadera	Chaco	
Verduras	1	-	2	-	5	8
	0,5	-	1,4	-	4,0	1,2
Frutas	5	2	2	4	-	13
	2,7	1,4	1,4	4,5	-	1,9
Puchero/bori bori	2	5	5	2	-	14
	1,1	3,6	3,6	2,3	-	2,1
Guiso arroz o fideo	1	2	11	-	-	14
	0,5	1,4	8,0	-	-	2,1
Poroto	1	-	-	-	-	1
	0,5	-	-	-	-	0,1
Pancho, vacaí, mortadela	14	36	10	3	14	77
	7,5	25,9	7,2	3,4	11,3	11,4
Carne/pollo	23	46	26	27	15	137
	12,3	33,1	18,8	30,7	12,1	20,3
Otros	13	3	2	1	-	19
	7,0	2,2	1,4	1,1	-	2,8
Variada	13	5	5	2	45	70
	7,0	3,6	3,6	2,3	36,3	10,4
Verduras y frutas	4	4	6	-	16	30
	2,1	2,9	4,3	-	12,9	4,4
Ns/Nc	110	36	69	49	29	293
	58,8	25,9	50,0	55,7	23,4	43,3
Total	187	139	138	88	124	676
	100	100	100	100	100	100

Por su parte, los hombres no pueden ufanarse de contar con un gusto más elaborado, en comparación con ningún grupo. Los valores son prácticamente iguales a los correspondientes a la población

infantil: la única diferencia está en la alternancia entre los favoritos, pues en este caso la opción “pancho, vaca-í, mortadela” alcanza un 11,4%, y la carne y el pollo llegan a 20,3% del total. Pero además, el nivel de indefinición es mayor, y se equipara al de las mujeres, con lo que queda totalmente anulada la incidencia del género en la cuestión.

Tabla 8. Preferencias alimentarias de los adultos, según ZPP

Preferencias	Zona productiva del país					Total
	Agro-negocios	Asenta-mientos antiguos	Asenta-mientos recientes	Ganadera	Chaco	
Verduras	3 1,6	1 0,7	1 0,7	1 1,1	- -	6 0,9
Frutas	2 1,1	2 1,5	- -	2 2,3	- -	6 0,9
Puchero/Borí Borí	1 0,5	1 0,7	2 1,4	- -	1 0,8	5 0,7
Guiso arroz o fideo	1 0,5	1 0,7	2 1,4	- -	- -	4 0,6
Pancho, vacaí, mortadela	3 1,6	17 12,4	7 5,0	1 1,1	6 5,0	34 5,0
Carne/pollo	13 6,9	16 11,7	11 7,8	12 13,6	6 5,0	58 8,6
Otros	6 3,2	3 2,2	1 0,7	- -	- -	10 1,5
Variada	6 3,2	- -	2 1,4	- -	24 19,8	32 4,7
Verduras y frutas	15 8,0	- -	2 1,4	- -	1 0,8	18 2,7
Ns/Nc	138 73,4	96 70,1	113 80,1	72 81,8	83 68,6	502 74,4
Total	188 100	137 100	141 100	88 100	121 100	675 100

El 74,4% -81,8% en la zona ganadera- de los adultos no contestó a la pregunta de la encuesta, o parecía no saber. Dentro de las interpretaciones posibles puede aducirse barreras culturales, o algún factor contextual como el idioma materno.

5 | Principales alimentos y dificultades para acceder a ellos

El mecanismo interno de control de la encuesta confirma las tendencias vistas, con lo que la validez de los datos queda consolidada. Las “carnes se ubican como la principal preferencia en cuanto a alimento” de las familias campesinas objeto de estudio, con 42,4% de preferencia general –y una variación por zonas productivas de escasa incidencia en el análisis–; le siguen la predilección por las “frutas, verduras y legumbres”, con 31,2% del total; y los “lácteos y huevos” con 14,7%. La comida tradicional tiene escasa valoración en las preferencias (6,1%) al igual que la “comida chatarra” (5,5%).

Gráfico 45. Preferencias alimentarias de la familia campesina, según ZPP

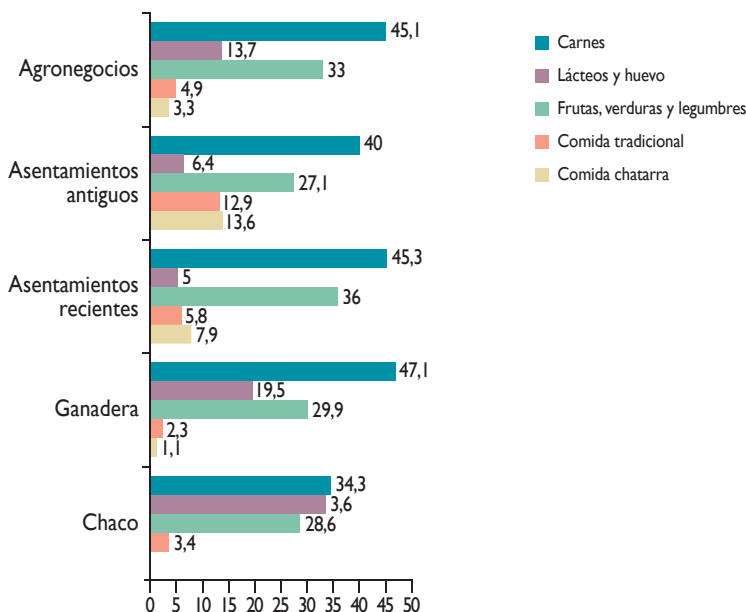
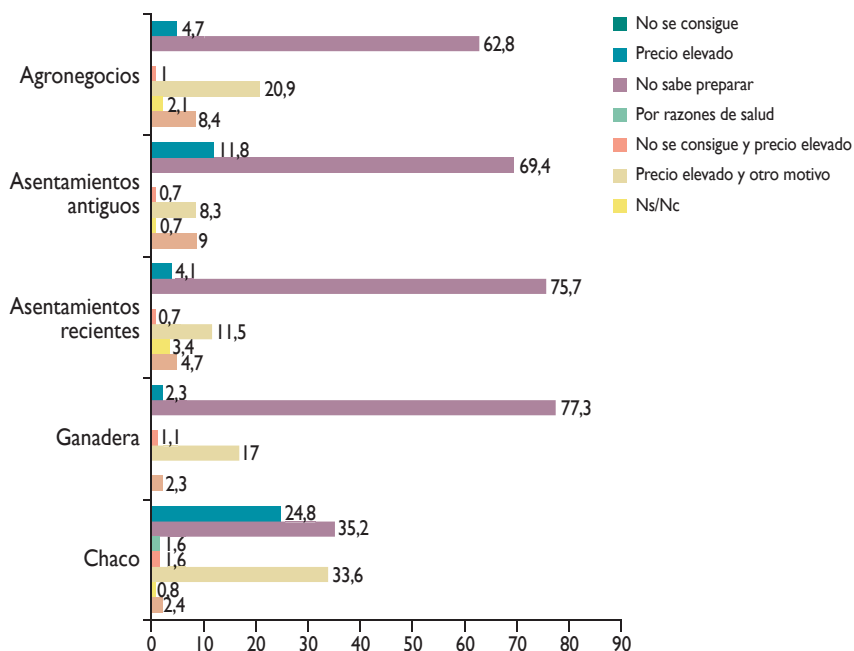


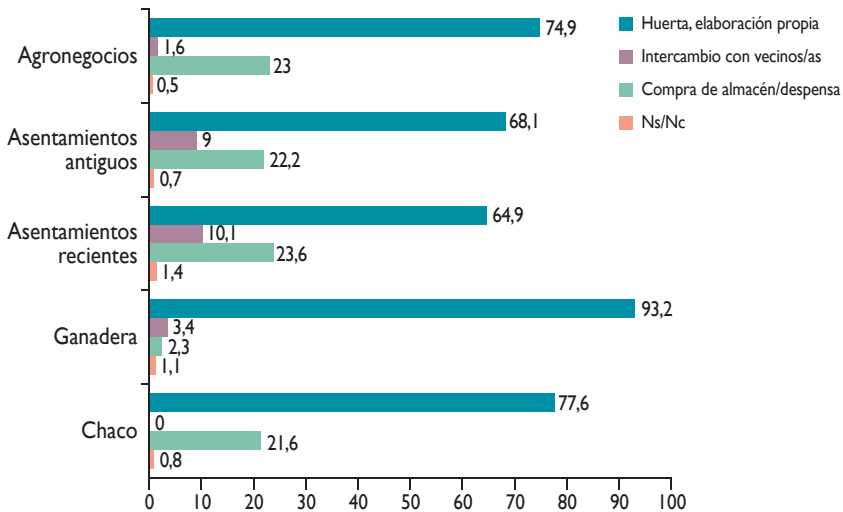
Gráfico 46. Dificultad principal para acceder a los alimentos, según ZPP



Esta escala de predilecciones alimenticias está configurada por varios factores, algunos externos con respecto a las familias campesinas, y otros internos. La pobreza es, en este aspecto, el limitante de mayor peso: 63,8% de los encuestados en todo el país señaló que no consumen el alimento que prefieren debido a su precio elevado –esta tendencia no incluye al Chaco, donde el porcentaje se reduce casi a la mitad, 35,2%–. A estos índices se suman 18,1% de quienes señalan que además del precio, en sus lugares de residencia no se consigue aquello que se busca, y 1,6% de aquellos que agregan al costo otros obstáculos. El total es más que elocuente: 83,5% de familias campesinas que no pueden acceder al menú que desearían debido a que no cuentan con los recursos materiales necesarios.

Según esta información, la situación alimentaria familiar empeora en lugares como el Chaco, donde muchos productos directamente no se consiguen –opción marcada por 24,8% de los encuestados, marca muy superior a la media nacional, que es de 9,3%-. Casi nadie ofrece razones de otro tipo: sólo el 0,3% reconoció que no consume lo que quiere porque no sabe prepararlo, y el 1% aduce razones de salud.

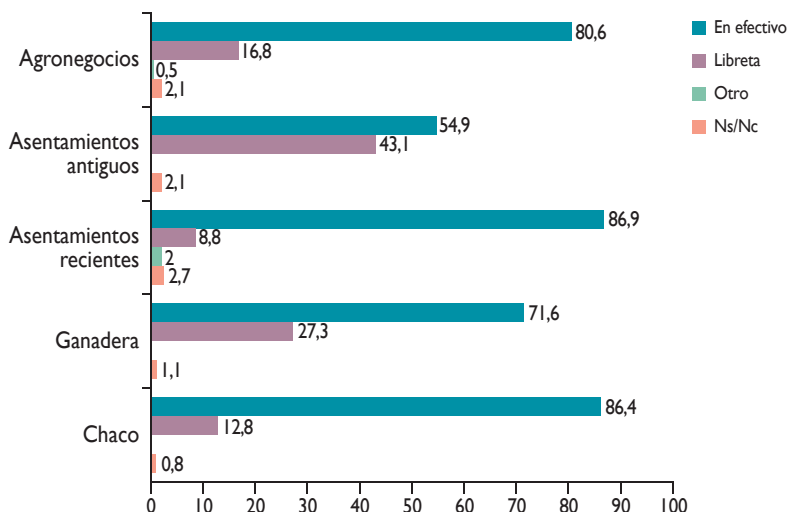
Gráfico 47. Vías de acceso a los alimentos consumidos, según ZPP



La escasez de recursos financieros lleva a las familias campesinas a buscar soluciones basadas en la producción y el autoconsumo; o al menos eso es lo que plantean cuando se les pregunta puntualmente cómo consiguen los alimentos que más consumen. El 74,1% de las familias de pequeños agricultores –porcentaje que se eleva ostensiblemente en la zona ganadera, donde llega al 93,2%– señala que “producen esos alimentos en sus propias huertas”; 20,1% –proporción que, coherentemente, se reduce al 2,3% en la zona ganadera– admite comprarlos en almacenes, despensas o supermercados,

y 4,9% –cifra que se anula totalmente en el Chaco– menciona “el intercambio con vecinos” como modo de procurarse variedad en la dieta.

Gráfico 48. Modalidad de compra de los alimentos, según ZPP

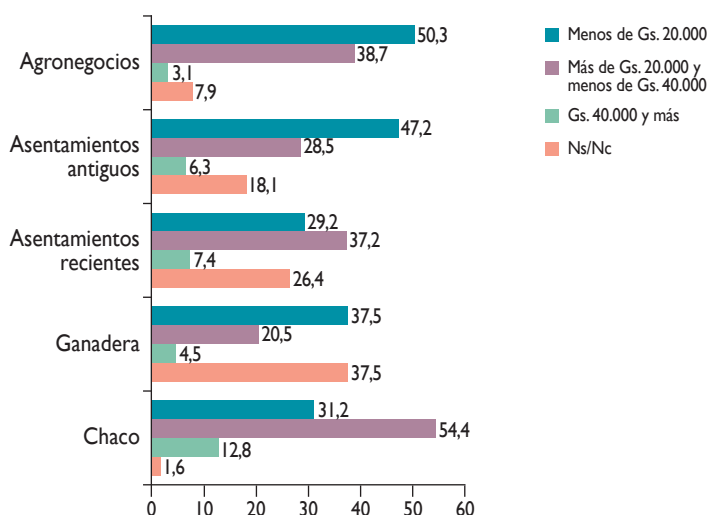


Pobreza, conjugada con inestabilidad del hogar y desconfianza, generan al parecer un cuadro de situación especialmente complicado para las familias campesinas de hoy. Un síntoma más de esto es la dificultad para el crédito: en el ámbito rural del país las operaciones comerciales no se fundamentan en herramientas de dilación del pago: en general en el caso campesino, el 76,4% de las familias campesinas debe “comprar” lo que necesita contando “con dinero en efectivo” para cerrar el trato (los únicos sitios donde la confianza se hace visible, son, por lógica, los asentamientos antiguos, donde ese porcentaje baja al 54,9%). Complementariamente, sólo 21,1% de las unidades familiares campesinas tiene la posibilidad de proveerse mediante un simple compromiso personal, “registrando sus

compras en una libreta compartida con el comerciante”, patrón que al parecer año a año va perdiendo fuerza.

5.1 Nivel de gasto de la canasta básica de alimentos

Gráfico 49. Nivel gasto diario de alimentos de la familia, según ZPP

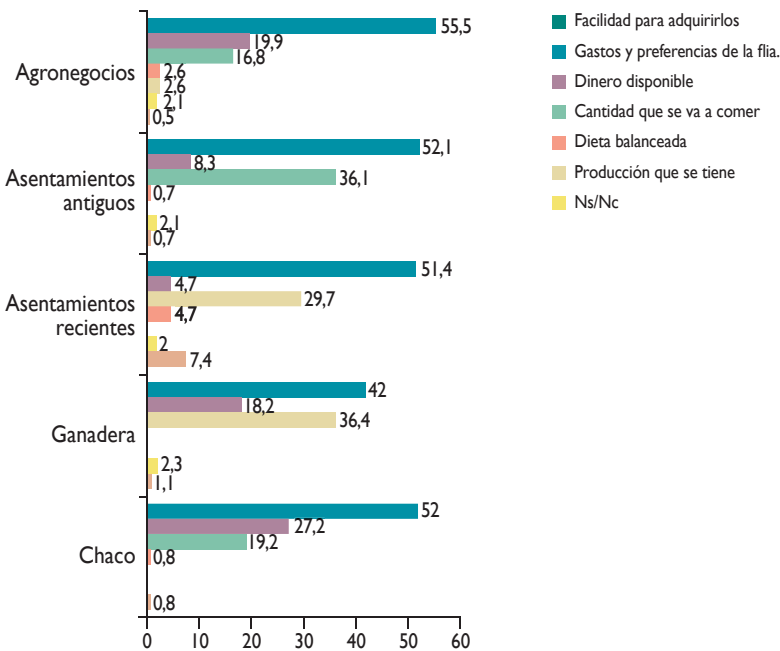


En este esquema, es resaltante el dato del gasto diario en alimentos. 40,1% del total gasta “menos de 20.000 guaraníes por día” (aproximadamente 4,5U\$), y 36,8% eleva ese límite a “40.000 guaraníes diarios” (unos 9 U\$) –en ambos casos, la variación por zona de residencia no sigue una constante que localice bolsones de pobreza de manera clara-. Completando la escala, sólo el 6,6% debe invertir más de 40.000 guaraníes diarios en la compra de mercaderías. Para entender la gravedad del tema, es válido aplicar un criterio de administración que proviene de los sectores urbanos: la mensualización de los ingresos. Basta con multiplicar los valores mencionados, y se tiene que mínimamente debe contarse con 600.000 guara-

níes por mes (alrededor de 110 U\$) para atender a los comensales de cada hogar (35% del salario mínimo). Son, entonces, muy pocos los privilegiados que cuentan con 1.200.000 guaraníes por mes, o incluso más, para hacer frente a esa necesidad básica.

5.2 Formas de optar por los menús y accesibilidad

Gráfico 50. Criterio para optar por la comida a preparar en la familia, según ZPP

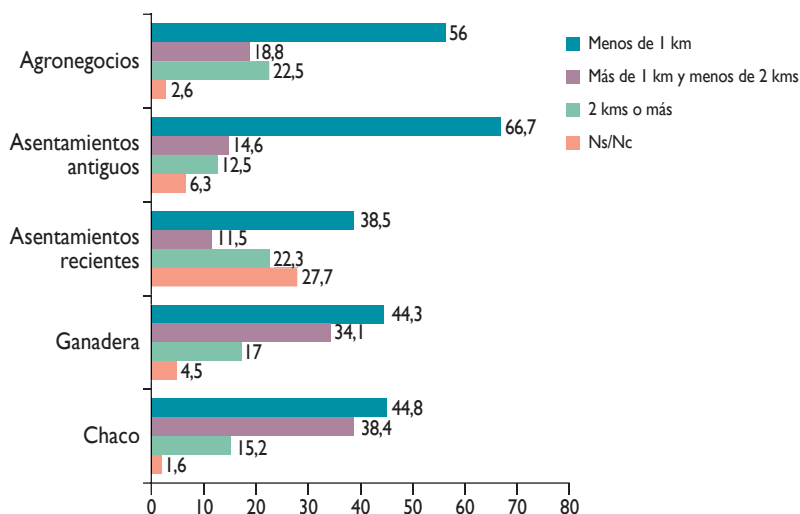


Todas estas dificultades son las que definen la dieta de las familias campesinas del Paraguay: 51,6% de éstas elige la comida que se va a preparar teniendo en cuenta la facilidad para adquirir los ingre-

dientes, a lo que se añade el 26,4% de las que tienen en cuenta el dinero disponible. Un privilegiado 15,4% elige teniendo en cuenta los gustos y preferencias de la familia. En ningún caso la incidencia por zona de residencia –que existe– se vuelve determinante

Finalizando este apartado, corresponde indicar que la distancia entre los hogares campesinos y los comercios donde se adquieren los alimentos, no constituye un factor condicionante de peso, pues 51 % de esos hogares se ubica a “menos de un kilómetro”, en tanto 21,8% a “menos de dos kilómetros” de algún almacén.

Gráfico 51. Accesibilidad geográfica para la compra de alimentos, según ZPP

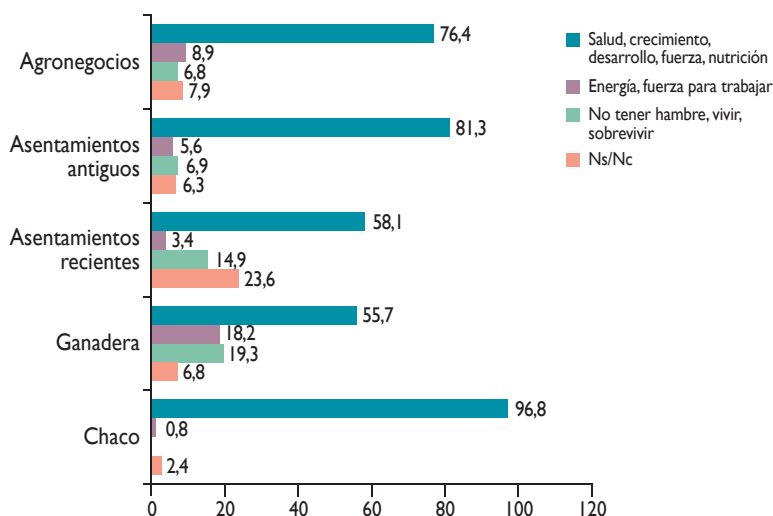


6 | Visión y percepciones campesinas sobre la alimentación

Este capítulo se centra en los aspectos subjetivos de la relación de las familias campesinas con la alimentación, analizando las percepciones que tienen de su alimentación actual y a futuro, indagando la visión familiar sobre los riesgos de la contaminación de alimentos, así como sugerencias para el mejoramiento de la seguridad alimentaria de las familias campesinas.

6.1 Para qué sirven los alimentos desde la visión campesina

Gráfico 52. Reclasificación de frases que se identifican más con la finalidad de los alimentos, según ZPP



En general existe una gran variedad de percepciones sobre la utilidad que adquieren los alimentos. Como se verá a continuación la utilidad es múltiple según las palabras que evocan, incluso funciones distintas. Como se trabajó con una pregunta abierta que interrogaba a la encuestada y encuestado, se recogieron casi 600 respuestas y frases distintas con diferentes orientaciones, con las cuales finalmente se re-agruparon en tres categorías cada cual con un núcleo común para conectarlas con ideas afines.

Un primer grupo de palabras nombran como utilidad principal de los alimentos como víveres para “no tener hambre, para vivir, o sobrevivir” (8,9%), poniendo el acento en su utilidad existencial.

Sin embargo, para la mayor parte de las y los encuestados el máximo provecho de alimentarse está en que permite fundamentalmente alcanzar la “salud, crecimiento, desarrollo, fuerza, nutrición” (74,6%), por cuanto posibilitan conformar los cimientos del desarrollo y al vigor para la vida.

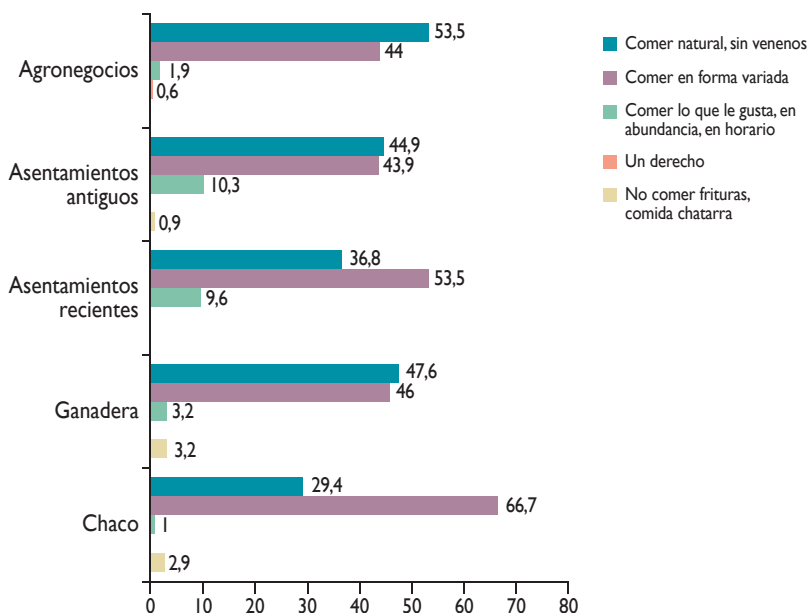
Un tercer grupo habla de “energía o fuerza para trabajar” (6,8%), equivalente a los requisitos imprescindibles para las labores campesinas con una evidente finalidad de cubrir las necesidades vitales para así asumir las responsabilidades como trabajadoras y trabajadores. Finalmente, hay un grupo de encuestados que no tiene postura al respecto (9,8% no sabe o no contesta), lo cual sugiere esfuerzos en materia de educación e información.

6.2 Visión acerca de qué es una alimentación sana

¿Qué se entiende por alimentación sana? En líneas generales también los relatos muestran una variedad de significados.

Al armar categorías mas comprensibles, se tiene que 50,5% opina que significa “comer en forma variada”, sobre todo en aquellos lugares con más problemas de accesibilidad a la diversidad de alimentos: Chaco (66,7%) y asentamientos campesinos recientes (53,5%).

Gráfico 53. Reclasificación de menciones acerca del significado de la alimentación sana, según ZPP



Un segundo grupo de opiniones y palabras hace referencia al temor de la contaminación ambiental y de los alimentos, denotando una alta conciencia ambiental, pues para el 43,1% una alimentación sana hace referencia a “comer natural, sin venenos” o al problema de consumir alimentos dañados por los agroquímicos de los grandes establecimientos vecinos, preocupación que se acentúa precisamente en las familias circundadas por los agronegocios con el 53,5% de las menciones y en las ganaderas con el 47,6%, familias cuyas imágenes se nutren de los padecimientos en su salud y ambientales que sufren ante el avance de las monocultivos industriales.

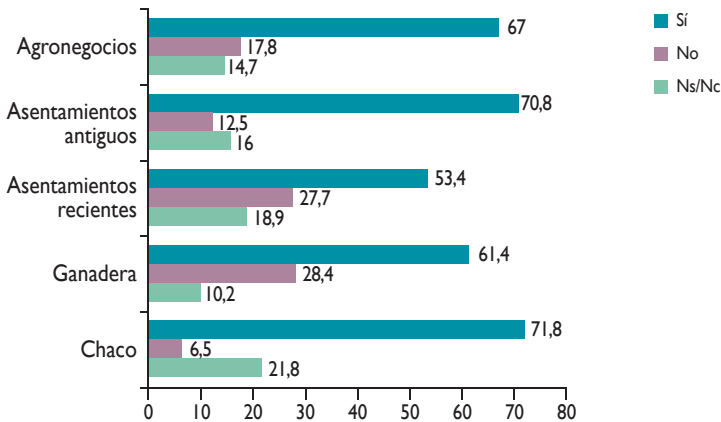
Un tercer grupo de discursos mucho menos frecuente (5,1%) describen a una alimentación sana como aquella que es “abundante, en buena cantidad, o se hace en horarios establecidos”.

Lo que llama la atención es la inexistencia de discursos que definan a la alimentación como un “derecho”, mencionado solamente por un encuestado.

6.3 Percepciones sobre la calidad de la alimentación

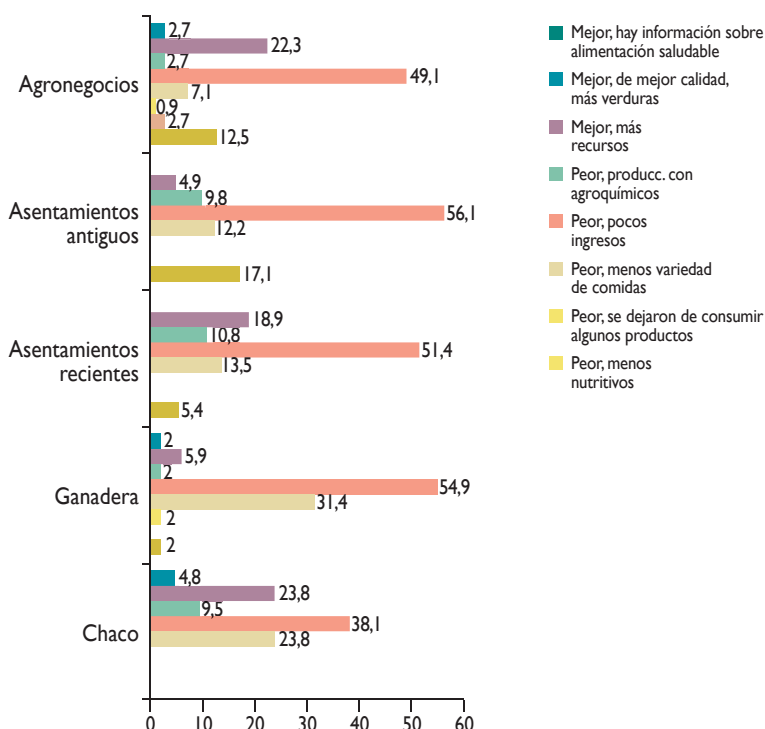
Pero, ¿qué opinan las y los encuestados sobre la calidad de la alimentación de sus familias?

Gráfico 54. Opiniones sobre la calidad del alimento de la familia, según ZPP



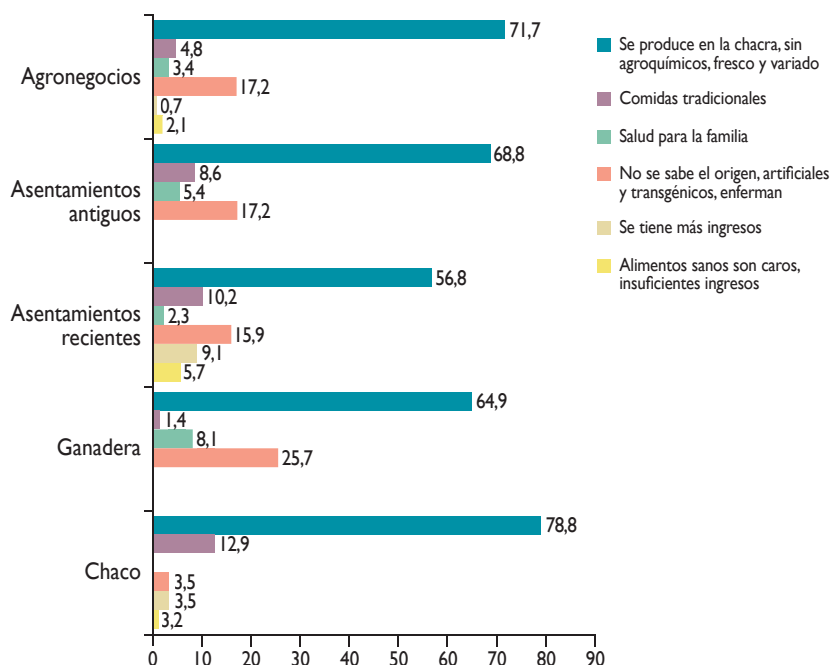
Una mirada a los resultados del gráfico de arriba predomina el sentir que “sí” el alimento de sus familias es sano en un 65%, mientras son preocupantes dos datos: que “18,1% admita que la alimentación familiar no es sana” y un “16,5% no contesta o directamente ignora la situación de consumo alimentario”.

Gráfico 55. Opinión sobre la calidad de la alimentación familiar contemporánea, según ZPP



La anterior valoración no se corresponde con los resultados sobre las consideraciones respecto a si ahora se come mejor o peor que en el pasado. En efecto, para más de la mitad de las y los entrevistados (51%) la alimentación “sigue siendo la misma que antes”, denotando quizá que es regular; por su parte, para el 30,6% “ha empeorado”, y “ha mejorado” para un grupo menor (11,6% de las y los consultados).

Gráfico 56. Razones sobre la calidad de la alimentación actual, según ZPP

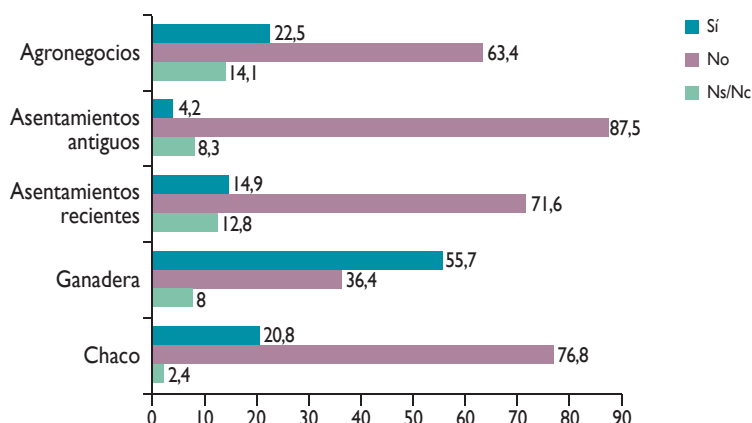


Respecto al por qué opinan que es sano, 68,7% está seguro que la alimentación de su familia es sana porque la gran parte “se produce en la chacra, sin agroquímicos, es fresca y variada”; en tanto 15,9% de los encuestados y encuestadas aduce que “no sabe el origen de los alimentos, son artificiales, transgénicos o directamente enferman”. El grupo que siente que en este momento consumen más sano y la razón es porque ahora tienen “más ingresos” (debido probablemente a los beneficios de políticas sociales) es mínimo (2,5%). Y, a la inversa, el grupo que siente como principal motivo el hecho que los alimentos son “caros o tienen pocos ingresos para adquirirlos” (1,9%) es poco frecuente como razón principal para explicar que ahora la alimentación de su familia no es saludable.

6.4 Evaluación campesina sobre la contaminación de los alimentos

Al preguntar a las y los campesinos si creen que algunos alimentos consumidos están contaminados, más del 69% asegura que no, casi 10% manifiesta no saber o no contesta, mientras 21% afirma que existe contaminación, sobre todo, en las zonas sitiadas por los agrogocios (29,5%) y la ganadería extensiva (33,6%).

Gráfico 57. Opinión sobre la contaminación de los alimentos, según ZPP

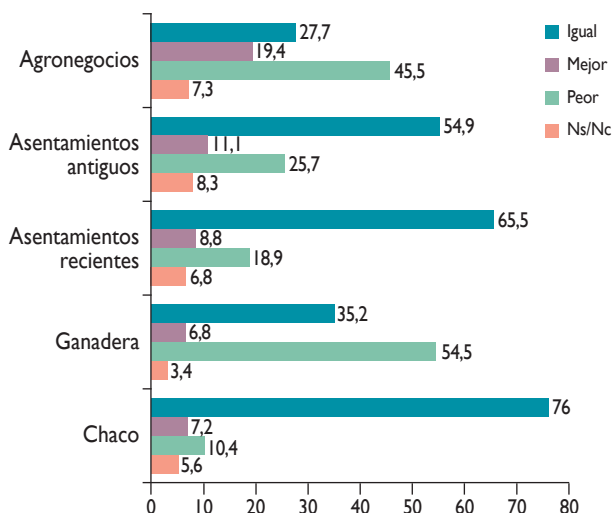


Del grupo que ha tenido evidencias o sospecha de contaminación de los alimentos, el mismo gráfico da cuenta que un 8,2% manifiesta no hacer “nada”, 6,5% toma medidas preventivas como “hervir o cocinar bien antes de consumir”, otro 1,3% deja de consumir y es intrascendente (0,6%) quienes reclaman a las autoridades el derecho a la no contaminación.

6.5 Mirando el futuro de la alimentación y medidas sugeridas

Al preguntárseles si creen que la calidad de la alimentación puede mejorar, se encontró un casi 60% de optimismo hacia el futuro, y un grupo de 30% de pesimistas o realistas al respecto, y un poco más de un 10% de indecisión o vacilación frente al futuro alimentario que les espera.

Gráfico 58. Percepciones sobre el futuro de la calidad alimentaria en la familia, según ZPP



Al evaluar cómo se podría lograr la apreciada alimentación saludable, nuevamente fueron rea-grupadas las respuestas de la encuesta, pudiéndose identificar varias orientaciones de propuestas.

Los resultados señalan la percepción campesina predominante (40,6%) de la necesidad de un claro vuelco hacia la “producción agroecológica y/o en la finca”, seguido en segundo orden (28,5%) de la “incorporación de verduras, frutas, legumbres, carnes, pescado, miel, lácteos y más comidas paraguayas”, opinión sobre todo más acentuada en las áreas ganaderas: 46,2%.

Otro grupo -19% del total- sugiere que la alimentación sana es posible de alcanzar “mejorando el trabajo y los ingresos, mediante educación sanitaria y alimentaria, y si se produce una baja de los precios”.

Las opiniones decaen marcadamente cuando se opina que la alimentación sana depende de las “acciones gubernamentales” (7,7%), mediante la “prohibición del uso de agrotóxicos” (1,8%) o mediante la “lucha campesina” (1%).

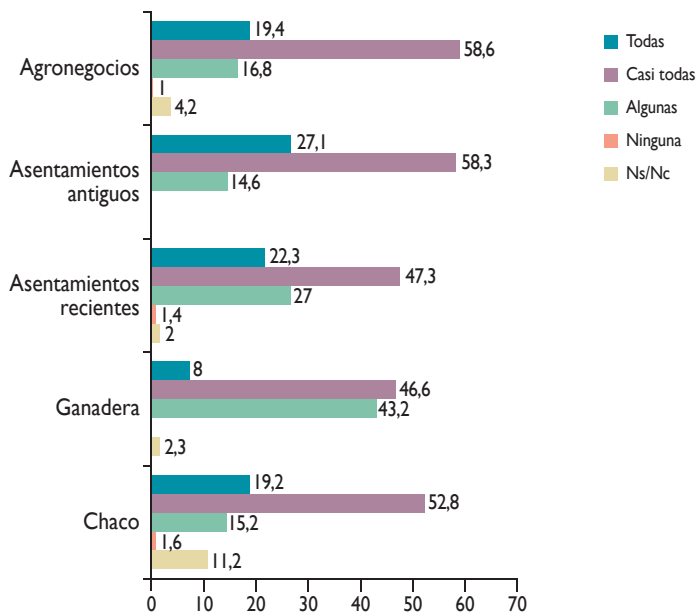
Tabla 9. Propuestas para lograr alimentación sana, según ZPP

	Zona productiva					Total
	Agro-negocios	Asenta-mientos antiguos	Asenta-mientos recientes	Ganadera	Chaco	
Incorporando verduras, frutas, legumbres, cereales, carne, pescado, miel, lácteos y más comida paraguaya	32 25,8	22 26,2	16 22,9	24 46,2	17 28,8	111 28,5
Aumentando en finca producción agroecológica	58 46,8	29 34,5	39 55,7	17 32,7	15 25,4	158 40,6
Mejorando elaboración	3 2,4	1 1,2	1 1,4	- -	- -	5 1,3
Mejorando trabajo, ingresos y educación sanitaria/alimentaria, baja de precios	13 10,5	20 23,8	10 14,3	4 7,7	27 45,8	74 19,0
Con políticas públicas	16 12,9	11 13,1	- -	3 5,8	- -	30 7,7
Prohibiendo uso de agrotóxicos	1 0,8	1 1,2	1 1,4	4 7,7	- -	7 1,8
Con organización; lucha campesina; que extranjeros se vayan	1 0,8	- -	3 4,9	- -	- -	4 1,0
Total	124 100	84 100	70 100	52 100	59 100	389 100

6.6 El capital culinario adquirido

En la formación del capital culinario del campesinado inciden múltiples y diversos factores, entre los cuales la misma práctica y la enseñanza de la madre, emergen como factores significativos.

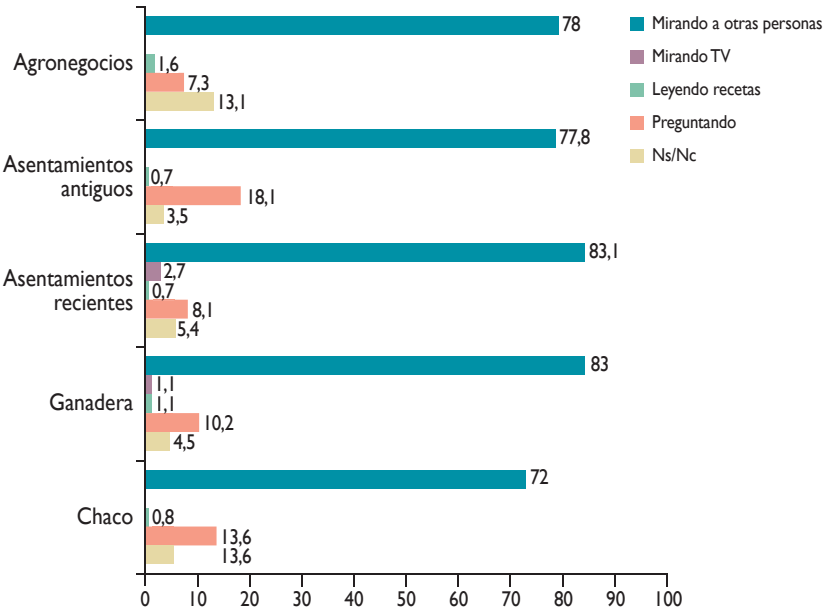
Gráfico 59. Conocimientos de la preparación de las comidas, según ZPP



Los datos de la encuesta permiten corroborar que 53,6% de las personas encuestadas conoce y sabe preparar “casi todas las comidas”, en tanto 20,1% dice que conoce y sabe preparar “todas las comidas”, en tanto sólo 21,6% conoce algunas.

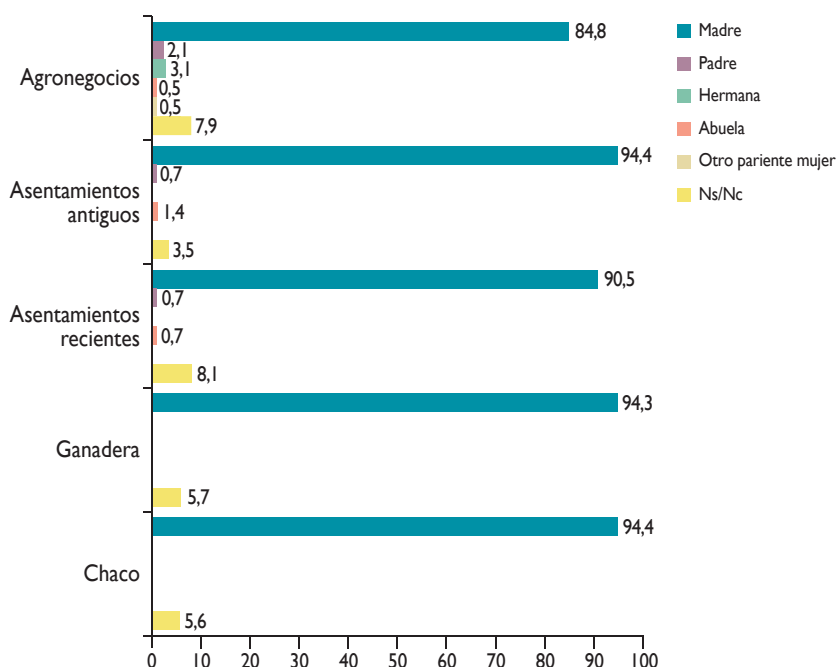
La trascendencia de cómo aprendió dicho capital culinario es a partir de “mirar a otras personas” en un 78,6%, o simplemente “preguntando” con un 11% de las menciones. Es casi marginal el aprendizaje vía TV o cursos de cocina.

Gráfico 60. Cómo aprendió a cocinar, según ZPP



El análisis de los datos acerca de quién les enseña a preparar las comidas a los niños y niñas, revela que 90,6% de las personas encuestadas responde, la “madre”, como la maestra de las prácticas culinarias en la cultura campesina, llegando al 94,4% en los antiguos asentamientos.

Gráfico 61. Personas que transmitieron los conocimientos de cocina, según ZPP

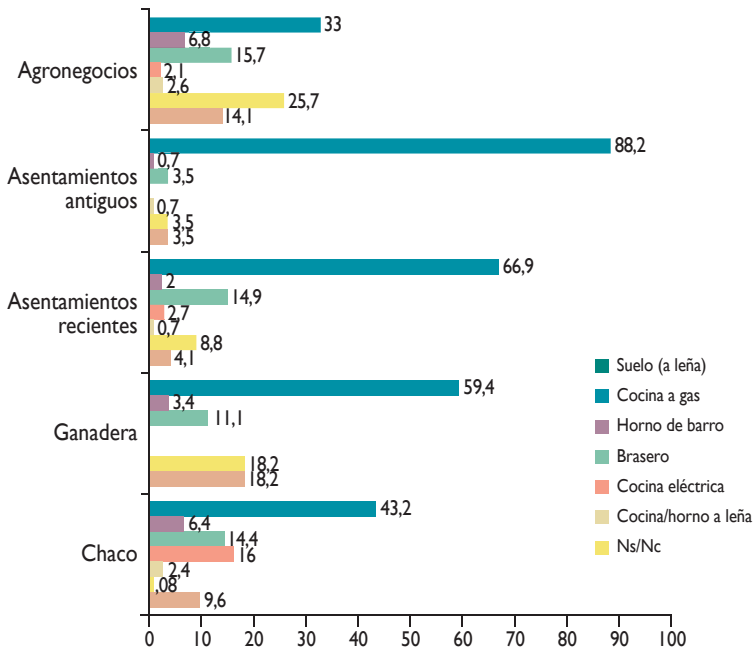


6.7 Formas de cocción campesina

Finalmente, al analizar la tecnología utilizada para cocinar, la cifra más frecuente es la leña, sea en el suelo o en un pequeño receptáculo con 56,8% de las menciones, ascendiendo a 88,2% en las zonas de familias que residen en antiguos asentamientos campesinos; seguido de un 13,4% de hogares que usan combinadamente –según las circunstancias económicas, tipo de comida o disponibilidad de gas– cocina a gas y horno a leña. En tanto, 10,9% de los hogares se manejan exclusivamente con el tradicional horno a leña. Evidentemente, la forma de cocinar los alimentos está directamente aso-

ciada al nivel de solvencia económica de la familia (Heikel, 1991). Solamente 4% de los hogares cocinan sus comidas con el brasero y otro 4% han incorporado como uso exclusivo la cocina a gas.

Gráfico 62. Tecnología de cocción utilizada, según ZPP



7 | Comentarios finales

A partir de los primeros resultados expuestos es posible establecer una idea de cómo es el contexto general de las familias campesinas relevadas a través de las y los encuestados, así como algunas especificidades según los territorios analizados, prestando atención a los principales patrones y problemas de soberanía alimentaria campesina. Finalmente, de los principales resultados del estudio, se desprenden algunas recomendaciones para mejorar el goce del derecho a la alimentación sana y la solución de problemas alimentarios de la vida real campesina.

7.1 Contexto general

De modo muy general se han identificados cinco aspectos sociofamiliares que hacen a perfiles comunes en todo el territorio nacional analizado (características particulares) que son similares entre las cinco zonas productivas.

Los datos empíricos indican que más de 80% de las y los consultados poseen “entre 1 y 6 años de estudios”, logro sin dudas insuficiente para una multiplicidad de facetas que permiten la efectiva integración a la sociedad. Le sigue una franja de 10,8% de campesinos de “entre 7 y 11 años de estudio” que correspondería al Tercer Ciclo de la Enseñanza Escolar Básica y a los dos primeros cursos del Nivel Medio. Apenas el 3% poseen de 12 a 18 años de escolarización.

Al analizar los datos de superficie de tierras de las familias campesinas encuestadas se ha encontrado que casi el 32% de la muestra es claramente minifundista, pues tiene entre 1 y 5 hectáreas de tierra, seguido de 29,6% de las unidades familiares que poseen entre 5 y

10 hectáreas, en tanto 20,7% dispone de 20 a 30 hectáreas, para finalizar en el 13,2% de las familias que viven en asentamientos con lotes menores a 1 hectárea.

En cuanto a las formas de tenencia de la propiedad por parte de las familias objeto de análisis, se ha destacado la alta preponderancia de familias cuyos “títulos de lotes se encuentran en proceso de solicitud” (41,7%). Otra tendencia encontrada es que más de una cuarta parte (30,1%) de las familias, ha accedido a su lote en calidad de “ocupación”, por distintos procesos de reclamo y lucha por parte de sus organizaciones campesinas.

Luego, lejos de las anteriores formas de posesión, como tercera tendencia se halló un 16,8% de familias que efectivamente son poseedoras del “título” de sus tierras.

Sintetizando, más de 80% de las familias campesinas no son propietarias legal y efectivamente reconocidas, lo cual es un fuerte indicio de incumplimiento del derecho a la posesión de tierra, probablemente debido a las barreras que tienen las familias para permanecer y desarrollarse en el campo, en un contexto de carencias de políticas de reforma agraria.

Otro de los resultados arrojados por la encuesta es la situación económica familiar vista en términos de ingresos propios según sexo. El 33,3% de las mujeres campesinas tienen un paupérrimo ingreso de entre 66 U\$ y 220 U\$ (considerando que el salario mínimo es 350 U\$), aunque otro grupo importante de mujeres está aún peor pues el 31,5% de ellas obtiene una mensualidad menor a 66 U\$. Al comparar los ingresos por sexo, en el caso de los hombres desciende marcadamente la proporción a 17,6% en el ingreso más bajo (menos de 66U\$) y a 20% el que le sigue (entre 66 y 220 U\$). En ambos sexos y en la mayoría de los hogares los ingresos que se obtienen son insuficientes frente al salario mínimo, pero son más precarios para el caso de las mujeres.

Respecto a la estructura y dinámica de los hogares campesinos, los datos indican que casi 77% de los mismos cuentan con “uno o dos

niños/as” que van a la escuela primaria, seguido por 20,7% de otro segmento familiar que sostiene a “tres o cuatro estudiantes menores de 12 años de edad”.

Asimismo, en su gran mayoría los hogares cuentan con adolescentes de entre 13 y 18 años estudiando, en general en el nivel medio. El 91% de estas familias tiene entre “uno y dos adolescentes”, en tanto otro 9% declara contar con “tres y cinco” muchachas o muchachos en la casa.

Se constata así una voluminosa estructura demográfica infanto-juvenil campesina, que si bien podría ser considerada una situación ventajosa para el desarrollo rural y nacional, pero en tanto hoy se vive como una tensión producida por el escaso consumo material (disfrute de derechos, recreación, acceso a tierras, trabajo autónomo, capacitación) y la cada vez más exposición al mundo simbólico.

7.2 Panorámica de la situación alimentaria

Como en buena parte de los estudios de agricultura familiar, en el presente trabajo se ha evidenciado la feminización de los hogares campesinos, teniendo las mujeres como principales actividades: la reproducción, asumir las tareas productivas en el hogar y, cuando se tiene tierras, las contribuciones en la producción agrícola en la chacra. A su vez, las mujeres están más comprometidas casi exclusivamente al cuidado de la huerta del hogar, contribuyendo fuertemente a la seguridad alimentaria familiar.

Quedó en evidencia que la mediana y sobre todo la pequeña huerta para el autoconsumo es una carga en la que están involucradas directamente las mujeres, sean niñas, adolescentes o adultas. En efecto, se constató que la fuerza de trabajo de las mujeres crece si se observan las familias donde las “madres” suelen ocuparse de la huerta acompañadas “de las hijas o los hijos varones”, o “hijas” con el padre; así se tiene en su conjunto que casi en el 70% de las unidades familiares siempre está participando el cuidado y la mano de obra femenina.

Los procesos encontrados en los patrones alimentarios en relación a la cultura paraguaya y en especial en la comida campesina podrían comprenderse por la existencia de una “transición nutricional” (Doughman, 2011), dadas las diversas transformaciones en relación a la obtención de alimentos que se registran en el campo, pero donde las familias campesinas todavía, a pesar de las enormes presiones y sus impactos, todavía no participan de modo directo del consumo compulsivo propio de las familias de los centros urbanos. Algunos hábitos alimentarios tradicionales, sanos y diversificados todavía se mantienen en pie en el campesinado paraguayo, aunque la realidad es preocupante cuando el Estado es inexistente, cuando no hay un capital social organizativo y de resistencia o se pone la mirada en las preferencias de las nuevas generaciones.

A pesar del proceso de descampenización en el plano cultural, al realizar consultas sobre diversos alimentos y comidas que han sido parte de los hogares campesinos y urbanos paraguayos, el estudio revela un alto y completo conocimiento de platos típicos (en más del 90%), tanto campesinos como indígenas, lo cual abre la hipótesis de la escasa pérdida de estos platos de la dieta familiar.

Específicamente en el caso de quienes conocen las comidas típicas contemporáneas emblemáticas (78,2%) en las que se incluye el boriborí, locro, soyo y otros platos, como en aquellas comidas tradicionales en proceso de desaparición (con un conocimiento menor: 13,7%), tales como kivevé, mbaipy, rora kyra, etc., a excepción de las zonas ganaderas donde el conocimiento de las comidas típicas disminuye, el resto de las zonas presentan todavía –aunque con la presión del mercado– notables registros de saberes y consumos de comidas típicas contemporáneas.

Respecto a las razones que los consultados aluden del por qué se va dejando algunos alimentos típicos, surge principalmente la pérdida de la producción de los insumos necesarios para preparar los alimentos tradicionales de la dieta familiar campesina, pues se encontró que el porcentaje más significativo es el encarecimiento del costo de los ingredientes utilizados para preparar dichas comidas

en un 52% de los argumentos, dejando entrever nuevas pautas alimenticias como el consumo de alimentos procesados y la presión de los dictados del mercado. En tanto, un 18,1% alude razones de modernidad (entendido como practicidad o comodidad), seguido con el 15,2% de las menciones de quienes admiten pérdida en el conocimiento y, finalmente, quienes destacan la imposibilidad de incluirlos en la dieta familiar por razones materiales o de producción (13,3%).

En relación a los recursos de alimentación, se encontró que más del 98% de las familias cuentan con animales de corral, constituyendo así un preciado recurso de las familias campesinas para asegurar parte de la alimentación y como fuente de generación de ingresos. Aunque preocupa que 46,7% de las familias admiten “no tener ganado vacuno”, recursos que de existir en la chacra son sumamente relevantes para el ordeño de leche, disponibilidad de carne vacuna, y para contar con un pequeño capital de ahorro para enfrentar circunstancias familiares difíciles.

Solamente 33,2% de las familias poseen de 1 a 3 animales, 18,3% de 4 a 6 mientras sólo menos del 2% de las familias campesinas cuenta con más de 10 animales, lo que representa un capital relativamente seguro.

Es más, se ha visto que “las familias campesinas paraguayas no producen la carne que consumen”, en tanto y en cuanto el 94,3% de las familias campesinas se provee de este alimento “comprándolo en carnicerías”, y sólo 1,4% cuenta con hacienda suficiente como para faenar.

Una dieta completa y bien balanceada se basa también en la inclusión de frutas en el menú, pero no de modo ocasional, sino con la mayor frecuencia posible. Al respecto, sólo 17,4% de las familias campesinas puede cumplir este requisito de incorporar algún postre natural en su esquema alimenticio “entre 21 y 30 veces al mes” –siendo los que están mejor, relativamente, los pobladores de las zonas de agronegocios y ganadera, con escasos 26,7% y 25,3% respectivamente–; en los demás lugares apenas se supera 10%.

En cuanto al consumo de maíz se registraron índices poco elevados: sólo 44,7% de las familias campesinas paraguayas encuestadas lo incluye en la dieta, entre una y diez veces al mes, con algunas variaciones por zona. El 22,4% del total directamente no consume este alimento en ninguna de sus formas, fenómeno que se da con mayor nitidez en las comunidades campesinas del Chaco, 41,9%. En la zona ganadera sólo 4,9% señaló no introducir maíz en el menú.

Con el fideo son muy pocas las familias campesinas del Paraguay que actualmente no basan sus comidas en este ingrediente. Sólo 3,4% del total de las unidades campesinas relevadas no consumen fideo –aquí se destaca la zona ganadera, con un 9,8%, y vuelve a aparecer el Chaco con un cero por ciento–; 59,8% de los y las encuestadas mencionaron el consumo de fideos al menos entre “1 y 10 veces al mes”, 33,9% entre “11 y 20”, y el 2,8% “casi todos los días”, sin grandes fluctuaciones entre las zonas, en todos los casos.

Como ocurre con todos los alimentos de producción industrial, no se elabora en los hogares campesinos, sino que es adquirido en los comercios: 92,2% del total de las familias campesinas del país “compra el fideo que consume”.

Otros datos que se desprenden del estudio, se relaciona con las comidas preferidas por las niñas y niños. Desde la perspectiva de los encuestados, se indica las infancias campesinas no valoran productos como verduras, frutas o porotos, ni mucho menos preparaciones tradicionales como el “puchero” o el “borí-borí”. En efecto, el puchero y el borí-borí tienen decididamente poca consideración: sólo 1,3% lo tiene entre sus favoritos, al igual que el guiso, sea de fideos o de arroz –1,9%–.

En realidad, según los mayores encuestados, la niñez campesina se inclina por procesados con poco valor nutritivo y de calidad dudosa, como el “pancho”, el “vaca-í” y “la mortadela” –opción ésta que fue mencionada por el 20,3% del total de encuestados, con mayor incidencia en los “asentamientos antiguos”, donde sube a 37,5%–.

En segundo lugar, dentro de la lista de comidas más aceptadas por la niñez rural, aparecen “la carne y el pollo”, con un 20,3% del total, y con mayor aceptación comparativa en los “asentamientos antiguos”, donde llega a 37,5%.

En general, “verduras y frutas” forman parte de las preferencias de un exiguo 12,8% de la población rural infantil, con una ligera incidencia del lugar de residencia, a favor de la zona ganadera, en la que el índice sube a un igualmente mínimo 18,2%.

Como explicación de la imposibilidad de consumir los alimentos preferidos por las familias, se encontró que la pobreza es la principal limitante de mayor peso: 63,8% de las familias campesinas encuestadas de todo el país señaló que no consumen el alimento que prefieren “debido a su precio elevado”. En tanto, el 18,1% señala que en sus lugares de residencia “no se consigue aquello que se busca” y 1,6% de aquellos que agregan otros obstáculos.

El total es más que elocuente: 83,5% de familias campesinas que no pueden acceder al menú que desearían mencionar que es debido a que no cuentan con los recursos materiales necesarios.

7.3 Perfiles diferenciales por zona productiva

Cabe recordar, que para el análisis de los datos se tomaron cinco grandes Zonas Productivas del País: la zona de familias de agricultores enmarcada en los “agronegocios”, aquellas que coexisten con “establecimientos ganaderos”, la gran zona del “Chaco”, aquellas que son comunidades campesinas emplazadas ya sea en “antiguos” o “nuevos asentamientos” con una agricultura y economía típicamente campesina. Precisamente, los perfiles diferenciales se refieren a aquellas características particulares de los hábitos alimentarios que no son comunes entre todas estas zonas productivas.

Un perfil diferenciador está dado por dos zonas donde predominan “ocupaciones laborales vinculadas a la agricultura”: los “asentamientos recientes” con 55,4% de las unidades familiares, opción que en los “asentamientos antiguos” llega a 52,2%.

Un segundo componente de diferenciación en términos de perfil, se comprobó al cruzar el nivel educativo formal con el tipo de zona productiva, arrojando la cifra más alta de analfabetos en comunidades campesinas envueltas en zonas del país con agronegocios (0,7%), cifra que llega a 0,3% en los asentamientos campesinos antiguos.

Por su parte, el peso de la niñez según tipo de territorio productivo, se tiene que la presencia de niños y niñas en la “zona del Chaco” llega a 83,7%, en tanto en las “zonas campesinas antiguas” a 82%, siendo en las zonas ganaderas el 27,6% y de agronegocios el 24,6% donde se registra la mayor concentración de infancias, con una cantidad de entre 3 y 4 niños y/o niñas por hogar.

Un tercer componente de diferenciación es en cuanto a la tenencia de la tierra. Se ha registrado que “las ocupaciones” son más propias de los “nuevos asentamientos” (34,4%) con la consecuente expectativa de resolver favorablemente el proceso de reconocimiento legal de sus predios, en tanto las chacras con “títulos legales” predominan en “las zonas de agronegocios” con el 30,8%, con una cifra de 27,4% en el Chaco paraguayo y 20,5% de los antiguos asentamientos campesinos.

Cabe notar que en cuanto a las remesas monetarias recibidas por la familia son marcadas en aquellos tradicionales territorios de expulsión campesina. Al analizar según zonas productivas, las contribuciones de hijas/hijos o pareja desde otros ámbitos –de ciudades del país o del exterior– sube al 23,4% en los “hogares rodeados por establecimientos ganaderos”, y de manera notable a 43,8% en las zonas de “agricultura agraria impulsada por los agronegocios”.

Otro perfil diferenciador se visualiza en relación a la huerta familiar. Entre las familias campesinas, casi las tres cuartas partes tienen huerta para consumo familiar, sobre todo en aquellas chacras “rodeadas de agricultura a gran escala” (26,6%) y en “los asentamientos antiguos” (26%). Hecho que puede deberse a una de las tantas estrategias para asegurar algunos recursos para la alimenta-

ción familiar que vienen de generación en generación, y/o a la efectividad de programas de promoción de la producción de alimentos como el PPA.

Contrariamente, en la “zona chaqueña” la presencia de huertas en el hogar cae a 12,6%, lo que significa “mayor vulnerabilidad alimentaria” para más de 87% de las familias campesinas chaqueñas. Es preocupante también que más de 80% de las familias asentadas en “nuevas comunidades campesinas”, no tengan una huerta propia, lo cual las coloca en una situación de inseguridad alimentaria y mayor dependencia del mercado.

Asimismo se constató que la inclusión de la carne vacuna en el menú no es una cuestión del todo cotidiana, pues la amplia mayoría –64,1%– consume preparaciones basadas en este ingrediente entre “una y diez veces al mes”, tendencia que se nota especialmente en la zona de los agronegocios, donde se registra el mayor porcentaje relativo, que es el 20,6% del total (32,1% del grupo). Hay preferencias marcadas por la carne, pero poco acceso y consumo (y producción) en la dieta campesina actual.

Se ha tenido como resultado una aparente paradoja: el porcentaje más bajo de consumo de esta carne –7,5%– se da en las “zonas circundadas por la gran ganadería”, seguido por las familias ubicadas en la “zona del Chaco”, con 9,8%. Los datos muestran la dificultad en la provisión de este tipo de alimentos, precisamente, en los lugares donde se lo produce (zonas ganaderas), lo que probablemente tenga relación con el modelo económico agroexportador vigente.

Otra especificidad se registra en la población campesina de los “asentamientos recientemente ocupados”, que exhiben un marcado problema con respecto a la posibilidad de incluir lácteos en su alimentación, pues se comprobó que el 63,4% de las familias que viven en estas comunidades “no consume leche y sus derivados”, debido probablemente a las dificultades para producirlos de manera autónoma o asegurar su provisión. Situación que se invierte en las “zonas con más desarrollo rural, ganadero y de industrias lác-

teas”, como son el Chaco, donde 20% del campesinado no accede a este producto básico, los asentamientos antiguos 27,2%, y la zona de agronegocios 28%.

Por otra parte, sin analizar la variedad del consumo de verduras, casi la mitad de las familias campesinas entrevistadas aluden que incluyen verduras en su alimentación, “prácticamente todos los días”, situación que alcanza límites ideales en las “zonas ganaderas” –con 78,8% de hogares rurales que introducen estos productos en el menú– y en “los asentamientos antiguos” en un 61,9%.

Sólo 8,1% de todo el campesinado plantea “no consumir verduras”, proporción que en el Chaco se reduce a cero, y en los asentamientos antiguos sube hasta 12,9%.

En relación a la inclusión de frutas en el menú, se ha visto que las zonas de mayores dificultades se ubican en los “asentamientos campesinos de más reciente conformación”, donde 35,9% de las familias campesinas directamente “no consume frutas”; en el extremo opuesto aparece el Chaco, donde esa cifra se reduce casi totalmente –a 2,4%– y además 51,6% las incluye en el menú “al menos dos veces por semana”.

7.4 Imposición de alimentos, el poder de las estructuras simbólicas y desafíos

Los hábitos alimentarios son una dimensión que está en función de la posición en el espacio social y las posibilidades objetivas de mantener el derecho humano a una alimentación adecuada y saludable (DHAA). En este caso, el método de la encuesta mediante cuestionario es un procedimiento entre tantos otros para investigar los hábitos y situación de la cultura alimentaria. Una cosa son las respuestas subjetivas a las preguntas del instrumento y otra el acceso objetivado y las conductas prácticas frente a los alimentos; donde ambas formas de abordaje siempre se explican en buena parte por el mundo objetivo-material, de variables como el entorno productivo y otras variables actuantes.

Muchos aspectos de la nueva ruralidad del país, son realidades coactivas no elegidas como elección de la sociedad campesina, que como clase social desfavorecida lucha con saberes y estructuras simbólicas que tienen un poder extraordinario, asentadas en un capital identitario y cultural fundado en siglos de prácticas emancipadoras.

Lo cierto es que Paraguay vive momentos de enormes, violentas y profundas transformaciones del sistema alimentario campesino, afectado por la sojización, la ganadería de tipo industrial y la presión por sus tierras y ecosistemas, cada vez más evidente por el norte de los acontecimientos políticos a partir de junio del 2012 que se orientan a profundizar la expansión de la agricultura capitalista a costos socioambientales incommensurables.

En materia de políticas públicas, si bien no ha habido cambios estructurales con el gobierno del presidente Fernando Lugo desde agosto del año 2008 (hasta la toma de datos de este estudio, pues el 21 de junio de 2012 se produce una interrupción del mandato presidencial de Lugo), se constata la continuación del proceso de reprimarización de la economía y el modelo de agricultura para las exportaciones, el campesinado vive casi por cuatro años algunos cambios institucionales incipientes de apoyo estatal al enfrentamiento al hambre y la pobreza, el aumento considerable de la cobertura de salud, cambios de valoración de la alimentación y la chacra, dando paso a la validación de la capacitación técnica y la emergencia de la participación ciudadana en algunas intervenciones estatales (Pompoy, 2012). En efecto, más de la mitad de las familias relevadas en el estudio –además de estar cubiertas por el PPA– cuentan con beneficios directos de distintas políticas y acciones en materia de capacitación, extensionismo campesino, apoyo en implementos, semillas y beneficios monetarios para cubrir necesidades vitales y para emprender pequeños procesos productivos.

Más allá de los hábitos alimentarios particulares del territorio productivo que envuelva a las comunidades campesinas particulares, sin duda existen coordenadas comunes que engloban a todos los

territorios analizados: desde el rol de las mujeres frente al derecho a definir el propio sistema de alimentación familiar hasta las transnacionalización de los territorios campesinos.

Concordando con trabajos cualitativos como el de Doughman (2011), existen claros indicios de que factores materiales y estructurales estarían limitando las chances que las familias campesinas puedan producir y procesar sus propios alimentos, sobre todo por el fenómeno de “desintegración del sistema alimentario campesino en las comunidades situadas en la frontera agroexportadora” a consecuencia de “la gastro-política de la sojización”. Sin embargo, a pesar del debilitamiento de su soberanía alimentaria, por ejemplo: de ir dejando la costumbre de moler el maíz producido en la propia finca, de los golpes compulsivos a sus costumbres dietarias, del abandono de comidas auto-producidas en la huerta o la chacra y de la enajenación de los territorios campesinos, “aún existen condiciones materiales para su desarrollo parcial” (310-1). Ciertamente, los resultados de la encuesta indican que se mantienen conocimientos y prácticas de producción en la propia finca, lo cual implica interés en arraigarse en sus lugares, de confianza en el oficio de agricultor y la agricultura, en continuar proyectando sus vidas y la de los hijos e hijas en las comunidades campesinas.

Pero también las familias enfrentan grandes desafíos y nuevos problemas que se expresan en fuertes inquietudes sociales en el campesinado: brechas educacionales desfavorables, la precariedad de la tenencia de sus tierras o la amenaza de perderlas, la falta de tierras para la juventud y las nuevas familias, el desempleo y falta de ingresos, la contaminación en las zonas de agricultura capitalista.

En fin, buena parte del 38% de la población rural que reside en las zonas rurales del Paraguay, soportan en diversos grados exclusiones sociales que intentan ser atendidas por algunas intervenciones sociales puntuales, siempre insuficientes.

Este trabajo da cuenta, por ejemplo, de la pérdida de ingredientes y alimentos naturales, cada vez más permutadas probablemente por las comidas transnacionalizadas o llegadas a las mesas de las familias paraguayas de productos por contrabando, perdiendo así gradualmente el control del acto de producir y comer.

El informe destaca algunos rasgos de la re-configuración que está adquiriendo el sistema alimentario campesino, de sus debilidades, así como de sus capacidades de recuperación y transformación, con los cuales se reafirma la relevancia que tiene el derecho a la alimentación y la soberanía alimentaria como estrategia fundamental para el logro de una serie de derechos mínimos garantizados para toda la sociedad.

Todas las medidas relacionadas con recuperar el sistema agroalimentario campesino, no exento de una modernidad tecnológica ecológicamente amigable, incluso para reposicionar la cultura alimentaria campesina, exigen una política estratégica de desarrollo del país, como también de políticas de tierra, de recuperación de semillas nativas, educativas, de género, generacionales y socioambientales.

Asimismo, implica la puesta en marcha de finas políticas territoriales, ya que entre otros factores –como se vio en este estudio–, según la estructura de cada zona o entorno productivo, dependerá la intensidad y el tipo de riesgos de destrucción de la tradicional y variada dieta de la familia campesina paraguaya, y dependerá también la construcción de una fuerza tal desde las comunidades campesinas organizadas (en alianza con la sociedad urbana y sectores solidarios) para encaminar una contrahegemonía política, productiva e identitaria a la actual evolución de nuevos estándares alimentarios exógenos a la vida campesina.

Anexo 1. Toma de datos de la encuesta, según “Departamentos” del país

	Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
1 San Pedro	47	6,8	6,8	6,8
2 Alto Paraná	64	9,2	9,2	15,9
3 Amambay	38	5,5	5,5	21,4
4 Guairá	34	4,9	4,9	26,3
5 Itapúa	48	6,9	6,9	33,2
6 Paraguari	49	7,0	7,0	40,2
7 Cordillera	61	8,8	8,8	49,0
8 Caaguazú	63	9,1	9,1	58,0
9 Ñeembucú	10	1,4	1,4	59,5
10 Concepción	46	6,6	6,6	66,1
11 Misiones	15	2,2	2,2	68,2
12 Canindeyú	33	4,7	4,7	73,0
13 Caazapá	63	9,1	9,1	82,0
14 Pdte. Hayes	93	13,4	13,4	95,4
15 Alto Paraguay	32	4,6	4,6	100,0
Total	696	100,0	100,0	

Anexo 2. Toma de datos de la encuesta, según Distritos

	Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
1 Santaní	14	2,0	2,0	2,0
2 Unión	17	2,4	2,4	4,5
3 Sta. Rosa	16	2,3	2,3	6,8
4 D.M. de Irala	16	2,3	2,3	9,1
5 O'Leary	16	2,3	2,3	11,4
6 Itakyry	16	2,3	2,3	13,6
7 Los Cedrales	16	2,3	2,3	15,9
8 Bella Vista	32	4,6	4,6	20,5
10 Yataity	16	2,3	2,3	22,8
11 Paso Yobái	16	2,3	2,3	25,1
12 T.R. Pereira	16	2,3	2,3	27,4
13 Edelira	15	2,2	2,2	29,6
14 San Pedro del Paraná	16	2,3	2,3	31,9
15 Mbuyapey	32	4,6	4,6	36,5
16 Gral. Caballero	16	2,3	2,3	38,8
17 E. Ayala	15	2,2	2,2	40,9
18 Atyra	17	2,4	2,4	43,4
19 Juan de Mena	30	4,3	4,3	47,7
20 Vaquería	16	2,3	2,3	50,0
21 Repatriación	16	2,3	2,3	52,3
22 Yhú	16	2,3	2,3	54,6
23 Simón Bolívar	16	2,3	2,3	56,9
24 Cerrito	16	2,3	2,3	59,2
25 José Félix López	16	2,3	2,3	61,5
26 Horqueta	15	2,2	2,2	63,6
27 Yby Yáú	15	2,2	2,2	65,8
28 San Ignacio	16	2,3	2,3	68,1
29 Jasy Cañy	16	2,3	2,3	70,4
30 Curuguaty	16	2,3	2,3	72,7
31 San Juan Nepomuceno	18	2,6	2,6	75,3
32 Yuty	15	2,2	2,2	77,4
33 Maciel	16	2,3	2,3	79,7
34 Ava'í	16	2,3	2,3	82,0
35 Villa Hayes	46	6,6	6,6	88,6
36 Benjamín Aceval	15	2,2	2,2	90,8
37 Pto. Pinasco	32	4,6	4,6	95,4
38 Fuerte Olimpo	32	4,6	4,6	100,0
Total	696	100,0	100,0	

Anexo 3. Asentamientos mapeados con la encuesta

	Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
1 Sebastián Larroza	16	2,3	2,3	2,3
2 Tekoporã	15	2,2	2,2	4,5
3 Karapã'i	17	2,4	2,4	6,9
4 Pira pytã	16	2,3	2,3	9,2
5 Tacuaro sur	16	2,3	2,3	11,5
7 Ara potĩ	13	1,9	1,9	13,4
8 San Isidro Labrador (Amambay)	16	2,3	2,3	15,7
9 Cumbre	16	2,3	2,3	18,0
10 Núcleo San Blas	16	2,3	2,3	20,3
11 Oñondivepa	16	2,3	2,3	22,6
12 San Isidro Labrador (Itapúa)	16	2,3	2,3	24,9
13 Pirapey 35	16	2,3	2,3	27,2
14 Mbyja ko'ê	16	2,3	2,3	29,5
17 Chauría	16	2,3	2,3	31,8
18 Loma Tuyuti	15	2,2	2,2	33,9
19 San Isidro (Cordillera)	16	2,3	2,3	36,2
20 Tekoporã San Juan	31	4,5	4,5	40,7
21 Regina Marecos	14	2,0	2,0	42,7
22 Mbokaja'i	16	2,3	2,3	45,0
23 Águila Negra	16	2,3	2,3	47,3
25 Chokokue Retã	16	2,3	2,3	49,6
26 Niño Salvador	16	2,3	2,3	51,9
28 Precoop 25 de Abril	2	.3	.3	52,2
29 Patiño	15	2,2	2,2	54,3
30 1° de Noviembre	15	2,2	2,2	56,5
31 La Victoria Tapia	16	2,3	2,3	58,8
32 Araujocué	16	2,3	2,3	61,1
33 11 de Mayo	17	2,4	2,4	63,5
34 Sta. Rita	16	2,3	2,3	65,8
36 San Miguel	31	4,5	4,5	70,3
37 San Jorge	16	2,3	2,3	72,6
38 Jasy	14	2,0	2,0	74,6
39 Canesue	16	2,3	2,3	76,9
40 Nva. Mestre	16	2,3	2,3	79,2
41 Ceibo	16	2,3	2,3	81,5
43 Chacrerós	17	2,4	2,4	83,9
44 Cía. Costs	16	2,3	2,3	86,2
45 Potrerito	11	1,6	1,6	87,8
46 18 de Diciembre	5	.7	.7	88,5
47 Colonia	4	.6	.6	89,1
48 29 de Junio	2	.3	.3	89,4
49 San Francisco	15	2,2	2,2	91,5
50 José Félix López	7	1,0	1,0	92,5
51 Yvy Marene'y	2	.3	.3	92,8
52 Aleman cúa	3	.4	.4	93,2
53 Totora	7	1,0	1,0	94,3
54 Alfonso cúa	1	.1	.1	94,4
56 Nva. Esperanza	16	2,3	2,3	96,7
57 San Isidro (Alto Paraná)	3	.4	.4	97,1
58 San José	16	2,3	2,3	99,4
99 Ns/Nc	3	.4	.4	99,9
200	1	.1	.1	100,0
Total	696	100,0	100,0	

Bibliografía

- DGEEC (2010). Principales Resultados de la Encuesta Permanente de Hogares 2009. Pobreza y Distribución del Ingreso. Fernando de la Mora.
- Doughman, Richard 2012. La soberanía alimentaria en el Paraguay (Asunción: BASE IS - ICCO).
- Doughman, Richard 2011. La chipa y la soja. La pugna gastro-política en la frontera agroexportadora del Este paraguayo (Asunción: BASE IS).
- Heikel, María Victoria 1991 Hacer el fuego. La mujer suburbana y las técnicas de cocción de alimentos (Asunción: BASE IS).
- Pompoy, Melissa y otros 2012. Mapa de participación de Paraguay (Asunción: BASE IS/IGOP).

Se terminó de imprimir en mayo de 2012.

Arandurã Editorial

Tte. Fariña 1028

Teléfono: (595 21) 214 295

e-mail: arandura@hotmail.com

www.arandura.pyglocal.com

